biblioteca de patrística

cirilo de alejandría

¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?

editorial ciudad nueva

Cirilo de Alejandría
¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?

Poco se sabe de la vida de Cirilo antes de su elevación al patriarcado de Alejandría, en el año 412. Durante cierto período, parece que vivió con los ermitaños de Pelusio, donde puso las bases de su vida ascética. A partir del año 429 aparece como un intrépido defensor de la ortodoxia contra Nestorio. Murió en junio del 444.
La obra *Quod unus sit Christus* va dirigida contra las herejías cristológicas de Teodoro de Mopsuestia y Nestorio, que sostenían que en Cristo había no sólo dos naturalezas, sino dos personas distintas: la divina y la humana. Como consecuencia, en Él no existiría una verdadera unión hipostática, sino sólo una unidad moral entre el Verbo y el hombre.
Escrita en forma de diálogo, la obra se puede dividir en tres partes: la maternidad divina de María, el problema de las dos naturalezas en Cristo y la interpretación de algunos pasajes bíblicos para comprender cómo el Verbo, aun permaneciendo impasible, haya sufrido por nosotros lo que es propio de la carne.
En cuanto a la maternidad divina de María, Cirilo apela a la doctrina tradicional, según la cual María es *Theotokos* (Madre de Dios) y no sólo *Christotokos* (Madre de Cristo) o *Anthropotokos* (Madre del hombre), como pretendían los nestorianos.
Respecto al problema de las dos naturalezas, la resolución definitiva se dio en el Concilio de Calcedonia (451): «Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona».
La presente traducción es la primera que se publica en lengua castellana.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

14

Cirilo de Alejandría

¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?

Introducción y notas de Luigi Leone
Traducción del griego de Santiago García-Jalón

Editorial Ciudad Nueva
Madrid Buenos Aires Santa Fe de Bogotá
Montevideo Santiago

Cirilo de Alejandría

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA
DE
PROFESORES
MADRID

¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?

Introducción y notas de Luigi Leone
Traducción del griego de Santiago García-Jalón

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Primera edición: 1991
Segunda edición: 1998

Reservados todos los derechos. No está permitida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1991, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-39-6
Depósito Legal: M-12498-1998

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Omnia Industrias Gráficas

INTRODUCCIÓN

1. *Cirilo de Alejandría*

Sabemos poco de la vida de san Cirilo antes de su elevación al Patriarcado de Alejandría (412). Sobrino del patriarca Teófilo, del que fue sucesor, Cirilo nació probablemente en Theodosiou, quizás la actual Mahalla el Kubra, en el delta del Nilo. A través de algunas cartas de Isidoro de Pelusio [1], dirigidas con mucha frecuencia al patriarca Cirilo, podemos deducir que durante un determinado período vivió entre los ermitaños de Pelusio [2], donde puso las bases de su vida ascética. La primera fecha segura en la vida de Cirilo es el año 403, cuando, siendo todavía un joven lector, acompañó a su tío Teófilo a Constantinopla, para intervenir en el «sínodo de la encina», cerca de Calcedonia, en el cual san Juan Crisóstomo fue depuesto de su sede de Constanti-

1. ISIDORO DE PELUSIO, *Ep.* I, 310, PG LXXVIII, 361; I, 324, PG LXXVIII, 369; I, 370, PG LXXVIII, 392; pero la autenticidad de estas cartas está puesta en duda por SEVERO DE ANTIOQUÍA (CSCO 101, 252, etc.).

2. Según otros estudiosos, Cirilo no habría estado en Pelusio bajo la dirección de Isidoro, sino entre los monjes de Nitria, bajo la dirección de Serapión el sabio (cf. *History of the Coptic Church of Alexandria*, Ed. B. EVETTS, PO 1, pp. 427-428).

nopla. De la justicia de esta acción, Cirilo quedó convencido durante toda su vida; y si, en el 417, se decidió a admitir a Crisóstomo en los dípticos de la Iglesia de Alejandría, lo hizo de mala gana.

Otra grave sombra en la vida de Cirilo fue el asesinato de la filósofa Hypatia (415), pariente del gobernador Orestes, con el que Cirilo sostuvo una áspera lucha en su acción contra los novacianos y los judíos de Alejandría. Si la insinuación que hace el historiador Sócrates [3] sobre el asesinato de Hypatia es injustificada y parcial, no puede decirse lo mismo de lo que dicho historiador [4] afirma de la postura violenta y poco considerada de Cirilo hacia los novacianos y hacia los judíos de Alejandría.

Sobre la vida y actividades de Cirilo tenemos mejor información desde el año 429. A partir de esa fecha aparece, con razón, como el intrépido defensor de la ortodoxia contra Nestorio. Pero de esto hablaremos más adelante. Por ahora, bastará con decir que la vida del patriarca de Alejandría después de Éfeso, no fue tranquila. Pocos días después de la deposición de Nestorio (22 de junio del 431), los obispos de la provincia eclesiástica de Antioquía y los amigos de Nestorio, con Juan de Antioquía a la cabeza, celebraron un sínodo y depusieron a Cirilo. A esta decisión del sínodo, Teodosio respondió con la deposición de Cirilo y de Nestorio y con el encarcelamiento de ambos.

3. *Hist. eccl.*, VII, 15.
4. *Ibid.*, VII, 11ss.

Sólo después de una madura reflexión por parte del emperador, Cirilo pudo volver a Alejandría (30 de octubre del 431), mientras que Nestorio se encerró en un monasterio de Antioquía. Por fin, en el 433 se estableció una línea de acuerdo entre Alejandría y Antioquía. Juan de Antioquía aceptó la condena de Nestorio, mientras que Cirilo suscribió una profesión de fe (compuesta probablemente por Teodoreto de Ciro, uno de los más brillantes teólogos de la Iglesia de Antioquía, y seguidor de Nestorio) que, aunque salvaba la doctrina de la maternidad divina de María y el principio de la comunicación de idiomas *, o sea, la verdadera unidad de la persona de Cristo, podía dar lugar a falsas interpretaciones. De hecho, Cirilo, a pesar de que la paz se había vuelto a restablecer, se vio obligado a defender más de una vez su doctrina cristológica. Cirilo murió el 27 de junio del año 444.

2. *Sus escritos*

Los escritos de Cirilo pueden dividirse en exegéticos, dogmáticos y polémicos, cartas pascuales, sermones y cartas. Los escritos exegéticos son la mayor parte de su obra. Fuertemente ligado a la tradición

* «Comunicación de idiomas» es una expresión técnica de teología que expresa, en virtud de la unidad de la Persona de Cristo, que se pueden atribuir indistintamente a la Persona del Verbo Encarnado propiedades de su naturaleza divina y de su naturaleza humana (Nota del editor).

alejandrina, Cirilo interpreta alegóricamente el Antiguo Testamento, mientras que para el Nuevo prefiere el sentido literal. Para el Antiguo Testamento podemos citar *La adoración y el culto en el espíritu y en la verdad*, los *Glaphyra*, el *Comentario a Isaías*, el *Comentario a los Profetas menores*. Para el Nuevo Testamento citamos el *Comentario al Evangelio de san Juan*, el *Comentario al Evangelio de san Lucas* y el *Comentario al Evangelio de san Mateo*.

Los escritos dogmáticos y polémicos están dirigidos:

a) contra los arrianos: *El Tesoro de la santa y consustancial Trinidad; La santa y consustancial Trinidad.*

b) contra Nestorio y los nestorianos: *Sobre la verdadera fe del emperador Teodosio, los Doce anatemas contra Nestorio, Tres apologías, Notas sobre la encarnación del Unigénito, Contra quien no quiere confesar que la Santa Virgen es Madre de Dios, Contra Diodoro y Teodoro* y *¿Por qué Cristo es uno?*

c) contra Juliano, que había escrito *Contra los galileos*, Cirilo responde con el *Contra Juliano*. De los treinta libros que Cirilo escribió contra Juliano, se conservan sólo diez, por los que puede conocerse el contenido del primer libro de Juliano.

Las homilías pascuales que Cirilo escribió, fiel a la tradición de la Iglesia alejandrina, tienen un contenido parenético. Fueron compuestas entre el 414 y el 442.

Los sermones son unos veinte y tienen contenido diverso. Las cartas escritas por Cirilo constitu-

yen una voluminosa correspondencia, muy interesante para la historia del Estado y de la Iglesia, para el conocimiento de las relaciones entre Oriente y Occidente, de la rivalidad entre las escuelas teológicas y las distintas sedes episcopales y para la historia del dogma (sobre todo las que Cirilo dirige a Nestorio).

3. *Las herejías cristológicas*

Las herejías relativas al Verbo encarnado surgieron ya en los primeros años del cristianismo.

Un primer error cristológico fue el de los docetas, según los cuales Jesucristo habría tenido un cuerpo sólo aparente o bien celeste: de esta forma, toda la narración evangélica que se refiera al nacimiento, pasión y muerte de Cristo se convierte en un hecho meramente ficticio. El docetismo no fue una secta, pero tuvo diversas fases desde la época apostólica; fue vencido definitivamente por el Concilio de Calcedonia, en el 451, donde se definió que Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre, es una persona con dos naturalezas, presentes en la única persona sin confusión, sin cambio, sin división ni separación alguna.

Pero más insidiosas fueron las herejías referentes a la divinidad de Cristo. Ya en el siglo II, Celso negó la divinidad de Cristo. También los adopcionistas, entre los siglos II y III, cayeron en el mismo error, partiendo desde otro punto de vista: Cristo podría sólo considerarse como «adoptado» por

Dios y, por consiguiente, dotado, en medida extraordinaria, de un poder singular.

En el siglo IV, la herejía que más agitó a la Iglesia fue la de Arrio, sacerdote de Alejandría, que resolvía el problema del Hijo en el sentido de un radical subordinacionismo. Según Arrio, el Verbo no era eterno como el Padre, sino que recibió su existencia anteriormente al tiempo e inmediatamente del Padre, no siendo, sin embargo, de la misma sustancia del Padre, sino solamente Dios por participación, como nosotros. Arrio observa que no hay más que un solo Dios no engendrado; la sustancia divina es incomunicable y, por consiguiente, todo lo que existe fuera del único Dios y, por tanto, también el Verbo, es creado. Esta herejía fue condenada por el Concilio de Nicea, en el 325, que definió la consustancialidad del Verbo con el Padre y confirmó nuevamente la fe en la divinidad de Cristo.

Parecía que con esta solemne declaración del Magisterio de la Iglesia terminarían para siempre los errores cristológicos, pero no fue así. Por el contrario, estaba madurando el momento en el que la atención se desplazaría a la unión de las dos naturalezas en la única persona de Cristo. Dos vitales centros intelectuales estaban floreciendo en Alejandría y en Antioquía, donde inteligencias de primer orden estaban dando vida a dos escuelas: la alejandrina, simpatizante del pensamiento platónico y de la interpretación alegórica de la Sagrada Escritura; y la antioquena, que prefería la filosofía aristotélica, en la que se inspiraban por su mentalidad positiva,

que prefería el sentido histórico o literal de la Sagrada Escritura en vez de la alegoría.

En el clima intelectual de estas dos escuelas surgen las dos mayores herejías del siglo V: el nestorianismo y el monofisismo.

Ya en la segunda mitad del siglo IV, Apolinar, obispo de Laodicea, enseñaba –para salvar la unidad ontológica de Cristo contra las posturas dualistas de los adopcionistas y de los arrianos– que, en Cristo, el Verbo tomó el lugar de la parte espiritual del alma de Jesús. De este modo, para dar relieve a la divinidad de Cristo, Apolinar sacrificaba la integridad de la naturaleza humana de Cristo. Contra esta herejía se levantó Diodoro de Tarso, criticando lo que sostenía el apolinarismo, pero yéndose al extremo opuesto, o sea, admitiendo en Cristo la unión del Hijo eterno de Dios con el hijo de María nacido en el tiempo, y favoreciendo así abiertamente el dualismo cristológico. En esta corriente de pensamiento se injertan Teodoro de Mopsuestia y después, mucho más, Nestorio; ellos dieron origen a la herejía nestoriana, que puede resumirse en los siguientes puntos:

1) En Cristo existen dos naturalezas completas y distintas: la divina con su «Yo» divino y la humana con su «yo» humano.

2) En Cristo no existe una unión hipostática real, sino sólo una unidad moral del Verbo con el hombre: ésta se da por el hecho de que Cristo Dios habita en el Cristo hombre como en un templo.

De esto se deduce que en Cristo habría no sólo dos naturalezas, sino también dos personas, y la in-

habitación del Verbo en el hombre, no yendo más allá de la idea de unión accidental, de simple contacto, afirmaría claramente el dualismo hipostático.

El punto esencial de la controversia nestoriana se encierra aquí: si en Cristo, Hombre-Dios, existe perfecta unidad personal, un solo «Yo», en el que se resuelva realmente la dualidad de las naturalezas, y si este único «Yo» es divino, o sea, la persona del Verbo.

Pero de todo esto ya hablaremos más adelante. Por ahora, para completar el cuadro de las controversias cristológicas, es conveniente que nos refiramos a otra herejía, la del monofisismo de Eutiquio, en el siglo V. Esta herejía sostiene que de la unión sustancial del Verbo con la naturaleza humana surge una única naturaleza, en la que la humanidad es absorbida por la divinidad como una gota de miel en el mar. Por consiguiente, Eutiquio no sólo no aceptó la terminología adquirida ya después del Concilio de Éfeso y del de Calcedonia, según la cual «persona» y «naturaleza» no indicaban la misma cosa, sino que, para no caer en la herejía de Nestorio, negó que la naturaleza humana subsistiese en la única persona del Verbo «sin mezcla» junto a la naturaleza divina. Esta herejía fue condenada en el Concilio de Calcedonia, del año 451.

Pero volvamos ahora a la herejía nestoriana, que fue la que dio verdadero trabajo a Cirilo de Alejandría. En efecto, desde que en el año 428 Nestorio fue nombrado obispo de Constantinopla y comenzó a difundir sus ideas, Cirilo no permaneció indiferente ante las consecuencias negativas que las

ideas nestorianas podían tener sobre la doctrina del Verbo encarnado. Y, por consiguiente, primero en una homilía pascual del año 429, y después ese mismo año, en una carta circular a todos los monjes de Egipto, Cirilo rechazó los errores de Nestorio, sin nombrarlo. Seguidamente (429-430), Cirilo escribió dos cartas (II y IV) que rechazaban directamente a Nestorio; pero el obispo de Constantinopla no dio un paso atrás, sino que, por el contrario, expuso sus ideas tanto al Papa Celestino como al emperador Teodosio, lo cual indujo a Cirilo a hacer lo mismo, escribiendo *Sobre la verdadera fe* a Teodosio y *Sobre la verdadera fe* a las Augustas (Pulqueria, hermana de Teodosio, y Eudoxia, su mujer), recurriendo simultáneamente al Papa. De hecho, el Papa deseaba darle a Nestorio diez días de tiempo para retractarse de su herejía, bajo pena de destituirlo; Cirilo fue encargado de hacer valer la autoridad del Pontífice, el cual, por otra parte, no había precisado en qué términos debía retractarse Nestorio. Cirilo, en este caso, decidió arbitrariamente la manera, enviándole a Nestorio doce anatemas, que resumían la doctrina de la que Nestorio tenía que retractarse si no quería ser depuesto de su sede. Desgraciadamente, en estos anatemas formulados por san Cirilo se usaba una terminología que Cirilo creía haberla sacado de san Atanasio pero que, sin embargo, estaba entretejida de apolinarismo; esto hizo que muchos obispos orientales levantaran las espadas en alto, por lo que Cirilo tuvo que defenderse con tres *Apologías* para explicar e interpretar lo que había escrito en estos anatemas.

A pesar de todo ello, Nestorio fue finalmente condenado en el Concilio de Éfeso, en el año 431, y su destitución, a pesar de las protestas y de la beligerancia de Nestorio, fue aceptada gradualmente por todos.

En efecto, el error de Nestorio era sumamente grave, dado que arrancaba desde sus cimientos la doctrina tradicional de la Iglesia sobre el Verbo encarnado y, como consecuencia, impugnaba también el título de *Theotokos*, Madre de Dios, dado a María.

¿Cuál es, sin embargo, la doctrina de la Iglesia? Cristo es «Hijo Unigénito de Dios, subsistente en dos naturalezas, sin confusión, sin cambios, sin divisiones, sin separaciones, permaneciendo la diferencia de las naturalezas en la unión y cada una conservada con sus propiedades, subsistiendo en una sola persona», como tan magistralmente fue definido en el Concilio de Calcedonia, en el año 451.

Ahora bien, la naturaleza es aquello por lo que el ser es lo que es, y opera de una determinada forma; el hombre es hombre por su naturaleza humana; el animal es animal por su naturaleza animal. Además, la naturaleza es igual en todos los seres de una misma especie, y se encuentra en cada uno de los seres de una misma especie. La naturaleza individualizada y subsistente en su ser es incomunicable a otros individuos de la misma especie y se llama «supuesto»; si se trata de una naturaleza racional, localizada y subsistente, incomunicable, este supuesto racional se llama «hipóstasis» o «persona».

Según el orden natural de las cosas, la naturaleza humana subsiste siempre en una persona humana. Pero, ¿no podría suceder que, por virtud divina, una naturaleza humana subsista en una persona divina? Es lo que sucedió en Cristo, en el que la naturaleza humana es asumida y subsiste en la persona del Verbo, Hijo Unigénito de Dios. De esta manera la persona del Verbo hace las veces de la persona humana, no derogando en absoluto sus atributos divinos. De hecho, la naturaleza humana y la naturaleza divina permanecen en Cristo íntegras e inconfundibles: de esta forma Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y a Él competen todos los atributos divinos y humanos. Por tanto, ya sea que Cristo hable y actúe como verdadero Dios, ya sea que actúe como verdadero hombre, Cristo es un solo individuo que actúa, una sola persona: porque la persona del Verbo, que existe por sí misma, generada desde la eternidad por el Padre y que se identifica con la naturaleza divina, esta misma persona hace que exista y actúe la naturaleza humana. Por consiguiente, en Cristo la naturaleza divina y la naturaleza humana subsisten en una sola persona, en la persona del Verbo eterno.

La doctrina cristológica de Cirilo, aunque muchas veces peque de fórmulas no demasiado precisas (en cuanto al significado de *physis,* o sea naturaleza, es aún dudoso, y más que la naturaleza propiamente dicha viene a significar persona, como se deduce del contexto), es la de la tradición: las dos naturalezas, la divina y la humana en Cristo, se han unido verdadera y sustancialmente en la persona del

Verbo. Por tanto, unidad personal y perfecta en Cristo, gracias a la cual Cirilo atribuye ordinariamente al Verbo encarnado las acciones y las propiedades de una y otra naturaleza, como también atribuye en concreto a la divinidad o a la humanidad las acciones y las pasiones de la otra naturaleza (*communicatio idiomatum*).

4. «*¿Por qué Cristo es uno?*»

Este diálogo va dirigido contra la doctrina nestoriana, pero no sólo contra Nestorio, sino también contra Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia.

Diodoro de Tarso, considerado durante su vida como un pilar de la ortodoxia, fue condenado un siglo después de su muerte como el fundador de aquella doctrina que después desarrollaría Teodoro de Mopsuestia y que más tarde Nestorio defendió a ultranza. Para defender la divinidad de Cristo contra los arrianos y su perfecta humanidad contra los apolinaristas, Diodoro cayó en el error de reducir la unión de lo divino con lo humano a una simple inhabitación del Verbo en un hombre. Aunque por los fragmentos de sus escritos que nos han quedado no puede deducirse claramente su pensamiento, es del todo cierto que admitía en Cristo una doble hipóstasis. De acuerdo con Diodoro, su discípulo Teodoro de Mopsuestia sostenía que en Cristo había dos personas, admitiendo que tanto la naturaleza divina como la humana son también personas. La unión de las dos naturalezas la da el sentimiento

y la voluntad común: el hombre está unido con el Verbo en una unidad moral, pero las propiedades y la acción de las dos naturalezas se distinguen netamente, hasta tal punto que para Teodoro fue sólo el hombre el que nació, padeció y murió, y que a María no se le puede considerar realmente Madre de Dios.

Tanto Diodoro como Teodoro formaban parte de la escuela antioquena.

Ahora bien, que Cirilo intentó polemizar en algunos puntos con Diodoro y Teodoro está evidentemente demostrado en algunos paralelismos entre los textos de Cirilo y los de Diodoro y Teodoro [5]. Pero es también evidente que con la fórmula «dicen», Cirilo quiere muchas veces no polemizar con personas en particular, sino con orientaciones teológicas de su tiempo.

Se piensa que este diálogo fue compuesto entre los años 434 y 437. Esto se deduce con aproximación de una carta de Cirilo a Succenso [6], del *Breviario de la causa de los nestorianos y de los eutiquianos* de Liberato de Cartago [7], y de la *Carta LXIV* de Cirilo [8].

El contenido del escrito puede considerarse dividido en tres puntos: la maternidad divina, el proble-

5. Cf. CYRILLE D'ALEXANDRIE, *Deux dialogues Christologiques*, Introd., texte critique, trad. et notes par G. M. DE DURAND (S. Ch. 97), Paris 1964, pp. 60-69.

6. DE DURAND, *op. cit.*, pp. 70-73.

7. *Ibid.*, pp. 73-77.

8. *Ibid.*, pp. 77-80.

ma de las dos naturalezas en Cristo y, finalmente, la interpretación de algunos pasajes bíblicos para comprender cómo el Verbo de Dios, aun permaneciendo impasible, haya sufrido por nosotros lo que es propio de la carne.

En cuanto a la maternidad divina de María, Cirilo apela a la doctrina tradicional, según la cual María es *Theotokos* (Madre de Dios) y no sólo *Christotokos* (Madre de Cristo) o *Anthropotokos* (Madre del hombre), como querían los nestorianos. Cirilo extrae la doctrina de la maternidad divina de María de la *communicatio idiomatum*, por lo que la palabra *Theotokos* es considerada por él como una consecuencia necesaria de la doctrina cristológica. De hecho, en virtud de la unión hipostática, todas las propiedades de la naturaleza divina, y las de la humana, se pueden y se deben predicar de la única persona de Cristo. Por consiguiente, el problema central es, para Cirilo, la persona de Cristo y la relación, en Cristo, entre la divinidad y la humanidad.

Mientras que en sus primeros escritos acepta pasivamente una terminología imprecisa, como la del «templo» y la de la «morada», refiriéndose a la habitación del Verbo en la carne, en este diálogo Cirilo afronta con más seguridad el problema de la Encarnación y de la unión hipostática. Y si queda alguna imprecisión, se debe más al tiempo en el que fue escrito el diálogo que al pensamiento teológico de Cirilo. Fue el Concilio de Calcedonia (451) el que definió, con una terminología exacta, la unión de las dos naturalezas en una sola persona.

5. *El texto de «¿Por qué Cristo es uno?»*

a) Manuscritos

La tradición directa del *Quod unus sit Christus* se halla contenida en tres manuscritos:

El *Monacensis graecus* 398 (siglos X-XI), pergamino, ff. 254r-298r, traducido por el humanista Buenaventura Vulcatius (1538-1614), y copiado con alguna laguna a causa de la mala conservación del manuscrito, por el bibliotecario M. Ehinger.

El *Vaticanus graecus* 596 (siglo XIV), códice en papel, ff. 394v-413r.

El *Vatopedinus* 390 del Monte Athos (siglo XIV), pergamino, ff. 205r-249v.

El número restringido de manuscritos [9] podría hacer pensar en una escasa difusión del *Quod unus sit Christus*, pero no es así si observamos tanto la tradición indirecta, que atestigua diferentes referencias a nuestro texto, como las versiones en siríaco y armeno, que ponen de relieve la popularidad del escrito, por lo menos en algunos ambientes.

9. En cuanto a la calidad de los tres manuscritos, hay que tener en cuenta que el *Monacensis graecus* 398, aunque sea antiguo, no resulta muy útil para la reconstrucción del texto; ni siquiera ofrecen mucha garantía los otros dos, que parecen dos copias del *Monacensis*. Quizás el más interesante sea el *Vaticanus graecus* 596 por las numerosas correcciones de segunda mano que podrían, acaso, hacer pensar en una confrontación con otro manuscrito.

b) Versiones

La versión siríaca está contenida en cuatro manuscritos del British Museum, de los que dos (*Add. syr.* 14.531, siglos VII-VIII, ff. 1v-60r y *Add. syr.* 14.557, siglo VII, ff. 50v-95v) dan el texto completo; el tercero (*Add. syr.* 17.149, siglo VI, ff. 39r-64r) presenta una gran laguna y, para completarla, se hizo en los siglos VII-VIII otra traducción contenida actualmente en *Add. syr.* 17.150, siglos VII-VIII, ff. 1r-17r, cuarto manuscrito.

La versión siríaca es generalmente fiable; sin embargo, aunque el traductor no haya hecho enmiendas relevantes, limitándose, a lo sumo, a eliminar pequeños detalles, como partículas, endíadis, epítetos, su tendencia a la perífrasis no da a la traducción suficientes garantías [10].

La versión armena se encuentra en cuatro manuscritos usados por F. C. Conybeare (*The Armenian Version of Revelation and of Cyril of Alexandria's Scholia on the Incarnation*, London 1907, pp. 165ss.) para la edición de los *Scholia de incarnatione Unigeniti.* De los colofones de dos de estos manuscritos (*Arm. e* 20, f. 172r; *Arm. e* 36, f. 195v) se sacan la fecha y el autor de esta versión: «el segundo año del reino de Anastasio II», o sea entre el 714 y el 715, autores Esteban, más tarde obispo de Siunik, y David, despensero imperial.

10. Cf. DE DURAND, *op. cit.*, p. 156.

La versión armena es extremadamente literal; y esto, aunque por una parte perjudica a la elegancia, constituye, por otra, un motivo válido de credibilidad para la reconstrucción del texto [11].

c) La tradición indirecta

La tradición indirecta del *Quod unus sit Christus*, por lo que se refiere a los testimonios griegos, se limita a algunos breves fragmentos contenidos en el *codex Vaticanus* 1431, interesante florilegio de finales del siglo V, y a dos largos pasajes contenidos en la *Panoplia Dommatica*, de Eutimio Zigabeno (siglo XI).

Sin embargo, son más frecuentes las referencias al *Quod unus sit Christus* en la traducción siríaca de las obras de Severo de Antioquía la cual, citando un texto próximo a Cirilo, y dado que dicha traducción fue hecha en una época muy antigua, podría ser de enorme ayuda para la reconstrucción del texto; pero desgraciadamente la traducción no es siempre fiel [12].

Por el contrario es mejor, bajo este aspecto, la traducción armena de una obra de Timoteo Eluro, titulada *Rechazo de la doctrina definida en el Concilio de Calcedonia*. Los fragmentos tomados de esta obra son, sin embargo, muy breves [13].

11. Cf. *Ibid.*, pp. 156-158.
12. Cf. *Ibid.*, p. 161.
13. Cf. *Ibid.*, pp. 161-162.

d) Ediciones y traducciones

El texto del *Quod unus sit Christus* fue publicado por primera vez, y sólo en traducción latina, en 1605, por Buenaventura Vulcatius, en Leida. Seguidamente, en 1638, Jean Aubert publicó también el texto griego en la edición completa de las obras de san Cirilo (*S. Cyrilli Alexandrini opera omnia graece et latine*, Parisiis 1638, 6 voll.). Sin embargo, esta edición deja mucho que desear porque se basa en la copia, con muchas lagunas, hecha por Ehinger del *Monacensis graecus* 398, y además tiene varias erratas de imprenta. Éstas, pero no las lagunas, las reparó la edición de Migne, en 1863, en *Patrologia graeca*, LXXV, 1253-1362, que tomó el texto publicado por Aubert. En 1877 salió la edición preparada por P. E. Pusey (*Sancti Patris nostri Cyrilli archiepiscopi Alexandrini, De recta fide ad Imperatorem, De incarnatione Unigeniti, De recta fide ad principissas, De recta fide ad Augustas, Quod unus sit Christus dialogus, Apologeticus ad Imperatorem*, edidit post Aubertum Philippus Edwardus Pusey, Oxford 1877) [14]. Pero también esta edición dejaba defraudados por el uso indiscriminado, aunque cuidado, tanto de los códices como de sus variantes, hasta el punto de hacer escribir a E. Schwartz en su *Acta Conciliorum Oecumenicorum*. (I, 1, 1, p. XX): «co-

14. Se puede consultar la reedición de la obra *Cyrilli Alex.* etc., Reprint of the edition Oxford 1877, Bruselas, Editions Culture et Civilisation, G. LEBON, 1965, pp. XXIV, 488.

dicibus imprudenter electis imprudentiam tribuebat (Pusey) fiduciam sermonis leges sensusque aptitudinem parum curans».

Una edición crítica más reciente es la publicada en Sources Chrétiennes 97: Cyrille d'Alexandrie, *Deux dialogues Christologiques*, Introduction, texte critique, traduction et notes par G. M. de Durand, Paris 1964, pp. 548.

El diálogo ha sido traducido al alemán por O. Bardenhewer, y publicado por la Bibliothek der Kirchenväter (II, 12), Munich 1935; ha sido también traducido y publicado en inglés por E. B. Pusey, padre de P. E. Pusey, en Library of the Fathers of the Holy Catholic Church, 46, Oxford 1881.

e) El estilo

La forma literaria de Cirilo refleja el tormento de la materia que trata. Él no termina de cansarse de repetir, de martillear sobre el mismo concepto. Cirilo muestra siempre un esfuerzo consciente por hacer comprender las cosas y, por tanto, están lejos de él las veleidades de los artificios y de los ornamentos inútiles. Todas las palabras tienen su razón de ser con vistas a la comprensión de su prosa; Cirilo inventa muchas veces términos nuevos, pero fáciles de entender; no se preocupa excesivamente del ritmo, de la armonía, sino más bien de que su lectura sea fácil. Raramente se encuentra uno con alguna oscuridad, o con alguna ambigüedad.

Sus citas bíblicas están al alcance de la mano; a menudo cita de memoria, y no es raro que algunas

citas se presenten, a breve distancia entre ellas, de dos formas diferentes. Cita más el Nuevo que el Antiguo Testamento. Por consiguiente, su estilo es el del teólogo, el del pastor de almas, y se distingue por la claridad de su pensamiento y la seguridad de sus demostraciones, aunque esto vaya muchas veces a expensas de la elegancia.

* * *

La presente traducción se ha realizado sobre la edición crítica publicada por Sources Chrétiennes 97 (CYRILLE D'ALEXANDRIE, *Deux dialogues christologiques*, Introduction, texte critique, traduction et notes par G. M. DE DURAND, Paris 1964).

Cirilo de Alejandría
¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?[1]

1. El título latino del diálogo es: *Quod unus sit Christus.*

La Palabra de Dios, alimento del alma

A – Quienes son verdaderamente prudentes y han sido capaces de adquirir la sabiduría que la vida enseña, jamás podrán sentirse suficientemente saciados de ciencia sagrada. Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* [2]. Pues la Palabra de Dios es, en verdad, alimento del alma y pan espiritual que reconforta el corazón del hombre, según canta el Libro de los Salmos [3].

B – Dices bien [4].

A – Entre los paganos la flor y nata de los hombres eruditos es rendida admiradora del bien hablar [5]. Su mayor preocupación consiste en expresarse con elegancia. Les complace la sutileza en el empleo de las palabras y se glorían de que usan con

2. Mt 4, 4; cf. Dt 8, 3.

3. Cf. Sal 103, 15.

4. En el diálogo, «A» representa a Cirilo y «B» a un interlocutor que no es ni un abierto adversario ni un discípulo como aquellos de los diálogos platónicos, sino más bien un amigo que expresa las ideas de los adversarios.

5. Cirilo está convencido de que la retórica es útil sólo como preparación para la enseñanza de la verdad. Su estilo revela la profundidad, la precisión y la claridad de sus perspectivas.

precisión el idioma. Los poetas usan como argumento mentiras que presentan adornadas por la armonía de los ritmos y de la métrica, mas de la verdad bien poco se preocupan. Estriba su defecto en la falta de una sabiduría que a la par sea real y útil, en el desconocimiento del saber que tiene por objeto a quien por su naturaleza y verdaderamente es Dios. O mejor aún, con palabras de san Pablo: *Se ofuscaron en vanos razonamientos y su insensato corazón se entenebreció; jactándose de sabios se volvieron estúpidos y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de aves, de cuadrúpedos, de reptiles* [6].

B – Es verdad. Por eso, Dios, así dice de ellos por boca de Isaías: *Sabed que su corazón es ceniza y que están en el error* [7].

A – Esto por lo que hace a los poetas. Y en cuanto a los inventores de impías herejías, a los que profanan la verdad y a los apóstatas que emplean con desenfreno su boca para oponerse a la gloria divina y *divulgar doctrinas perversas* [8], bien puede acusárseles de haber incurrido en una locura que no es menor que la de los paganos, sino mayor tal vez. *Más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que les fue transmitido. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan cierto: el perro vuelve a su vómito* y *la puerca lavada a revolcarse*

6. Rm 1, 21-23.
7. Is 44, 20.
8. Hch 20, 30.

en el cieno [9]. Entre sí se han repartido las diversas calumnias blasfemas que habrían de levantar contra Cristo, y como lobos feroces y violentos llevan la ruina en medio de las ovejas por las que ha muerto Cristo y roban sus cosas, *pues por amasar riquezas para sí, roban las que no les pertenecen* [10], según está escrito y *convierten su yugo en algo sobremanera pesado* [11]. Les cumplen a la perfección aquellas palabras de que *salieron de nosotros, pero no eran de los nuestros* [12].

B – No lo eran, ciertamente.

A – Mas ahora se nos presenta una ocasión inmejorable para enfrentarnos de plano con esa calaña de personas. Algunos hay que en un alarde de necedad pretenden abajar la suprema Alteza que es el Verbo Hijo Unigénito de Dios y aminoran su grado de igualdad con el Padre, afirmando que no le es consustancial y negándose a reconocerle una perfecta identidad de naturaleza. Otros, recorriendo el mismo camino de éstos que acabamos de mencionar y cayendo, al igual que ellos, en las redes de la muerte y *en lo más profundo del infierno* [13], de modo arbitrario pretenden explicar el misterio del Unigénito con independencia de la economía de la carne y se precipitan así en una locura semejante a la de los anteriores. Si posible les fuera, los prime-

9. 2 P 2, 21-22.
10. Ha 2, 6.
11. Ibid.
12. 1 Jn 2, 19.
13. Pr 9. 18.

ros querrían privar de las prerrogativas de la divinidad al Verbo que nació del Padre antes de la Encarnación. Los segundos intentan combatirlo también después de su Encarnación: ¡estos insolentes están muy cerca de reprocharle su generosidad hacia los hombres! Llegan a sostener que no hizo bien al unirse a la carne y a los límites del anonadamiento, o sea, al hacerse hombre *y aparecer sobre la tierra y ser visto entre los hombres* [14]. Él, que es Dios y está sentado junto al Padre.

B – Es justo lo que dices.

A – Mas contra estas dos formas de ignorancia se alza por igual la voz poderosa de la Escritura inspirada: ella honra la verdad, pone de manifiesto la ligereza y la locura de esos razonamientos y guía por el camino de la divinidad a quienes están avezados a mirar con el ojo penetrante y atento del espíritu en el misterio de que se trata. Mas por el momento querrían que tú me dijeras, ya que creo advertir que este asunto te inquieta no poco, quiénes son los que han deformado con impiedad la tan veneranda e inefable economía del Salvador.

B – Has acertado. *Estoy encendido de celo por el Señor* [15]: por culpa de este tema estoy turbado y profundamente inquieto. Tengo miedo cuando pienso hasta dónde pueden conducirnos esos discursos. Con ellos se corrompe la fe haciéndonos dudar, acudiendo a las invenciones del dragón re-

14. Ba 3, 38.
15. 1 R 19, 10.

cientemente aparecido y vierten como un veneno en las almas de los sencillos sus ideas vanas, depravadas y llenas de locura.

El dragón recientemente aparecido

A – Dime, por favor, aprisa, ¿quién es ese dragón recientemente aparecido y cuáles son los dardos que lanza contra las enseñanzas de la verdad?

B – Ese dragón recientemente aparecido es el hombre ambiguo, de lengua empapada en veneno que, despreciando la enseñanza de los sagrados misterios a todos transmitida por sus doctores, despreciando incluso toda la Escritura inspirada e introduciendo innovaciones a su gusto, sostiene que la santa Virgen no es Madre de Dios, sino más bien Madre de Cristo y Madre del hombre y sustituye los dogmas verdaderos y auténticos de la Iglesia católica por otros contradictorios y absurdos.

A – Tengo la impresión de que aludes a Nestorio. Hasta cierto punto entiendo ya sus opiniones pero, querido amigo, no acierto a comprender cuál es en suma su intención. ¿Cómo puede decirse que la santa Virgen no es Madre de Dios?

B – Porque dice que no ha engendrado a Dios. Dado que el Verbo es coeterno con Dios Padre existía antes que ella y antes que todos los siglos y que el tiempo.

A – Evidentemente, negarán también que el Emmanuel sea Dios. Y, a lo que parece, el Evangelista

habría interpretado falsamente ese nombre cuando dice *que significa: Dios con nosotros* [16]. Con toda claridad dijo Dios Padre por boca del profeta que así debía llamarse el que había nacido de la Virgen, porque era Dios hecho hombre.

B – Sin embargo, ellos no piensan que sean así las cosas. Mantienen que Dios, el Verbo de Dios, estuvo con nosotros a la manera de quien presta auxilio. De hecho salvó al mundo mediante aquel que nació de mujer.

A – Dime: ¿Acaso no estuvo con Moisés para librar a Israel del país de Egipto y de su tiranía *con mano fuerte y brazo poderoso* [17], según está escrito? Y, ¿no vemos acaso cómo a continuación dice claramente a Josué: *Como estuve con Moisés, así estaré contigo* [18]?

B – Ciertamente.

A – Siendo así, ¿cómo es que ninguno de éstos fue llamado Emmanuel, sino que se reservó el nombre sólo para quien fue engendrado según la carne milagrosamente de una mujer en los últimos tiempos del mundo?

B – ¿Cómo hemos de comprender, entonces, que Dios ha sido engendrado por una mujer? ¿Diremos, tal vez, que el Verbo ha participado de la sustancia que es en ella y de ella deriva?

16. Mt 1, 23; cf. Is 7, 14.
17. Sal 135, 12; cf. Dt 5, 15.
18. Jos 1, 5.

El Verbo se ha hecho carne

A – ¡Lejos de nosotros un razonamiento tan innoble y absurdo! Pensar que la inefable sustancia del Unigénito sea fruto de la carne es una consideración de locos, desvaríos de una mente perturbada que fabula inconveniencias. Muy por el contrario: Él era, como Dios, coeterno con el Padre que le ha engendrado y fue la suya una generación inefable según conviene a su naturaleza. A aquellos que quieren saber claramente cómo y de qué modo apareció Él en forma semejante a la nuestra y cómo se hizo hombre, el divino evangelista Juan se lo explica con las siguientes palabras: *Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad* [19].

B – Pero ellos dicen que si el Verbo se ha hecho carne no ha seguido siendo el Verbo, sino que ha dejado de ser lo que antes era.

A – Eso no es sino necedades y simplezas, desatinos de gente insensata nada más. A lo que parece, piensan que la palabra «hacerse» significa necesaria e inevitablemente una transformación, un cambio.

B – Sí, eso dicen. Y apoyan su punto de vista en la autoridad de la Escritura inspirada. Pues ésta, según ellos recuerdan, en algún lugar afirma de la mujer de Lot que *se convirtió en estatua de sal* [20], y

19. Jn 1, 14.
20. Gn 19, 26.

del bastón de Moisés dice que *lo echó a tierra y se convirtió en una serpiente* [21]. El hecho es que en esos casos hay una mutación de naturaleza.

A – Entonces, cuando en el salmo se canta *el Señor se ha convertido en un refugio para mí* [22], o *Señor, tú te has constituido en refugio nuestro de generación en generación* [23], ¿cómo debemos concluir? ¿Tal vez que Dios, glorificado aquí, dejando de ser Dios, ha cambiado su naturaleza para convertirse en un refugio, transformándose de modo que comenzara a ser algo que antes no era?

B – ¿Cómo no reconocer que eso es algo absurdo y por entero inconveniente para Dios, que es tal por naturaleza? Siendo por naturaleza inmutable, sigue siendo absolutamente lo que era y siempre es, por mucho que de Él se diga que se ha convertido en «refugio» para alguien.

A – Has hablado de modo sabio y justísimo. Por consiguiente, tratándose de Dios, si se emplea la palabra «hacerse» es absurdo e impío pensar que esa palabra significa una mutación. ¿No convendrá más esforzarse por entenderla de otro modo para adecuarla con prudencia a aquello que corresponde al Dios inmutable y que de Él se predica de modo absoluto?

B – ¿Cómo entonces diremos del Verbo que se ha hecho carne, respetando al mismo tiempo la inmutabilidad y la inalterabilidad que le son propias, esenciales e innatas?

21. Ex 4, 3.
22. Sal 93, 22.
23. Sal 89, 1.

A – El sapientísimo Pablo, dispensador de los misterios de Dios y ministro de la predicación evangélica, nos lo explica cuando dice: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre. Y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz* [24]. Pues aunque es Dios, nacido de Dios por naturaleza, el Verbo Unigénito de Dios, *resplandor de su gloria e impronta de la esencia* [25] de quien lo engendró, se hizo hombre, pero no porque se cambiara en carne o padeciese ninguna mezcla o mixtura o cualquier otra cosa igualmente insensata, sino porque se sometió a sí mismo al anonadamiento y *en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia* [26], sin desdeñar la miseria de la condición humana. Quiso como Dios que la carne, sometida a la muerte y al pecado, alcanzase una manifiesta victoria sobre el pecado y la muerte y fue voluntad suya reconducirla al estado original apropiándose de la carne. Y no una carne carente de alma, como algunos piensan [27], sino vivificada por un alma racional. Sin desdeñar recorrer el camino adecuado a lo que

24. Flp 2, 5-8.
25. Hb 1, 3.
26. Hb 12, 2.
27. Para salvar la íntima unión entre la divinidad y humanidad en Cristo e impedir que se interpretaran las dos naturalezas en el sentido de una doble personalidad, Apolinar enseñó que en Cristo se daban el

se proponía, se sometió, por así decirlo, a un nacimiento semejante al nuestro, sin dejar por ello de ser lo que era. De modo milagroso fue engendrado de una mujer según la carne. Pues dado que era Dios por naturaleza, no le resultaba posible aparecerse a los naturales de la tierra sino tomando un aspecto semejante al nuestro, Él que era invisible e incorpóreo. No quedaba otro camino que el de encarnarse y mostrar en sí mismo y en sí solo nuestra naturaleza enriquecida con los honores divinos. Él mismo era juntamente Dios y hombre, semejante al hombre, por cuanto era Dios con el comportamiento exterior de un hombre. Era Dios bajo una apariencia semejante a la nuestra y Señor bajo la forma de esclavo. En ese sentido decimos que se hizo carne. Por tal razón afirmamos que la Virgen santa es también Madre de Dios.

B – ¿Quieres que confrontando tus argumentos con los suyos examinemos más detenidamente esta cuestión o prefieres que creamos sin más tus palabras, aceptando como verdad cuanto acabas de decir?

Hablar de acuerdo con la Sagrada Escritura

A – En mi opinión es necesario admitir cuanto llevamos dicho, pues hemos hablado sabiamente y

cuerpo humano y el alma irracional, mientras que el lugar del alma racional era ocupado por el Verbo divino. Por eso, Cristo, según Apolinar, poseía una divinidad perfecta, pero una humanidad incompleta. Apolinar fue condenado en el Concilio de Constantinopla del 381.

con acierto y en perfecto acuerdo con la Escritura inspirada. Pero opina tú, pues tal vez pueda el diálogo arrojar algún fruto sabroso.

B – Dicen ellos que el divino Pablo habla del Hijo como si se hubiera convertido en maldición y pecado. Pues dice: *A quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros* [28]. Y en otro lugar: *Cristo nos ha rescatado de la maldición de la Ley al haberse hecho maldición por nosotros* [29]. Ahora bien, argumentan ellos: Cristo no se ha convertido realmente en maldición o pecado. La Sagrada Escritura pretende decir otra cosa. Y del mismo modo es necesario interpretar la expresión de *el Verbo se hizo carne* [30].

A – Precisamente: como decir que Él se ha hecho maldición equivale a decir que se ha hecho pecado, del mismo modo eso introduce el concepto de que se ha hecho carne, que es necesario comprender antes que las demás verdades que se predican de Él [31].

28. 2 Co 5, 21.

29. Ga 3, 13.

30. Jn 1, 14. Según los herejes, las frases «se hizo pecado», «se hizo maldición» y «se hizo carne» son equivalentes.

31. El texto no está claro. Parece que Cirilo quiere decir que la idea de la Encarnación tiene necesariamente prioridad sobre el resto de las afirmaciones sobre Cristo. Es decir, Cristo se ha hecho maldición y pecado porque antes se ha encarnado. En realidad, el Padre hizo pecado al Hijo, en el sentido de que lo identificó en cierto modo con el pecado al hacerlo partícipe de la naturaleza humana caída en pecado, y echar sobre Él los pecados de todos los hombres para que los expiase. Además, lo hizo maldición en el sentido no de que Cristo fuese maldecido por el Padre, sino en cuanto Cristo, sometiéndose a la maldición de la cruz, se situó y se encontró en un estado declarado maldito, porque maldición era la muerte en cruz (está escrito: *Maldito quien cuelga del madero*: Dt 21, 23).

B – ¿Qué quieres decir? Si alguno les dice: «Quien no conocía el pecado se ha hecho pecado por nosotros; Él ha redimido además de la maldición de la Ley a quienes estaban bajo la Ley, convirtiéndose por ellos en maldición», ¿quién podrá dudar de que todo ello se refiere al momento en que el Unigénito se ha encarnado y se ha hecho hombre?

A – Por consiguiente, la idea de la Encarnación comporta también los sufrimientos, por ejemplo el hambre y el cansancio, que, por razón de la economía salvadora, le sobrevinieron como consecuencia de la Encarnación a aquel que voluntariamente se sometió al anonadamiento. Del mismo modo que no se habría cansado quien posee todo el poder, ni se podría haber dicho que pasa hambre quien es el alimento y la vida de todos si no se hubiera apropiado de un cuerpo que de por sí tiende al hambre y a la fatiga, así no habría podido ser contado entre los criminales –pues decimos que se hizo pecado– ni se habría convertido jamás en maldición padeciendo la cruz por nosotros, si no se hubiera hecho carne, esto es, si no se hubiera encarnado y hecho hombre, sometiéndose por nosotros a un nacimiento humano como el nuestro, por medio del cual nació de la Virgen santa.

B – Estoy de acuerdo, te doy la razón.

A – Además, es una necedad pensar y decir que el Verbo se ha hecho carne en el mismo sentido en que se ha hecho maldición y pecado.

B – ¿Por qué?

A – Porque, ¿no se hizo maldición para destruir la maldición y no lo hizo pecado el Padre para terminar con el pecado?

B – Eso lo dicen también ellos.

A – Entonces, si fuera verdad lo que ellos sugieren de que el Verbo se hizo carne del mismo modo en que se hizo maldición y pecado, habría que concluir que se hizo carne para acabar con la carne. Y, ¿cómo conciliar con esto el hecho de que haga incorruptible e inmortal esta carne nuestra a partir de aquella misma carne que hizo suya propia? Pues bien cierto es que no permitió que su carne permaneciese mortal y corruptible, dado que Adán nos transmitía la pena decretada por su delito, sino que como era la carne de Dios incorruptible, esto es, su propia carne, la puso más allá de la muerte y de la corrupción.

B – Bien has hablado.

Adán alma viviente: Cristo espíritu vivificante

A – Dice en algún lugar [32] la Sagrada Escritura que Adán, el primer hombre, fue creado alma viviente y en cambio el último Adán, Cristo, espíritu vivificante. Por tanto: dado que se hizo maldición y pecado para destruir la maldición y el pecado, ¿podemos decir que se hizo espíritu vivificante para destruir la condición de alma viviente? Desvirtuando hasta lo absurdo el significado de la palabra «hacerse» afirman que se hizo carne en el mismo sentido en que se hizo maldición y pecado. En cuyo

32. Cf. 1 Co 15, 45.

caso es necesario concluir que el Verbo no se hizo carne ni se hizo hombre. Aceptado lo cual, pierde todo su significado para nosotros el misterio: Cristo ni nació, ni murió, ni resucitó según las Escrituras. ¿Dónde queda entonces la fe, *la palabra de la fe que predicamos*[33]? ¿Cómo pudo Dios resucitarlo de entre los muertos si no había muerto? ¿Y cómo podría morir si no nació según la carne? ¿Y cuál es el sentido de la resurrección de los muertos, que alimenta en los santos la esperanza de la vida perenne, si Cristo no ha resucitado? ¿Cuál es entonces su acción vivificadora sobre los cuerpos humanos, aquella que tiene lugar mediante la participación en su carne santa y en su sangre?

B – Así pues, confesamos que el Verbo se hizo carne en virtud de su nacimiento de una mujer según la carne y que se ha sometido a ese nacimiento en los últimos tiempos del siglo presente por cuanto, como Dios, existía ya antes de todos los siglos.

A – ¡Sin duda alguna! De ese modo se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado. De ello da testimonio el sapientísimo Pablo cuando dice: *Por tanto, así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Él de las mismas para aniquilar mediante la muerte al Señor de la muerte, es decir, al diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud. Porque ciertamente, no se ocupa de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse en todo a*

33. Rm 10, 8.

sus hermanos[34]. La semejanza en todo tiene, por así decir, un inicio, un punto de partida, en el hecho de ser concebido de una mujer, en la manifestación en la carne de aquel que era por naturaleza invisible, en el abajamiento hasta nuestra condición, con miras a la economía salvadora, de aquel cuyo nombre era el más alto, en la humilde humanidad de quien resplandece en las más nobles sedes, en el someterse a la condición servil de aquel a quien cumple por naturaleza el señorío: pues *el Verbo era Dios*[35].

B – Es muy cierto tu razonamiento. Mas repara en que ésos andan diciendo también que sería imposible y del todo inconveniente creer y decir que el Verbo, nacido del Padre de manera que es no sólo inefable, sino incluso imposible de concebir, haya padecido ese segundo nacimiento de una mujer. Le basta, dicen, con haber sido engendrado por el Padre una sola vez y de manera digna de Dios.

A – ¡Blasfemas, pues, del Hijo, diciendo que no fue acertada su decisión de someterse por nosotros a un voluntario anonadamiento! Queda reducido a nada el sagrado, el augusto misterio de la piedad y es, en cierto modo, inútil ya. Entienden que la sapientísima economía salvadora del Unigénito en la carne es infructuosa para los hombres. Mas la palabra de la verdad impide que logren éstos imponer sus disparates. Les repudia cuando hablan vanamente, diciendo necedades, negándose a reconocer el misterio de Cristo. Pues, en efecto, Dios Padre en-

34. Hb 2, 14-17
35. Jn 1, 2.

gendró de sí mismo al Hijo en una sola generación. Mas tuvo a bien salvar en el Hijo al género humano mediante la Encarnación, esto es, haciéndolo hombre, cosa que cierta y absolutamente hubo de suceder sin duda mediante un nacimiento de mujer a fin de que, gracias a la semejanza que el Verbo de Dios tendría con nosotros, quedara condenada en los miembros de la carne la ley del pecado y para que la muerte fuera con la muerte vencida, con una muerte semejante a la nuestra y padecida por quien en ningún modo conocía la muerte [36]. *Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante* [37]. Por ende, necesariamente quien existe y subsiste ha sido engendrado según la carne tomando sobre sí lo que nos pertenece, para que los hijos de la carne, nosotros, corruptibles y destinados a la muerte, habitemos en Él, que hizo suyas nuestras cosas para que nosotros pudiéramos hacer nuestras las suyas. *Él, siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza* [38]. Al decir que el Verbo de Dios no se ha hecho carne, que, con otras palabras, no ha padecido un nacimiento de una mujer según la carne, subvierte la economía salvadora. Pues si no se hubiera hecho pobre quien era rico, abajándose hasta nuestra condición por amor a nosotros, tampoco nosotros nos habríamos enriquecido con sus cosas, sino

36. Cf. Rm 7, 23 y 8, 2-3.
37. Rm 6, 5.
38. 2 Co 8, 9.

que seguiríamos aún en nuestra pobreza y sujetos a la maldición, a la muerte y al pecado. La Encarnación del Verbo es para nosotros la libertad y la abolición de cuanto le había sobrevenido a la naturaleza humana como consecuencia de la maldición y la condena. Mas si arrancan la raíz de nuestra salvación y desechan la piedra que cimienta la esperanza, ¿sobre qué habrá de apoyarse todo lo demás? Si el Verbo no se hizo carne, como ya dije antes, no ha sido vencido el imperio de la muerte, ni el pecado ha sido aniquilado en modo alguno y seguimos siendo todavía culpables de la transgresión del primer hombre, de Adán, sin posibilidad alguna de alcanzar una condición mejor, aquella que nos alcanza Cristo, Salvador de todos nosotros.

B – Entiendo bien eso que dices.

A – ¿Y quién podremos pensar que sea ese que ha participado de la carne y de la sangre, de modo semejante a nosotros, dado que era por naturaleza distinto de nosotros? No se podría, en efecto, decir de un hombre que le conviene participar en la humanidad. Pues, ¿cómo cabe pensar que lo que alguien es por naturaleza lo asuma como algo que fuera distinto de aquello que es? ¿No te parece convincente mi razonamiento?

B – Sin duda alguna.

El Verbo de Dios nació de una mujer según la carne

A – Considera ahora desde otro punto de vista lo impío y absurdo que es intentar arrebatar al Dios

Verbo su nacimiento de una mujer según la carne. ¿Cómo podría darnos la vida si su cuerpo no pertenece a quien es la vida? ¿De qué modo la *sangre de Cristo nos purifica de todo pecado* [39] si es sólo la de un hombre común y sometido al pecado? ¿Cómo *Dios* Padre *mandó a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley* [40]? ¿Cómo *condenó el pecado en la carne* [41]? Pues un hombre común, con una naturaleza sierva del pecado como la nuestra, no podría condenar el pecado. Mas como quiera que ese cuerpo era el de aquel que no conocía el pecado y, por eso mismo, se libró con toda justicia de la tiranía del pecado y se enriqueció en su propia naturaleza con el Verbo a ella unido de modo inefable e imposible de describir, por tal razón, digo, se hizo santo, vivificante y lleno de la energía divina. Y también nosotros, como en la ofrenda de las primicias, hemos sido transformados en Cristo para ser superiores a la corrupción y al pecado. Tal es lo que enseñan las palabras del bienaventurado Pablo: *Y del mismo modo que hemos revestido la imagen del hombre terreno, revestiremos también la imagen del celeste* [42]. Por «hombre celeste» ha de entenderse Cristo. Pero no en el sentido de que haya traído su carne de lo alto, del cielo, sino porque siendo Dios, el Verbo descendió del cielo y asumiendo nuestra semejanza, sometiéndose al nacimiento de una

39. 1 Jn 1, 7.
40. Ga 4, 4.
41. Rm 8, 3.
42. 1 Co 15, 49.

mujer según la carne, siguió, sin embargo, siendo lo que era: de lo alto, de los cielos, como corresponde a Dios, bien que se haya unido a la carne. Hablando de Él, el divino Juan se pronuncia en algún lugar del modo siguiente: *El que viene de arriba está por encima de todos* [43]. Él ha permanecido Señor de todo cuanto existe a pesar de que, en razón de la economía salvadora, asumiese forma de esclavo. En esto consiste, precisamente, el carácter verdaderamente extraordinario del misterio de Cristo. Y por boca de uno de sus profetas, Dios Padre dice en cierto lugar a los judíos: *Mirad los que despreciáis, asombraos y desapareced, porque en vuestros días yo voy a realizar una obra, que no creeréis aunque os la cuenten* [44]. Dado lo prodigioso del hecho, el misterio corre el peligro de no ser admitido. Era Dios en una naturaleza humana. Aquel que está más allá de toda la creación se manifestó en la condición nuestra. El invisible era visible según la carne. Quien venía del cielo y de lo alto presentaba la apariencia de un ser terrenal. Él, intangible, podía ser tocado. Él, de suyo libre, apareció con la forma de esclavo. Era maldito quien es la bendición de toda criatura. Quien es la misma justicia fue contado entre los malhechores. Él, en fin, que es la vida, revistió la apariencia de muerte. Pues de ningún otro, sino del Hijo por naturaleza, era aquel cuerpo que gustó la muerte. ¿Tienes algo que objetar a los hechos o al modo en que los hemos comentado?

43. Jn 3, 31.
44. Hch 13, 41; cf. Ha 1, 5.

B – Nada en absoluto.

A – Pues presta ahora atención a lo que sigue.

B – ¿A qué?

A – Cristo dijo a quienes se oponían a la resurrección de los muertos: *¿No habéis leído que el Creador los hizo desde el principio varón y hembra?*[45]. Y el divino Pablo, por su parte, escribe: *Tened todos en gran honor el matrimonio y el lecho conyugal sea inmaculado*[46]. Pues bien: ¿Cómo es posible que, habiendo decidido someterse a ser semejante a nosotros, el Verbo Unigénito de Dios no permitiera que se cumplieran las leyes de la naturaleza humana en la formación, en la generación de su propia carne? No quiso Él recibirla del lecho ni de las relaciones conyugales, sino de una Virgen santa que no había conocido la relación conyugal. Pues, como está escrito[47], la potencia de Dios la cubrió con su sombra y quedó encinta del Espíritu. Dado que Dios no desprecia el matrimonio, antes bien lo honra con su bendición, ¿cómo es que el Verbo que es Dios hizo madre de su carne a una Virgen que quedó encinta del Espíritu?

B – No te sé responder.

A – Bien clara se aparecería a todos la razón de esto, si se detuvieran un poco a considerar los hechos. Según antes dije, el Hijo vino, se hizo hombre, para regenerar en el suyo nuestro ser y guiarlo a un nacimiento y a una vida santa, maravillosa y verda-

45. Mt 19, 4.
46. Hb 13, 4.
47. Cf. Lc 1, 35.

deramente extraordinaria. Por eso fue engendrado en la carne por medio del Espíritu Santo, para alcanzarnos la gracia haciéndose nuestro camino, de modo que consiguiéramos así una regeneración en el espíritu, *no de la sangre ni del querer de la carne, ni de querer humano, sino de Dios* [48]. Y todo ello mediante el Espíritu y gracias a una conformación espiritual con quien por naturaleza y verdaderamente es el Hijo, para que así pudiéramos llamar a Dios «Padre nuestro» y fuéramos incorruptibles al disolver los lazos que nos ataban al primer padre, Adán, en el cual fuimos corrompidos. Por eso dice Cristo en cierto lugar: *No llaméis a nadie sobre la tierra 'padre vuestro'. Uno solo es vuestro padre: el que está en el cielo* [49]. Y dado que Él se abajó hasta nosotros a fin de elevarnos hasta la dignidad divina que le es propia, dice en otra ocasión: *Voy a mi Padre y Padre vuestro, a mi Dios y vuestro Dios* [50]. Pues quien está en los cielos es por naturaleza Padre suyo y Dios nuestro. Pero, como siendo verdaderamente Hijo por naturaleza, se ha hecho semejante a nosotros, se expresa del modo que conviene a su anonadamiento. Él nos ha dado también a su Padre, según está escrito: *A cuantos le recibieron les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre* [51]. Mas si por ignorancia negamos que el Verbo salido del Padre, el Verbo que según las pala-

48. Jn 1, 13.
49. Mt 23, 9.
50. Jn 20, 17.
51. Jn 1, 12.

bras del sapientísimo Pablo es el primero en todo [52], si negamos que haya tenido un nacimiento semejante al nuestro, ¿a quién habremos de asemejarnos para ser llamados hijos de Dios en el Espíritu? ¿Qué primicias de esa realidad hemos recibido? ¿Quién ha de transmitirnos esa dignidad?

B – Me parece a mí que también ellos responderían que el Verbo hecho hombre.

La carne del Verbo, carne de un cuerpo de hombre

A – ¿Y cómo puede ser ello si no se ha hecho carne, hombre, haciendo suyo un cuerpo de hombre con una unión indivisible, de forma que ese cuerpo sea en verdad el suyo propio y no el de ningún otro? De ese modo podrá comunicarnos la gracia de la filiación y seremos también nosotros engendrados por el Espíritu, pues en Él, por vez primera, habrá obtenido la naturaleza humana ese privilegio. A mi entender, el divino Pablo, en determinado lugar y con gran justeza, hizo unas consideraciones muy parecidas, al decir: *Del mismo modo que hemos revestido la imagen del hombre terreno, revestiremos también la imagen del celeste* [53]. Llama «terrestre» al hombre primero, salido de la tierra, y «celeste» a aquel que vino del cielo. *Como era el terrestre, así son los terrestres y como el celeste serán*

52. Cf. Col 1, 18.
53. 1 Co 15, 49.

los celestes [54]. Somos nosotros terrenales por cuanto se nos ha comunicado por Adán la maldición de la corrupción y por ella entró la ley del pecado que habita en los miembros de nuestra carne. Mas en Cristo logramos el privilegio de ser hechos celestiales. Él, que era Dios por naturaleza y salido de Dios y de lo alto, se abajó hasta nuestra condición de modo insólito y sorprendente, siendo engendrado por el Espíritu según la carne, para lograr así que fueramos constituidos incorruptibles y santos en Él, porque se nos comunica la gracia desde Él como desde una segunda raíz y un segundo principio.

B – Hablas con suma propiedad.

A – ¿Y cómo dicen que se ha hecho semejante en todo a sus hermanos, a nosotros? ¿Cómo entender que se haya hecho semejante a nosotros si no es suponiendo que por naturaleza era distinto de nosotros y de una condición en nada semejante a la nuestra? Pues todo aquello de lo que se dice que se ha hecho semejante a una cosa, necesariamente debe ser distinto de ella y no serle connatural, antes bien pertenecer a otra especie o a otra naturaleza. Se dice del Unigénito que se ha hecho semejante a nosotros, porque siendo por naturaleza diferente ha venido a ser como nosotros, se ha hecho hombre. Lo cual sólo es posible que suceda de un modo perfecto si tiene lugar un nacimiento como el nuestro, aunque tal nacimiento suceda, en cuanto a la forma, de un modo extraordinario: no en vano era Dios quien se encarnaba.

54. 1 Co 15, 48.

Debe, desde luego, confesarse que el cuerpo asumido estaba dotado de alma intelectual. Pues el Verbo que era Dios no se ha cuidado sólo del cuerpo terreno, lo que habría equivalido a dar de lado lo que es mejor en nosotros, el alma, sino que con sabiduría ha provisto simultáneamente al alma y al cuerpo.

B – Estoy de acuerdo: has razonado de modo lógico.

A – Por tanto, cuando nuestros adversarios dicen que de ningún modo cabe llamar a la Santa Virgen Madre de Dios, sino Madre de Cristo, en todo caso, claramente blasfeman y niegan que Cristo sea verdaderamente Dios e Hijo. Si, por el contrario, creen que Cristo es verdadero Dios, que el Unigénito se ha hecho de los nuestros, ¿por qué vacilan en llamar Madre de Dios a la que lo engendró, según la carne, evidentemente?

B – Es verdad. Mas ellos dicen que el título de «Cristo» se adapta solamente a aquel que nació de mujer y del linaje de David, pues ese título indica que está ungido por el Espíritu Santo. Mientras que, por el contrario, el Verbo nacido de Dios, por su propia naturaleza, no tenía necesidad ninguna de una unción de ese género, pues es santo por naturaleza. ¿No es acaso cierto que el título de «Cristo» significa que ha tenido lugar una unción?

Cristo por la unción

A – Tienes razón al decir que alguien sólo puede ser denominado Cristo si ha recibido una unción,

como sólo puede llamarse apóstol a quien participa en una misión [55] o ángel a quien lleva un mensaje [56]. Los nombres de este tipo significan una acción, no una sustancia particular o unas determinadas personas. También los profetas son llamados «cristos» [57] pues reza el salmo: *No toquéis a mis cristos, no hagáis daño a mis profetas* [58]. Y el profeta Habacuc dice: *Has surgido para salvar a tu pueblo, a tus cristos* [59]. Pero, dime: ¿no afirman ellos que hay un solo Cristo e Hijo, el verbo Unigénito de Dios, Señor que se hizo hombre y carne?

B – Tal vez lo admitirían, pero dicen que el nombre de Cristo no conviene naturalmente al Verbo engendrado por Dios Padre, pues, siendo Dios, de suyo no le corresponde ser ungido. Y añaden, además, que no podríamos aplicar nosotros ese mismo título ni al Padre ni al Espíritu Santo.

A – Aún no me queda demasiado clara su argumentación. Explícamela y harás una buena cosa.

B – Atiende, entonces. Son muchos y diversos los nombres con los que el Hijo es llamado en las Escrituras divinamente inspiradas. Es titulado Dios, Señor, luz, vida, rey, señor de los ejércitos, santo y omnipotente. Y cuando se quiere dar esos mismos nombres al Padre o al Espíritu Santo, puede hacerse sin temor a errar. Siendo como son de una única

55. «Apóstol», en griego, significa «enviado».
56. «Ángel», en griego, significa «mensajero».
57. «Cristo», en griego, significa «ungido».
58. Sal 104, 15.
59. Ha 3, 13.

naturaleza, por necesidad habrá de ser también una sola la excelencia de sus dignidades. Si el título de Cristo, dicen ellos, conviene realmente al Unigénito, ha de ser atribuido sin distinción, también, como los demás títulos, al Padre y al Espíritu Santo. Pero como esto último es absurdo, hay que concluir que no es verdadero que pueda atribuirse tampoco al Unigénito. El nombre de Cristo debe, por tanto, reservarse para quien procede del linaje de David, pues de Él sí se puede con toda propiedad y exactitud pensarse y decir que ha sido ungido por el Espíritu Santo.

A – También nosotros confesamos que los nombres de las perfecciones divinas son comunes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y de modo habitual tributamos honores iguales a quien ha engendrado, al Hijo engendrado y al Espíritu Santo. He de añadir, carísimo, sin embargo, que el nombre de Cristo, como aquello mismo que designa, se aplica al Unigénito como uno de los modos de su anonadamiento, pues, para quienes entienden, evoca claramente la idea de la Encarnación [60]. Pues expresa con gran perfección la idea de que el Unigénito ha sido ungido en cuanto se ha manifestado como hombre. Si atendiéramos al Verbo, no en cuanto ha aparecido en la economía de la carne, sino en razón de ser el Verbo Hijo Unigénito de Dios, al margen de su anonadamiento, ciertamente sería absurdo llamar Cristo a quien no ha sido ungido. Pero como la Divina y Sagrada Escritura dice que se ha hecho

60. Cf. Lc 8, 10.

carne, puede convenirle la unción en la medida en que ésta es la de la Encarnación, que es la suya propia. Por eso escribe el sapientísimo Pablo: *Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos cuando dice: anunciaré tu nombre a mis hermanos* [61]. También Él fue con nosotros santificado, cuando se hizo como nosotros. Que además el que había sido ungido era verdaderamente Hijo, aunque se hiciera carne, hombre completo, lo atestigua el divino David al dirigirse a Él con estas palabras: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos. Es cetro de justicia el cetro de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría, por encima de tus compañeros* [62]. Advierte cómo, aunque le llama Dios y le atribuye un trono por los siglos, dice David que ha sido ungido por Dios –el Padre, sin duda– con una unción que es superior a la de sus compañeros, o sea, nosotros. Cuando se hizo hombre a pesar de ser Dios, el Verbo no fue privado de ninguno de los bienes que por naturaleza le pertenecen, sino que siguió siendo perfecto, *lleno de gracia y de verdad* [63], con palabras de Juan. Y manteniendo Él perfectamente en sí mismo cuanto conviene a un Dios, nosotros, por nuestra parte, según está escrito, *todos hemos recibido de su plenitud* [64]. Y al

61. Hb 2, 11-12.
62. Sal 44, 7-8.
63. Jn 1, 14.
64. Jn 1, 16.

mismo tiempo, Él, uniendo íntimamente a los confines de su humanidad cuanto le es propio, es llamado Cristo, mas no para indicar que ha sido ungido según la naturaleza divina, en cuanto es Dios y como tal es tenido. Pues de lo contrario, dime ¿cómo podría pensarse en un Cristo, un Hijo, un Señor, si el Unigénito hubiera rechazado la unción y no se hubiera sometido al anonadamiento?

B – Discurren ellos por un camino muy distinto del nuestro y explican de forma absurda el misterio de la religión. Dicen que Dios Verbo tomó un hombre completo del linaje de Abraham y de David, como estaba prescrito por las Escrituras, uno de naturaleza enteramente igual a aquellos de quienes descendía, un hombre completo en su naturaleza, compuesto de alma intelectual y de carne humana. Y este hombre, que era por naturaleza igual a nosotros, formado en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo, *nacido de una mujer, nacido bajo la ley para rescatarnos a todos* [65] de la ley de la esclavitud, recibiendo la filiación que de antaño había sido prevista, fue unido de modo inefable por el Verbo a sí mismo y se le sometió a la prueba de la muerte, que es común a los hombres, para ser luego resucitado de entre los muertos, conducido al cielo y hecho sentar a la diestra de Dios. Por eso, ese hombre *por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero* [66] recibe la adoración de

65. Ga 4, 4-5.
66. Ef 1, 21.

toda criatura por su unión inseparable con la naturaleza divina: toda criatura le rinde adoración, pero refiriéndola en último término al Padre. No hablamos nosotros de dos Hijos o dos Señores, sino que como Dios Verbo es por esencia Hijo, el Hijo Unigénito del Padre, el hombre que le está unido participa con Él y con Él recibe por comunicación el título y la gloria del Hijo. Y dado que el Verbo Dios es Señor por esencia, el hombre unido a Él participa de tal honor. Por eso no hablamos ni de dos Hijos ni de dos Señores, pues está claro quién es por esencia Señor e Hijo. Y pues el hombre que ha sido asumido para nuestra salvación mantiene una unión inseparable con el Verbo, ha sido elevado también Él al título y al honor de Señor e Hijo.

A – ¡Qué necedad, qué insensatez la de quienes, no sé cómo, llegan a concebir así las cosas! Esto no es sino falta de fe, novedad de invenciones impías, transformaciones de las enseñanzas divinas y sagradas que proclaman un solo Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, el Verbo de Dios Padre hecho hombre y encarnado. Él mismo es al mismo tiempo Dios y hombre. Y uno sólo es quien posee todos los atributos, los que convienen a Dios y los que al hombre convienen. En realidad, el que por ser Dios ha sido siempre y siempre ha existido, se ha sometido a nacer de una mujer según la carne. A uno sólo y al mismo pertenece existir y subsistir desde la eternidad y haber sido engendrado, según la carne, en los últimos tiempos. Quien en cuanto Dios, era por naturaleza santo, en cuanto se manifestó como hombre fue santificado con nosotros, pues corres-

ponde al hombre ser santificado. Aunque poseía los honores propios del soberano, tomó como propia la forma de esclavo y llamaba Dios a su Padre. Siendo, como Dios, la vida y el dador de la vida, como hombre se dice de Él que fue vivificado por el Padre. Todo es suyo y Él no desprecia la economía de salvación aprobada por el Padre, si se han de creer las palabras salidas de la boca de Pablo, que dice en cierta ocasión: *A quien no conoció el pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros para que en Él llegáramos a ser justicia de Dios* [67]. Y en otro lugar añade: *El cual no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, para darnos con Él todas las cosas* [68]. ¿No concuerda nuestra manera de pensar con lo que enseñan las Escrituras Sagradas?

B – Ciertamente sí.

El misterio de la economía de la salvación en la carne

A – Mas en vano hablamos de Encarnación nosotros mismos y los santos Padres y la Escritura divinamente inspirada si, como dicen e intentan probar nuestros adversarios, habiendo asumido el Verbo de Dios un hombre del linaje del divino David y de Abraham, se tomó la molestia de formarlo en el seno de la santa Virgen, lo unió a sí mismo, le hizo someterse a la prueba de la muerte

67. 2 Co 5, 21.
68. Rm 8, 32.

y, resucitado luego de entre los muertos, lo hizo sentar a la diestra de Dios Padre. Mas, a mi entender, a la Encarnación y no a otra cosa se refiere el sapientísimo Juan cuando escribe: *El Verbo se hizo carne*[69]. Pero ellos deforman y convierten en todo lo contrario a la realidad, el misterio de la economía salvadora de la carne. No entienden ya que el Verbo, Dios por naturaleza, salido de Dios, se ha abajado hasta el anonadamiento tomando la forma de esclavo y se ha humillado a sí mismo, sino todo lo contrario, piensan que un hombre ha sido enaltecido hasta la gloria de la divinidad y el poder sobre todas las cosas, y que ha revestido la forma de Dios siendo llevado a lo alto para sentarse sobre el trono junto al Padre. ¿No tengo razón en lo que digo?

B – Del todo y por entero.

A – Mas, si es verdad lo que dicen, si el Unigénito ha despreciado como cosa indigna la economía salvadora de la Encarnación, ¿cuál es la humillación a la que se ha sometido? ¿Cómo, entonces, se ha hecho obediente al Padre *hasta la muerte, y una muerte de cruz*[70]? Y si habiendo tomado a un hombre lo sometió a la prueba de la muerte y después, llevándolo al cielo, lo hizo sentar junto al Padre, ¿dónde está, entonces, su propio trono, pues ellos afirman que no hay dos Hijos, sino uno sólo, que se sienta junto al Padre, el que es del linaje de David y de Abraham? ¿Y cómo podremos llamarlo Salvador

69. Jn 1, 14.
70. Flp 2, 8; cf. Hb 12, 2.

del mundo? Habría que decir, más bien, que es el huésped y el compañero del hombre por el que hemos sido salvados. La plenitud de la Ley y los profetas habrá sido un hombre, distinto de Él, pues la Ley habla del misterio de Cristo y sobre el ungido escribió Moisés [71], que fue nuestro pedagogo para conducirnos hasta Él. De pensar así queda reducida a nada nuestra fe y de nada vale ya el augusto misterio de nuestra salvación. Eso mismo es lo que comenta el magnífico Pablo en estas palabras: *No digas en tu corazón: ¿quién subirá al cielo?, es decir, para hacer bajar a Cristo, o bien: ¿quién bajará al abismo?, es decir, para hacer subir a Cristo de entre los muertos. Entonces, ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra: en tu boca y en tu corazón, es decir, la palabra de la fe que nosotros proclamamos. Porque, si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo* [72]. ¿Cómo decir grande, famoso y admirabilísimo *el misterio de la piedad* [73] si, según piensan esos desalmados, hay que creer que el hombre asumido y unido accidentalmente a Dios Verbo ha muerto y luego ha sido resucitado y elevado al cielo? Muchos serán, probablemente, los que juzguen absurdo que, no siendo ni por naturaleza ni realmente Dios, este hombre, despojando a quien es por naturaleza el Hijo, pueda gloriarse con el título de Dios y que los ángeles, los arcángeles y los sera-

71 Cf. Jn 5, 46.
72. Rm 10, 6-9.
73. 1 Tm 3, 16.

fines, que son superiores a aquéllos, sirvan por órdenes en torno a quien no es verdaderamente Hijo y Dios, sino sólo un hombre, enaltecido con el título de Hijo por participación y por asunción, al igual que nosotros, y que de ese modo ha alcanzado, según dicen, los honores de Dios. Pero ni siquiera tan graves acusaciones hacen dudar a nuestros adversarios. ¿No es esta doctrina el colmo de la mayor de las impiedades sacrílegas? Lo dado y añadido puede ser rechazado y nada que entra de fuera causa daño irremediable [74]. No quiero referirme a otros postulados blasfemos y absurdos. Pero, ¿por qué quieren degradar hasta la ignominia lo que hay de más maravilloso en la economía salvífica y por qué reducen nuestro sagrado y divino culto a la adoración de un hombre, hurtándonos el culto del Hijo verdadero para persuadirnos de que adoremos a alguien que le está unido sólo accidentalmente y al que pretenden puesto *por encima de todo Principado, Potestad y Dominación* [75]? Procediendo así, no sólo exponen al riesgo de errar a los habitantes de la tierra, sino a las mismas potencias e inteligencias celestes, pues también ellas, con nosotros, adoran no al Verbo por naturaleza que se ha encarnado, el que procede de Dios y el Padre, sino a otro cualquiera, descendiente de David, al cual un simple querer de Dios y ciertos ornamentos extrínsecos confieren la apariencia de Dios, sin que realmente lo sea.

74. Cf. Mc 7, 15.
75. Ef 1, 21.

B – Pero argumentan ellos que, si bien considerado por sí sólo es nada más que un hombre, por cierta ideal referencia a Dios, recibe Él adoración de todas las criaturas.

Adoración de todo lo creado

A – Pero, ¿cómo debemos concebir y presentar esa relación que ellos tan repetidamente enarbolan? Examinemos la Sagrada y Divina Escritura para encontrar respuesta a lo que deseamos. Cierto día, los israelitas, despreciando el temor de Dios, se volvieron duramente contra Moisés y Aarón. Entonces, Aarón y Moisés les preguntaron: *¿Quién es Aarón para que murmuréis contra él? Vuestras murmuraciones no van contra nosotros, sino contra Dios* [76]. Verdad era que habían ofendido a Moisés y a Aarón, pero su comportamiento era, propiamente, un atentado a la gloria de Dios y contra ella iba, en último término, la intención de los ofensores. Además, ni Moisés ni Aarón eran dioses, ni nada en la creación les adoró por ninguna especial referencia suya a Dios. Según la carne, Dios reinó sobre Israel mediante los profetas. Pero más tarde acudieron al divino Samuel diciéndole: *Constituye sobre nosotros un rey que nos gobierne, como tienen las demás naciones* [77]. Aquel hombre inspirado se entristeció por

76. Nm 16, 11; Ex 16, 8.
77. 1 S 8, 5.

esto, y con razón, pero Dios mismo le dijo: *No te repudian a ti, sino a mí, porque no quieren ya que reine sobre ellos* [78]. Encontramos de nuevo, y esta vez abiertamente, la idea del desprecio a Dios. Pues bien, el Salvador y Señor del universo, dice hablando de quienes se encuentran en la pobreza: *Lo que hagáis al más pequeño de éstos, a mí me lo hacéis* [79]. ¿Honraría así al Hijo quien dijese honrar al descendiente de David? Y si alguno no quisiera creer, ¿ofendería al Hijo por naturaleza que quiere ser objeto de nuestra devoción y nuestra fe en grado de estrecha semejanza? ¿Por qué, entonces, no es el esclavo honrado como el dueño, si ha sido elevado a la altura de la divinidad, *Dios nuevo* [80], según las Escrituras? ¿Se ha sumado a la Trinidad santa y consustancial alguien que no le es igual por naturaleza y debe ser con ella adorado y con ella participa de igual gloria?

B – Mantienen ellos que esa relación debe ser entendida, más o menos, del modo siguiente: viendo a Dios Verbo inseparablemente unido al descendiente de David, adoramos a este último como a Dios.

A – ¿Basta, entonces, con que le esté unido, para que se le tribute la gloria a Dios debida y para situarlo por encima de los límites de lo creado? ¿Hará eso que alguien, aun sin ser Dios, tenga derecho a ser adorado? Pero yo sé del caso de alguien que le dice a

78. 1 S 8, 7.
79. Mt 25, 40.
80. Sal 80, 10.

Dios, valiéndose de la lira del salmista: *Mi alma está unida estrechamente a ti*[81]. Y también el bienaventurado Pablo escribe: *Quien se une al Señor forma con Él un solo espíritu*[82]. Dime, ¿habremos de adorarlos en razón de su relación con Dios, dado que le están estrechamente unidos? Se ha de tener presente, además, que el término «unión» es más fuerte e indica mayor cohesión que una simple «conexión», pues quien está estrechamente unido a alguien tiene con él un lazo muy intenso.

B – Así parece.

A – ¿Por qué rechazan entonces el término «unión», que es usual entre nosotros y nos ha sido transmitido por los santos Padres, y prefieren el de «conexión»? La unión no confunde las cosas que se dicen unidas, sino que indica más bien la concurrencia de las cosas que se dicen unidas como elementos unidos en algo. No siempre puede decirse que es uno solamente lo que es simple y de una sola especie, pues también constituyen una sola cosa algunos seres que se forman a partir de dos o más componentes, incluso si éstos pertenecen a especies diversas. Ésta es, al menos, la opinión de quienes entienden de tales materias. Por eso es indecoroso dividir en dos al único y verdadero Hijo por naturaleza, hecho hombre y encarnado, y rechazar el término de «unión» para sustituirlo por el de «conexión», que podría ser aplicado a muchos otros en

81. Sal 62, 9.
82. 1 Co 6, 17.

razón de su vinculación con Dios causada por la virtud y la santidad, como fue señalado por uno de los profetas que, dirigiéndose a los caídos en la tibieza, decía: *Reuníos, congregaos, gente sin vergüenza, antes que seáis aventados como la paja que en un día pasa* [83]. También el discípulo puede decirse que está unido a su maestro por el deseo de aprender y todos nos hallamos unidos los unos a los otros y no de una sola forma sino de muchas y muy variadas. Quien colabora con otro en una tarea no puede considerarse que no guarde relación con quien, por su libre voluntad, lo ha tomado como colaborador. A este tipo de relaciones parece referirse principalmente el término «conexión», usado por nuestros innovadores. En efecto, tú mismo has podido escuchar cómo esos ignorantes enseñan que Dios Verbo, habiendo tomado a un hombre para constituirlo como otro hijo junto a Él, lo convirtió en ejecutor de sus designios, sometiéndolo a la prueba de la muerte, haciéndolo resucitar luego y subir al cielo y colocándolo sobre el trono de la divinidad inefable. ¿No es, acaso, verdad que esas afirmaciones suponen que tal hombre es distinto del verdadero Hijo de Dios por naturaleza?

B – Es fuerza admitirlo así.

A – Y llegados a tal punto de ignorancia como para pensar y decir que no es que el Verbo Unigénito de Dios se haya hecho semejante a nosotros, sino que asumió a un hombre, ¿cómo pretenden ha-

83. So 2, 1-2.

cernos comprender esta asunción? ¿Será que el Verbo ha elegido a alguien para hacerle cumplir lo que Él quiere, exactamente igual a como dijo uno de los santos profetas: *Yo no soy profeta ni hijo de profeta, sino un pastor y cultivador de sicómoros. Pero Yavé me tomó de detrás del rebaño, y Yavé me dijo: Ve y profetiza a mi pueblo de Israel* [84]? Siendo pastor, Dios lo hizo profeta y lo convirtió en ejecutor de sus designios.

B – Contestarán ellos que la asunción de que hablan no ha de entenderse en ese sentido, sino en aquel en el que se interpreta la frase: *Tomando forma de esclavo* [85].

Tomó forma de esclavo

A – Entonces puede legítimamente sostenerse que lo asumido ha venido a ser, por una unión indisoluble, propio de quien lo ha asumido y, por consiguiente, que Jesús es, por una parte, Dios, Hijo del verdadero Dios, el solo y único Hijo en cuanto Verbo de Dios Padre, divinamente nacido antes de toda edad y tiempo y que, por otra parte, Él mismo nació de una mujer según la carne en los últimos tiempos del siglo. Pues la forma de esclavo a nadie pertenecía sino a Él sólo.

B – ¿Por qué dices eso?

84. Am 7, 14-15.
85. Flp 2, 7.

A – Dime: ¿puede afirmarse sin caer en el absurdo que haya tomado forma de esclavo quien es esclavo por naturaleza? ¿Tomar forma de esclavo no es, por el contrario, propio de quien es verdaderamente libre y por esencia se halla fuera de los límites de la esclavitud?

B – Pienso que esto último, pues quien es de un cierto modo por naturaleza, ¿cómo podrá convertirse en eso?

A – Pues bien: ten presente que aunque el Verbo Hijo único de Dios se haya hecho semejante a nosotros y, en razón de su humanidad, se haya sometido a los límites de la servidumbre, ha dejado claro testimonio de la libertad que de su naturaleza le provenía cuando, llegado el momento de pagar la didracma, dijo: *Luego los hijos están exentos* [86]. Él, por tanto, fue quien recibió la forma de esclavo tomando sobre sí las consecuencias del anonadamiento, sin desdeñar nuestra semejanza. No era posible honrar al esclavo sino haciendo propios los rasgos del esclavo para así hacer resplandecer sobre ellos su gloria. Porque, como siempre prevalece lo que es superior, de ese modo fue alejada de nosotros la vergüenza de la servidumbre. Quien estaba por encima de nosotros se hizo como nosotros y quien por naturaleza es libre se sometió a los confines de la servidumbre. Por Él se nos ha dado el honor también a nosotros y somos llamados hijos de Dios y podemos llamar Padre a quien propiamente lo es

86. Mt 17, 26.

suyo. Por eso, cuando decimos que ha tomado forma de esclavo queremos expresar todo el misterio de la economía salvífica en la carne. Y si alguien, confesando un solo Hijo y Señor, el Verbo de Dios Padre, afirma que ha unido a Él como partícipe de su filiación y de su gloria a un simple hombre, descendiente del linaje de David, hora es ya de decirle, entristecidos por él y compadeciéndole: *¡Quién convirtiera mi cabeza en llanto, mis ojos en manantial de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!* [87]. Han sido entregados a su mente depravada [88], *negando al dueño que los adquirió* [89]. Nos presentan, en realidad, dos hijos de distinta naturaleza, coronan al esclavo con la gloria que a Dios conviene, quieren que el hijo bastardo brille con el mismo esplendor supremo que adorna a quien es Hijo por naturaleza, a pesar de la advertencia de Dios: *No daré a otros mi gloria* [90]. Pues, ¿cómo puede darse que no sea otro, distinto del verdadero Hijo por naturaleza, aquel de quien se dice que es honrado sóla y únicamente en razón del especial vínculo que mantiene con el Hijo, pero que permanece en la categoría de siervo y que, aun siendo acreedor a la filiación en el mismo grado y medida que todos nosotros, por un don gratuito, participa de la gloria más allá de lo que le pertenece?

87. Jr 8, 23.
88. Cf. Rm 1, 28.
89. 2 P 2, 1.
90. Is 42, 8.

B – ¿No es, por tanto, necesario distinguir en el Emmanuel un hombre separado y un Dios Verbo?

A – De ningún modo. Por el contrario: es necesario afirmar que Dios se ha hecho hombre y que el uno y el otro están en un mismo ser. A pesar de convertirse en hombre, no ha dejado de ser Dios, ni ha considerado inadmisible la economía salvífica por desdén hacia las limitaciones del anonadamiento.

B – Pero entonces, argumentan ellos, ha de decirse que el cuerpo era consustancial al Verbo, pues de ningún otro modo puede concebirse un solo y único Hijo.

A – ¡Eso sí que es una necedad y un síntoma de tener perturbada la mente! ¿Cómo puede imaginarse que convengan en una misma y sola esencia cosas cuyas naturalezas son entre sí distintas? Una cosa es la divinidad y otra la humanidad. ¿De qué cosas podemos predicar la unión? No, ciertamente, de aquello que es numéricamente uno, sino de cosas que sean dos o más.

B – Por eso, contestan ellos, es necesario nombrar separadamente tales cosas.

A – Según antes he apuntado, no es necesario distinguirlas en el sentido de que una cosa sea ajena a la otra, o de que alguna de ellas exista por separado y con independencia de la otra. Ambas están, una junto a otra, con unión indisoluble. Pues el Verbo se hizo carne [91], según dice san Juan.

91. Cf. Jn 1, 14.

B – Pero entonces, las dos naturalezas se confunden entre sí y a partir de las dos surge una sola.

La unión indisoluble

A – ¿Quién sería tan insensato e ignorante como para pensar que la naturaleza divina del Verbo pueda convertirse en algo que no era o para imaginar que la carne, transformándose, haya llegado a ser de la misma naturaleza que el Verbo mismo? Eso es imposible. Lo que nosotros decimos es que hay un solo Hijo y que una sola es la naturaleza del Hijo, aunque se admita que ha asumido carne dotada de alma intelectual. Según dije, hizo suyo lo humano y en ese sentido, y no en ningún otro, lo confesamos nosotros Dios y hombre al mismo tiempo.

B – No puede, entonces, hablarse de dos naturalezas, la de Dios y la del hombre.

A – Por razón de lo que a cada una de ellas le es propio, una cosa es la divinidad y otra la humanidad. Mas en Cristo, de un modo sorprendente e inexpresable, sin cambio ni confusión, ambas han convenido en una sola unidad. Cómo se hayan unido es cosa por entero imposible de comprender.

B – Pero, ¿cómo a partir de dos elementos, la divinidad y la humanidad, puede llegarse a concebir como uno a un solo Cristo?

A – A mi entender, sólo de un modo igual a como la realidad podría llegar a unirse con una unión indivisible y que, según dije, excede la capacidad de nuestra inteligencia.

B – ¿Puedes poner algún ejemplo?

A – ¿No decimos acaso que el hombre, entendido en el sentido en que lo somos nosotros, es uno y que una es su naturaleza, a pesar de que no es homogéneo, sino compuesto de dos elementos, el alma y el cuerpo?

B – Sí.

A – Y si alguien tomase aparte la carne, separándola del alma que le está unida, ¿no dividiría en dos hombres al que es uno, destruyendo así lo que le es característico?

B – También el sapientísimo Pablo escribe: *Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día* [92].

A – Dices bien. Él conocía a la perfección las partes que componen este único ser y establece entre ellas una diferencia que es sólo metafórica. Por *hombre interior* entiende el alma y por *hombre exterior*, el cuerpo. Está recordando el uso de las Sagradas Escrituras, que a veces mencionan una parte para referirse a la totalidad del hombre vivo, como cuando Dios dice: *Derramaré mi espíritu en toda carne* [93]. Y también cuando Moisés se dirige a los israelitas: *Cuando tus padres bajaron de Egipto eran setenta y cinco almas* [94]. Y otro tanto habremos de encontrar a propósito del Emmanuel. Después de la unión, de la unión con la carne, aunque se le llama Unigénito y Dios de Dios, no se ha de enten-

92. 2 Co 4, 16.
93. Jl 3, 1.
94. Dt 10, 22.

der que sea sin la carne, que no sea hombre. Y aunque se le llama hombre no se quiere negar que sea Dios y Señor.

B – Pero si decimos que la naturaleza del Hijo es solamente una, también cuando pensemos en el Hijo encarnado, se impone admitir que ha habido mezcla y confusión, como si le hubiera sido sustraída la naturaleza humana. Ante la grandeza de la divinidad, ¿qué es la naturaleza del hombre?

A – Amigo mío: bien loco estaría quien del hecho de que admitamos que es una sola la naturaleza del Hijo hecho carne y hombre concluyera que ha habido mezcla y confusión. Nadie estaría en grado de demostrar eso con argumentos veraces y convincentes. Lo que en realidad quieren ésos es imponernos como evidencia lo que no es sino un punto de vista suyo, con el que *han proyectado un designio que no podrán llevar a cabo* [95]. Mas no es a ellos a quienes debemos hacer caso, sino a la Escritura inspirada. Si piensan que, por no ser nada ante la naturaleza divina, la naturaleza humana desaparece y, según dicen ellos, se dispersa, habremos de responderles: *Os equivocáis y no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios* [96]. Pues, en efecto, no resulta imposible a la bondad de Dios hacerse capaz de soportar los límites de la humanidad. Eso es lo que, para empezar, quiso significar Moisés [97], de

95. Sal 20, 12.
96. Mt 22, 29.
97. Cf. Ex 3, 1.

modo misterioso, cuando, figuradamente aún, describió el misterio de la Encarnación. Dios se manifestó en el desierto en una zarza, bajo la forma de una llama de fuego que ardía en la zarza sin que ésta se consumiera, hecho ante el cual Moisés quedó estupefacto. ¿Cómo existían simultáneamente el fuego y la leña? Algo tan fácil de quemarse soportó la violencia de la llama. Era sólo, como ya he indicado, un símbolo del misterio venidero y significaba que la naturaleza divina del Verbo habría de soportar, por decisión propia, los límites de la naturaleza humana. Pues para Dios nada hay imposible.

B – Bien sabes que no es eso lo que ellos quieren decir.

Un solo Hijo, un solo Cristo

A – Será entonces que hemos de aceptar una doctrina que admita dos Hijos y dos Cristos.

B – Dos no. Dicen ellos que es solamente uno el Hijo según la naturaleza, el Verbo nacido de Dios Padre, mientras que el hombre que ha sido asumido, siendo por naturaleza hijo de David, llegó a ser Hijo de Dios al haber sido asumido por el Dios Verbo: como el Dios Verbo habita en él, ha alcanzado esa dignidad y ha obtenido la filiación por un don gratuito.

A – Pero, ¡qué mente, qué pensamiento es el de quienes son capaces de opinar de ese modo! ¿Cómo eludirán hablar de dos hijos, si separan uno de otro, al hombre y a Dios? Si, según dicen, es uno sólo el verdadero Hijo por naturaleza y el otro

tiene la filiación gracias a un don gratuito, habiendo alcanzado tal dignidad sólo porque el Verbo habita en él, ¿qué es lo que hace a este hombre superior a nosotros? También en nosotros habita el Verbo. Así lo testimonia el santísimo Pablo en las siguientes palabras: *Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones* [98]. Él habita en nosotros mediante el Espíritu, *que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!* [99]. Por consiguiente, siendo verdad que Dios Padre nos ha honrado con los mismos bienes, en nada somos nosotros inferiores a aquél. También nosotros, por un don gratuito, hemos sido hechos hijos y dioses. Hemos sido elevados a esa maravillosa y sobrenatural dignidad porque también en nosotros habita el Verbo Unigénito de Dios. Viene a demostrarse así lo absurdo e impío que es afirmar que toda la dignidad de Jesús consiste en haber recibido la filiación y la gloria consiguiente, merced a un don puramente gratuito.

B – ¿Puedes ampliar tus explicaciones?

A – Ciertamente. En primer lugar, y como ya he dicho, se seguirá de sus afirmaciones que Jesús sería otro hijo, Cristo y Señor distinto y separado de

98. Ef 3, 14-17.

99. Rm 8, 15.

quien lo es por naturaleza. Pero además se añadiría a éste otro absurdo, imposible de conciliar con la lógica.

B – ¿Cuál?

A – Dice de Cristo el sapientísimo Juan: *Vino a su casa y los suyos no le recibieron, pero a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios* [100]. Quien posee la filiación sólo por un don gratuito y debe el ser lo que es sólo a una dignidad accidental, ¿podrá dar a los demás lo que él a duras penas ha obtenido? ¿No te parece cosa inverosímil?

B – Ciertamente.

A – Por otra parte, si algo no es propio de alguien por su naturaleza, sino como cosa extraña a ésta, ¿no es verdad que corre el riesgo de perderlo?

B – Sin duda.

A – Habrá de admitirse entonces la posibilidad de que el Hijo pierda un día su condición de tal, ya que lo que no viene exigido por las propias leyes de la naturaleza no ofrece seguridad ninguna de que no se pierda.

B – Así es.

A – Y aún desde otro punto de vista puede mostrarse lo torpe y llena de necedades que es esa doctrina. Dado que quien es por adopción y gracia ha de ser necesariamente a semejanza de quien es por naturaleza y verdaderamente, ¿cómo podremos nosotros ser hijos adoptivos por relación a Él como al verdadero hijo, cuando Él mismo, igual que noso-

100. Jn 1, 11-12.

tros, es hijo por la gracia? ¿Y por qué en las parábolas evangélicas es enviado a los siervos en calidad de Hijo y por qué se dice de los viñadores que al verlo dijeron: *Éste es el heredero: vamos a matarle*[101]? Quien se manifestó en la carne y padeció los ultrajes de los judíos es en verdad Hijo y libre, engendrado de la más libre de las naturalezas y no uno de los sometidos al yugo. Por eso es tenido como Dios, aunque se haya hecho semejante a nosotros que estamos bajo el yugo y se haya convertido en hijo de servidumbre quien, según he dicho ya, es el verdadero Hijo por naturaleza, exento de todo yugo y superior a toda creación. A su imagen hemos sido nosotros modelados, hijos por adopción y por gracia.

B – Pero, replican ellos, nosotros no decimos que el hombre sea por naturaleza Hijo de Dios, para no exponernos a admitir dos hijos por naturaleza. Decimos sólo que igual que el Verbo bajado del cielo no es por naturaleza hijo de David, así tampoco el descendiente de David es por naturaleza Hijo de Dios.

A – Pero entonces hay que distinguir dos hijos y de ambos igualmente se podrá con razón decir que llevan un nombre falso. De ser así las cosas, entiendo yo que alguien fundadamente podría concluir que el misterio de Cristo es sólo una impostura. Pues, si son las cosas tal y como nuestros adversarios las entienden, ¿en qué reside la unión y cuál es,

101. Mt 21, 38.

según ellos, su objeto? O bien hay que tener por falso que el Verbo se haya hecho carne o habrá sido solamente una ficción, pues dicen que el Verbo de Dios no ha llevado el nombre de hijo de David por ser, según la carne, descendiente de él. A mí se me antoja pensar que tienen menester de oír de nosotros aquellas mismas palabras que Cristo dirigió a los principales entre los judíos: *¿Qué pensáis del Mesías? ¿De quién es hijo?* [102]. Y si contestan que «de David», les replicaremos a nuestra vez nosotros: *Pues, ¿cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor, cuando dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies? Si pues David le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?* [103]. Según nuestros adversarios, quien no es verdaderamente Hijo por naturaleza se sienta junto a Dios. Pero dime: ¿Se sienta en el mismo trono del Todopoderoso? Porque dice el sapientísimo Pablo que a ninguno de los ángeles le ha dicho jamás el Padre: Tú eres mi hijo, ni tampoco: siéntate a mi derecha [104]. ¿Cómo puede ser entonces que el hijo de una mujer obtenga los máximos honores y entre ellos el trono de la divinidad *por encima de todo principado, potestad, trono y potencia y de cualquier otro título que pueda nombrarse* [105]? Ten presente lo que dice el Señor: *Si pues David, movido por el Espíritu, le llama Señor, ¿cómo puede*

102. Mt 22, 42.
103. Mt 22, 43-45.
104. Cf. Hb 1, 5.13.
105. Ef 1, 21.

ser hijo suyo? [106]. Estas palabras bastan para convencer a cualquiera que se preocupe de alcanzar la verdad de que el Verbo, participando de la carne y de la sangre, permaneció al mismo tiempo siendo el Hijo único. Su excelencia y señorío, tales cuales a un Dios convienen, atestiguan que es Dios. Que es hombre aparece claro cuando se hace llamar hijo de David.

B – Para contestar a tus afirmaciones dirán, estoy seguro, que es necesario admitir entonces que el descendiente de David es de la esencia de Dios Padre.

A – ¿No es ésa una cuestión absolutamente necia? ¿No está, además, en pleno desacuerdo con el poder del misterio y con el amor a la verdad?

B – Explícame qué quieres decir.

Cristo desciende de David según la carne

A – No debes distinguir del único Cristo, Hijo y Señor, al descendiente de David, suponiéndolo un ser distinto. Quiere la doctrina recta que el Hijo Unigénito nacido del Padre, ése y ningún otro, sea también el descendiente de David según la carne. Nadie, por tanto, dejándose arrastrar por desconsiderada locura, diga que pues el Verbo bajado del cielo no es por naturaleza hijo de David, tampoco el descendiente de David es por naturaleza Hijo de Dios. El Verbo, que natural y verdaderamente es el resplandor de Dios Padre, tras haber asumido carne

106. Mt 22, 45.

y sangre, sigue siendo, como dije poco ha, lo mismo, es decir, Hijo verdadero del Padre por naturaleza, y constituye uno solo y único, y no dos seres uno junto a otro, sino que su persona es una sola. De suerte que, reducidos a unidad real, más allá y por encima de nuestra inteligencia y nuestra capacidad de comprensión, elementos de suyo tan diversos y separados, podremos recorrer sin error el camino de la fe. Confesamos que Cristo es uno solo y que el mismo es el nacido de Dios Padre en cuanto Dios Verbo y el descendiente del divino David según la carne. ¿No te parece bien analizada la cuestión?

B – Con perfección suma.

A – Quiero todavía proponer otro asunto a nuestros objetores.

B – ¿De qué se trata?

A – ¿No es verdad que ellos piensan que el Verbo Unigénito recibe del Padre su subsistencia, mientras que el hombre asumido por conexión, como ellos dicen, ha surgido del linaje de David?

B – Eso dicen.

A – Siendo Dios, el Verbo en todo y por todo será superior, por naturaleza y por gloria, al descendiente de David y lo excederá en la misma proporción en que corresponde a la diferencia entre sus naturalezas. De no ser las cosas como las propongo, ¿cuál es la razón para que presenten a uno como quien distribuye la gloria y el poder y al otro como quien los recibe y alcanza su condición por privilegio y don gratuito? Mas sin duda quien recibe se encuentra en posición de inferioridad y en un lugar secundario respecto a quien da, y a esa regla general

no escapa la relación que mantienen quien da la gloria y quien la participa de él.

B – A lo que pienso, también nuestros adversarios sostienen que existe una diferencia infinita entre Dios y los hombres.

A – ¿Cómo es entonces que el sapientísimo Pablo, iniciador en los misterios divinos, en quien habitaba el mismo espíritu que proclamaba y que hablaba en el Espíritu, a quien era judío según la carne lo llamaba Dios y bendito por los siglos, amén [107]? ¿Qué hay por encima de Dios que está por encima de todo? ¿Y qué cabe atribuir al Verbo nacido del Padre que lo haga superior a aquel que es judío según la carne, si se dice que el primero no es el segundo, y que éste es un Hijo aparte y, por tanto, no de verdad?

B – Porque, contestan ellos, el descendiente de David ha sido asumido en virtud de su conexión, y como el Verbo, que es Dios, habita en él, participa de todas sus dignidades y honores. Tal es lo que enseña el sapientísimo Pablo cuando, refiriéndose a Él, dice: *Se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobre todo nombre* [108], el nombre de Dios.

A – Por consiguiente, al parecer de éstos, *el nombre que está sobre todo nombre* ha sido dado por Dios al descendiente de David en concreto, como a otro hijo distinto, ¿no es eso?

107. Cf. Rm 9, 5.
108. Flp 2, 8-9.

B – Sí, eso dicen. Pues si el Unigénito es realmente Dios y nacido de Dios por naturaleza, ¿cómo podría dársele lo que ya tiene?

A – Pues bien: si no cabe aplicarle el término «recibir», será necesario investigar las razones que movieron al divino Pablo a escribir: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre* [109]. Ahora bien: si dicen que es el descendiente de David, el hombre considerado separadamente y por su cuenta, quien ha recibido el nombre que está sobre todo nombre, habrán de demostrarnos que preexistía en la condición divina, que no retuvo ávidamente el ser igual a Dios y, todavía más, que tomó la condición de esclavo, lo cual es indicio evidente de que antes no la tenía y que no era esclavo antes de tomarla. Sin embargo ellos piensan, y así lo proclaman, que la condición de esclavo le era propia. ¿Cómo pudo entonces tomarla como si no la hubiera tenido? ¿Y cómo, si era hombre, puede decirse que *haciéndose semejante a los hombres* [110]? ¿Y que apareció *en su porte como hom-*

109. Flp 2, 5-9.
110. Flp 2, 7.

bre [111]? Por mucho que les duela, estas razones les fuerzan a retractarse y reconocer la verdad.

B – ¿Cuál es?

A – Que el Verbo de Dios, que subsiste en la forma de Dios Padre, que es impronta de su sustancia [112] e igual en todo a quien lo ha engendrado, se anonadó a sí mismo. ¿Y en qué consiste este anonadamiento? En haber asumido la carne y haber tomado la condición de esclavo, en haberse asemejado a nosotros quien por naturaleza no nos es semejante, sino superior a toda la creación. Fue así como se humilló a sí mismo, sometiéndose a los límites de la humanidad para lograr nuestra salvación. Pero aun así, seguía siendo Dios, y no recibió como don lo que por naturaleza le correspondía. Por eso suplicó a Dios Padre, que está en el cielo: *Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese* [113]. No me parece que nuestros adversarios quieran decir que el descendiente de David, engendrado en los últimos tiempos del mundo, haya reivindicado como propia una gloria anterior al mundo, si es que, como ellos dicen, se trata de otro hijo, distinto del que verdaderamente lo es por naturaleza. Las anteriores palabras cuadran sólo a quien realmente es Dios. Sólo a Él le era necesario reducirse a los límites de la humanidad, mientras conservaba la excelencia de la dignidad divina que le pertenecía por esencia, al igual que co-

111. Ibid.
112. Cf. Hb 1, 3.
113. Jn 17, 5.

rresponde al Padre. ¿Cómo, si no, podrían cumplirse las palabras *no tendrás un Dios extraño* [114] si, según su parecer, sucede que, por su unión con el Verbo, es divinizado un hombre y se le declara sentado junto al trono del Padre y copartícipe de su dignidad?

B – Has dicho bien.

A – ¿Cómo explicar, entonces, lo que sabiamente fue dicho por boca de Pablo: *Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses, bien en el cielo, bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros* [115]? Si uno solo es el Señor, Jesucristo, y todo ha sido llevado a la existencia por medio de Él, como ha quedado expresado bien claramente, ¿qué haremos, gente descomunal, si, según queréis vosotros, separamos al hombre asumido del Verbo engendrado por el Padre? ¿Quién diremos que es el autor de todas las cosas?

B – El Hijo natural de Dios Padre, el Unigénito.

Jesús es el Verbo Unigénito de Dios

A – Y, sin embargo, quien nos inició en los divinos misterios nos dice que todo ha sido llevado a la existencia por medio de Jesucristo y que Él es uno

114. Sal 80, 10.
115. 1 Co 8, 5-6.

solamente. Quiero recordarte ahora cómo, cuando analizamos el nombre de Cristo, decíamos que ese nombre aludía a la unción. Se dice de alguien que es «cristo» porque ha sido ungido. Por tanto: o bien deben admitir que el Verbo salido de Dios Padre ha sido ungido en su naturaleza propia y tuvo necesidad de ser santificado por medio del Espíritu y de participar de él, o bien deberán explicarnos cómo puede llamarse Cristo a quien no ha sido ungido y cómo puede ser llamado Jesús el Verbo Unigénito de Dios considerado por su parte. Porque el bienaventurado Gabriel dijo a la Virgen santa: *No temas, María, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Porque Él salvará a su pueblo de los pecados* [116].

B – ¿Habremos de decir, entonces, que todo ha sido creado por un hombre y que el mismo que al final de los tiempos nació de una mujer es el Creador del cielo, de la tierra y, en fin, de todo lo que en ellos se encuentra?

A – Contesta tú mismo: ¿no es verdad que el Verbo se hizo carne [117]? ¿No fue llamado Hijo del hombre? ¿No tomó la condición de esclavo? ¿No se despojó de su rango haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como uno de nosotros? [118]. Si nuestros oponentes niegan la economía salvadora habrán de enfrentarse a los divinos

116. Lc 1, 30-31; Mt 1, 21.
117. Cf. Jn 1, 14.
118. Cf. Flp 2, 5-8.

discípulos, que les dirán: *Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios* [119]. Y también: *Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios, y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios* [120]. Pero es que, por otra parte, ¿a qué vendría prestar atención al hecho de que un hombre haya venido en la carne? Eso sólo tiene sentido si se habla de alguien que está fuera de la carne y tiene una naturaleza distinta de la nuestra. Sólo entonces merece prestarse atención al hecho de que, aunque siga siendo lo que era, es la carne y en ella ha venido a este mundo. Por eso, aunque se haya hecho hombre, nada impide pensar que todo ha sido creado por medio de Él, porque continúa siendo Dios y coeterno con el Padre. El Verbo, siendo Dios, no cambia al asumir no un hombre, como dicen ellos, sino una carne dotada de alma intelectual. Es Él mismo, según vengo repitiendo, quien se ha hecho carne, hombre. De suerte que, sin duda alguna, le convendrá así ser ungido. Y será llamado Jesús en cuanto acepta nacer de una mujer según la carne. Así es como ha salvado a su pueblo, no como un hombre unido a Dios, sino como Dios hecho semejante a aquellos que se hallaban en peligro, a fin de que en Él, en primer

119. 1 Jn 4, 14-15.
120. 1 Jn 4, 2-3.

lugar, recobrara el género humano su estado original. En Él todo fue renovado [121].

B – ¿Habremos de oponernos, por consiguiente, a creer o a decir que un hombre ha sido unido a Dios Verbo y ha participado de su dignidad y obtenido la adopción como hijo en virtud de una gracia?

A – Rotundamente: sí. La Sagrada Escritura no reconoce como suyas esas afirmaciones que son sólo invención de un espíritu deseoso de novedades, insignificante, de una mente débil e incapaz de contemplar la profundidad del misterio. ¿Dónde dice la Escritura algo semejante? El divino Pablo, al exponer con suma claridad el misterio de la Encarnación del Unigénito, dice: *Por tanto, así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo* [122]. Y en otro lugar: *Pues lo que era imposible a la ley, reducida a la impotencia por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el espíritu* [123]. De conformidad con lo expuesto por los intérpretes de Dios, nosotros decimos que tuvo carne y sangre no quien ya las tenía por su naturaleza y no podía

121. Cf. 2 Co 5, 17.
122. Hb 2, 14.
123. Rm 8, 3-4.

ser otra cosa, sino aquel que jamás había sido cosa semejante y tiene una naturaleza distinta de la nuestra. Afirmamos que nació de una mujer y de una carne semejante a la del pecado, quien por nosotros se hizo como nosotros, si bien permaneció, al mismo tiempo, superior a nosotros, si se atiende a su divinidad. El Verbo se hizo carne, pero no carne de pecado, sino *carne semejante a la del pecado* [124]. Vivió como un hombre con las demás personas que viven sobre la tierra, se hizo a nuestra semejanza, mas no sujeto al pecado como nosotros, sino más allá de cualquier conocimiento del pecado: pues Él mismo era al mismo tiempo Dios y hombre. Ellos, en cambio, no sé por qué razones, sustraen al Unigénito esta tan venerable y maravillosa economía salvadora, y le unen por relación un hombre cubierto de honores extrínsecos y resplandeciente de gloria extraña, no verdaderamente Dios, sino unido a Dios por participación, falsamente llamado Hijo, Salvador salvado, Redentor redimido. Y todo ello a pesar de que el bienaventurado Pablo ha escrito: *Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente, aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo* [125].

124. Rm 8, 3.
125. Tt 2, 11-13.

B – Sí, contestan ellos, porque una vez considerado digno de ser unido a Dios Verbo, también él es llamado gran Dios, aunque haya nacido del linaje de David.

El sentido del misterio de Cristo

A – Dios mío, ¡qué locura! *Quienes presumían de sabios, fueron confundidos* [126], como está escrito. Ya he escrito que transforman el sentido del misterio de Cristo, convirtiéndolo en todo lo contrario. En primer lugar, decir que ha sido considerado digno de un honor equivale a declararlo un hombre común y a establecer una distancia que comporta una absoluta alteridad, de suerte que se ven abocados a admitir la adoración de dos hijos, de los cuales uno es el verdadero según la naturaleza y el otro adoptivo y bastardo, sin que éste tenga nada propio, de suerte que bien se le podría decir, igual que a nosotros: *¿Qué tienes que no hayas recibido?* [127]. En segundo lugar, ¿a dónde quiere ir a parar el sapientísimo Pablo cuando dice: *Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien os predicamos Silvano, Timoteo y yo, no fue sí y no; en Él no hubo más que sí* [128]? ¿Cómo no fue sí y no, si se dice que es Dios y no lo es? ¿Mienten al llamarlo Hijo y Señor? Si era tal

126. Rm 1, 22.
127. 1 Co 4, 7.
128. 2 Co 1, 19.

como lo piensan le habría sido conveniente decir: *Por la gracia de Dios soy lo que soy* [129]. Pues lo que no corresponde a alguien por naturaleza, sino que le viene de fuera, como cosa añadida y dada por otro, no pertenece tanto a quien lo recibe, cuanto a quien se lo da y se lo procura. ¿Cómo pudo decir: *Yo soy la verdad* [130] si nada hay en Él de verdadero? Pero si miente es presa de las tinieblas. Y, sin embargo, está escrito: *No cometió pecado, ni se encontró engaño en su boca* [131].

B – Ciertamente no.

A – Y, además, ¿dónde queda el anonadamiento? ¿A quién ha de atribuirse? No se ve cómo pueda haberse anonadado uno que, por el contrario, ha sido enriquecido, aunque esa riqueza no le pertenezca por naturaleza. De hecho, no es posible decir que no ha tenido necesidad alguna de recibir nada y que recibir algo le habría sido superfluo, si no es reconociendo que es intrínsecamente perfecto y que todo lo posee plenamente. Pues bien, los intérpretes del mensaje divino, que no pueden mentir, afirman que todos nosotros hemos recibido de la plenitud de Cristo [132]. Él todo lo posee y nada cabe darle, porque es Dios y como tal es tenido, si bien hubo de recibir al someterse a los límites de la humanidad, en cuanto se manifestó como semejante a nosotros, a quienes, sin embargo, puede preguntarse

129. 1 Co 15, 10.
130. Jn 14, 6.
131. 1 P 2, 22.
132. Cf. Jn 1, 16.

con mucha mayor razón: *¿Qué tienes que no hayas recibido?* [133].

B – Sí, dicen ellos: hay un solo Cristo, un Hijo y Señor, el Verbo engendrado por Dios Padre, al cual ha sido unido también quien es del linaje de David.

A – Pero, amigos míos, podría decirles alguno: ¿cómo es posible considerar como a una sola persona a alguien que se ha unido a otro? Habrá de decirse, más bien, que es uno más uno, o por mejor decir, uno más otro. En cualquier caso, son claramente dos. Se podría verdaderamente pensar en un solo Hijo si afirmamos que el mismo es, por una parte, Dios Verbo divinamente engendrado por Dios y, por la otra, cosa extraordinaria, hombre engendrado por una mujer según la carne. Mas si, por el contrario, lo dividen y separan del Verbo a quien es del linaje de David, ponen en entredicho que verdaderamente sea Dios e Hijo y admiten sólo que lo es por comunicación y participación, pero con filiación y gloria propias. A mi entender, no carecerían entonces de razón las acusaciones que le dirigieron los judíos al decir: *No te lapidamos por ninguna obra buena, sino por blasfemar, porque siendo hombre pretendes ser Dios* [134].

B – Ellos confiesan que el único Cristo es verdadero Dios y verdadero Hijo, refiriendo claramente tales condiciones al Verbo engendrado por Dios,

133. 1 Co 4, 7.
134. Jn 10, 33.

que por conexión ha asumido al descendiente de David.

A – Pero si no es el mismo Verbo de Dios Padre, sino alguien distinto, quien ha nacido de una mujer según la carne, ¿cómo, atendiendo a lo ya expuesto, puede ser llamado Cristo quien no ha sido ungido?

B – Sin embargo, si el descendiente de David no es distinto del Verbo de Dios Padre, será necesario decir que existía antes del tiempo. Y entonces, ¿por qué el sapientísimo Pablo rechaza esa tesis, expresándose como quien propone una cuestión con las siguientes palabras: *Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos* [135]? Lo que parece significar: este Jesús de ayer y de hoy será el mismo también por los siglos, es decir, asumido, como lo fue ayer y lo es hoy, mientras que el Verbo de Dios es coexistente con el Padre.

A – Para defender sus opiniones están dispuestos a deformar la verdad y a corromper las mismas Escrituras. No se aparta de la verdad quien dice que Cristo Jesús es anterior al tiempo, pues uno es el Hijo y el Señor, el Verbo anterior al tiempo, que es quien se sometió al nacimiento de una mujer según la carne, en los últimos tiempos del mundo. Lo que el autor inspirado expresa con las palabras: *Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos* [136], es que el Verbo no ha cambiado por haberse hecho hom-

135. Hb 13, 8.
136. Ibid.

bre como nosotros. Con *ayer* indica el pasado, con *hoy* el presente y *por los siglos* significa lo porvenir y futuro. Y si piensan haber descubierto algo importante al interpretar «ayer y hoy» como equivalente a «recientemente unido», y con arrogancia mantienen su opinión y preguntan: «Quien es ayer y hoy, ¿cómo habrá de ser por los siglos?», les responderemos invirtiendo el sentido de su pregunta. ¿Cómo puede atribuírsele el existir ayer y hoy al Verbo que es por los siglos si, según palabras del divino Pablo, uno sólo e indivisible es Cristo [137]? De aquí puede deducirse que ha querido ser reconocido por nosotros como tal. Aunque visible en la carne y vinculado a los límites de la humanidad, ha testimoniado que existía antes del tiempo con las siguientes palabras: *En verdad, en verdad os digo: antes de que Abraham fuese, soy yo* [138]. Y además: *Si no creéis cuando os hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo habríais de creerme cuando os hablo de las del cielo?* [139]. Y también: *Nadie ha subido al cielo, sino el Hijo del hombre, que ha bajado del cielo* [140]. Dice esas cosas en su condición de Verbo existente desde la eternidad y antes del tiempo, descendido del cielo y aparecido como hombre semejante a nosotros, como único Cristo y Señor, aunque hecho carne.

B – Ellos han imaginado, además, otro argumento. Dice como sigue: es necesario considerar al des-

137. Cf. 1 Co 1, 13.
138. Jn 8, 58.
139. Jn 3, 12.
140. Jn 3, 13.

cendiente de David como Hijo de Dios en el mismo sentido en que puede llamarse hijo de David al Verbo de Dios Padre. Ni uno ni otro son tales por naturaleza.

El Verbo encarnado, Dios de Dios

A – Atendamos al concepto de unión, que ha de ser creído así: el Verbo se ha hecho carne, hombre, y por tanto hijo de David de modo no ficticio, sino real, en cuanto descendiente de aquél según la carne. Y, al mismo tiempo, ha seguido siendo lo que era, Dios de Dios. Por eso, reconociéndolo al mismo tiempo Dios y hombre, quienes nos iniciaron en el mensaje evangélico nos lo predicaron así. Del bienaventurado Bautista está escrito: *Al día siguiente vio a Jesús venir hacia él y dijo: He ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Éste es de quien yo dije: Tras de mí viene uno que me supera porque era antes que yo. Yo no le conocía, pero vine a bautizar con agua para que Él fuera manifestado a Israel*[141]. Observa cómo, aunque habla de un hombre y lo llama cordero, dice que no hay otro que quite el pecado del mundo. A Él sólo atribuye ese inmenso, divino y verdaderamente extraordinario honor. Añade que le ha superado y que va por delante de él aunque, refiriéndose, claro, a su nacimiento según la carne, dice que ha nacido después

141. Jn 1, 29-31.

de él. Ciertamente: aunque el Emmanuel, en cuanto hombre había nacido después de Juan, sin embargo, como Dios, existía antes del tiempo. Por eso, en razón de su naturaleza humana era más joven, pero en razón de su naturaleza divina era eterno. Y por lo mismo, Pedro, aquel hombre excelente, que contemplaba al Verbo no desnudo ni desprovisto de carne, sino aparecido en la carne y en la sangre, hizo una clara y precisa confesión de fe en Él con estas palabras: *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo* [142]. Y pudo entonces escuchar como respuesta: *Bienaventurado tú, Simón Bar Jonás, porque eso no te lo han revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo* [143]. Pues bien: de no tratarse de un profundo misterio, si no hubiera sido Dios en la carne sino, como quieren ellos, un hombre hijo por la gracia, ¿por qué tendría [Pedro] la necesidad de un iniciador de ese rango? ¿No había nadie sobre la tierra capaz de desvelar el misterio al discípulo? ¿Por qué habría de tomarse el Padre la molestia de constituirse en educador para tan poco? Pero además, los divinos discípulos, viéndole una vez caminar sobre las olas del mar, quedaron estupefactos por ese signo divino y confesaron su fe diciendo: *Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios* [144]. Si solamente es un bastardo, cuyo título es falso, pues es sólo hijo adoptivo, bien se podrá reprochar a los discípulos que han mentido y, sobre ello, que

142. Mt 16, 16.
143. Mt 16, 17.
144. Mt 14, 33.

lo hicieron con juramento, pues añadieron la palabra «verdaderamente» al afirmar que era el Hijo de Dios Padre.

B – Tienes toda la razón.

A – Pero además, ¿por qué el Hijo del hombre tiene sus ángeles y brilla en la gloria de su Padre? Pues dice de sí mismo: *El Hijo del hombre debe venir en la gloria de su Padre con sus ángeles* [145]. Y en otra ocasión: *El Hijo del hombre enviará a sus ángeles* [146]. Si se niegan a creer en Él, aun viéndole coronado de gloria divina y de honores tan insignes y supremos, deberán oírle decir: *Si no me creéis a mí, creed a mis obras* [147]. Y también: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, aunque no creáis en mí creed en mis obras* [148]. Viendo en un hombre la excelencia de la gloria inefable y no como algo que le sea extraño o le haya sido conferido por gracia, sino como cosa propia de tal hombre, ¿cómo podrá no creerse que quien aparece en una condición como la nuestra es Dios, el verdadero Hijo de Dios superior a todo?

B – Te contestarán ellos que cuando Él habla de sus propios ángeles y de ser el autor de tales signos lo hace porque en Él habita el Verbo y le daba su propia gloria y poder. Pues está escrito: *Dios ungió con el Espíritu Santo y con el poder de hacer milagros a Jesús de Nazaret, que pasó haciendo el bien y*

145. Mt 16, 27.
146. Mt 13, 41.
147. Jn 10, 38.
148. Jn 10, 37-38.

curando a cuantos estaban oprimidos por el diablo[149]. Obraba milagros porque estaba ungido de poder y de Espíritu.

A – Dado que el Verbo, por ser Dios y santo y omnipotente por naturaleza y por esencia, no tiene necesidad de que se le añada ningún poder ni tampoco de ser santificado, ¿quién es aquel que ha sido ungido con el poder de hacer milagros y con el Espíritu Santo?

B – Te contestarán, sin duda, que el hombre asumido por la conexión.

A – Él será entonces, considerado separadamente y por su cuenta, Jesucristo, de quien el sapientísimo Pablo dice: *Para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros*[150]. Dime: ¿cómo es que todo ha sido creado por un hombre? ¿Por qué razón está colocado como Hijo junto al Padre, sin ningún intermediario? ¿Dónde colocaremos al Unigénito, pues su lugar lo ha ocupado un hombre? Un hombre, además, que según dicen ha sido hecho activo por Él y por Él cubierto de honores. ¿No te parece que su razonamiento supera los límites de la verosimilitud, que se aleja de la meta y se ha ganado a pulso ser ridiculizado por haberse alejado enteramente de la verdad?

B – Dice él que el Verbo de Dios es llamado hombre más o menos por la misma razón por la

149. Hch 10, 38.
150. 1 Co 8, 6.

que el hombre asumido por Él, a pesar de haber nacido en Belén, es llamado nazareno por haber vivido en Nazaret. Por la misma razón, Dios Verbo es llamado hombre porque habita en un hombre.

Dios Verbo habita en un hombre

A – ¡Ay, cabeza senil, entendimiento paralizado, capaz sólo de concebir disparates y de ninguna otra cosa! Habría que gritar a nuestros adversarios: *¡Sacudíos, borrachos, vuestra ebriedad!* [151]. ¿Por qué hacéis violencia a la verdad y tergiversando el sentido de las verdades divinas os extraviáis del camino real? A lo que parece, el Verbo no se ha hecho carne, como dicen las Escrituras, sino más bien habitante de un hombre. Lo lógico sería llamarle «humanizado», no «hombre», pues también los habitantes de Nazaret son llamados «nazarenos», no «Nazaret». Y si de verdad se creen sus desatinos, nada, a mi entender, impedirá que junto al Hijo sean llamados hombres también el Padre y el Espíritu Santo. Porque mediante el Espíritu habita en nosotros plenamente la santa y consustancial Trinidad. Por eso dice Pablo: *¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?* [152]. Y Cristo mismo dice: *Si uno me ama guardará mis palabras y mi Padre lo amará y vendremos*

151. Jl 1, 5.
152. 1 Co 3, 16.

a él y haremos morada en él [153]. Pues bien: ni el Padre es llamado hombre por ninguna razón, ni por el hecho de que habite en nosotros se dice del Espíritu Santo que sea un hombre. Nuestros oponentes ridiculizan el misterio de la Encarnación, tergiversando los dogmas de la Iglesia, tan rectos y dignos de ser acogidos. Continuemos nuestro discurso dejando de lado sus nauseabundos razonamientos. Si hizo milagros porque el Verbo estaba en él, deben considerarlo uno de los santos profetas, pues el Verbo hizo milagros también por medio de los santos. Y si afirman que el Hijo está entre estos últimos, lo ponen al mismo nivel de un profeta o de un apóstol.

B – ¿Es que no fue llamado, dicen ellos, profeta y apóstol?

A – No te equivoques. Moisés dijo al pueblo de Israel: *El Señor vuestro Dios suscitará para vosotros un profeta de entre los vuestros como me suscitó a mí* [154]. Y también el divino Pablo escribió: *Por lo cual, hermanos santos, partícipes de una vocación celeste, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión, a Jesús* [155]. Que contesten a la siguiente pregunta: la gracia de la profecía, el ser juzgado digno del privilegio apostólico, el ser llamado pontífice, ¿ha de ser tomado por todo hombre a título de gloria?

153. Jn 14, 23.
154. Hch 3, 22; cf. Dt 18, 15-19.
155. Hb 3, 1.

B – Así lo pienso yo al menos.

A – Pero reconocerán, probablemente, que todo eso es cosa de poca mente e inaplicable a Cristo considerado en cuanto Dios, si bien sea precisamente eso lo que nos lo hace ver anonadado y con los límites de la condición humana. Como siendo Dios por naturaleza y verdaderamente Señor, tomó la forma de esclavo para nacer en esa condición y asumir cuanto comporta, así Él, que da el espíritu de profecía, designa a los apóstoles y constituye a los sacerdotes, se hizo semejante en todo a sus hermanos [156]. Y por eso pudo ser llamado profeta, apóstol y gran sacerdote.

B – Pero aun admitiendo que haya sido profeta, dicen que no fue como uno más de los profetas, sino que los superó a todos en mucho. Pues éstos poseyeron una gracia medida según el querer de Dios y para un momento dado, mientras que Él estaba lleno de la divinidad y desde el primer instante de su nacimiento: pues el Verbo, que era Dios, habitaba en Él.

A – Luego Cristo está por encima de los santos profetas nacidos antes que Él, tanto por la cantidad de gracia cuanto por la prolongación de su duración, y en esto consiste toda su superioridad; pero la verdadera cuestión estriba en establecer si verdaderamente ha sido profeta, y no tanto en saber si lo ha sido en mayor o menor grado o por más o menos tiempo. Pues el ser profeta y el no superar los lími-

156. Cf. Hb 2, 17.

tes de nuestra naturaleza es lo que constituye en Él el abajamiento. Poco importa que se le considere profeta desde su nacimiento, pues lo mismo se dice del divino Bautista, de quien afirmó el ángel bienaventurado: *Será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre* [157]. ¿Por qué, entonces, uno era servidor y el otro estaba cubierto de los honores al señor debidos? El bienaventurado Juan dice de sí mismo: *El que es de la tierra es de la tierra y habla de la tierra* [158]. Y, en cambio, del Emmanuel se dice: *El que viene del cielo está por encima de todos* [159].

B – Podrían, sin embargo, decir tal vez que el Verbo engendrado por Dios Padre es de lo alto y superior a todos. Temen ellos que, atribuyéndole la condición humana, se le haga agravio al reducirlo a un estado ignominioso. Por tal motivo sostienen enérgicamente que tomó un hombre, asociándoselo, y que a éste convienen y pueden ser atribuidas todas las debilidades humanas. Así no sufrirá daño ninguno la naturaleza del Verbo.

A – Por consiguiente, están firmemente convencidos en pensar y decir que lo asumido es diverso. No secundaremos nosotros su necedad ni les constituiremos en árbitros y jueces de nuestra fe postergando la Sagrada Escritura y despreciando la tradición de los santos apóstoles y evangelistas. Si tienen una inteligencia torpe e ignorante, incapaz de sondear la profundidad del misterio, no por eso errare-

157. Lc. 1, 15.
158. Jn 3, 31.
159. Ibid.

mos también nosotros conformándonos a su ignorancia y rehusando recorrer el recto camino de la verdad. Sabemos que el santísimo Pablo escribió, que llegado el caso *deshacemos sofismas y toda altanería que se subleva contra el conocimiento de Dios y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo* [160]. Pero, además de esto, ¿podrías señalarme otros puntos que sean para ellos motivo de escándalo y piedra de tropiezo [161] en que caigan, como si fueran judíos?

B – ¿Cómo no he de poder? Y en abundancia. Voy a nombrártelos uno a uno. Dicen, por ejemplo, que Cristo ha sido santificado por el Padre, pues está escrito: *Juan dio testimonio diciendo: he visto al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre Él. Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre Él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el elegido de Dios* [162]. Y también Pablo escribió sobre lo mismo: *Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen* [163]. Ahora bien: el Verbo, siendo Dios y santo por naturaleza, no podría en modo alguno ser santificado. Queda por consiguiente decir que ha sido santificado el hombre asumido por el Verbo por conexión.

160. 2 Co 10, 4-5.
161. Cf. Is 8, 14-15.
162. Jn 1, 32-34.
163. Hb 2, 11.

El Verbo encarnado, dispensador de santidad

A – ¿Cómo es entonces que quien ha sido bautizado, aquél sobre quien descendió el Espíritu en forma visible, bautiza en el Espíritu Santo y cumple acciones que propiamente convienen a la naturaleza divina? Él es, en realidad, dispensador de la santificación y, para demostrar que eso era un bien que le pertenecía como propio, el Verbo encarnado exhaló su aliento sobre los santos apóstoles, diciendo: *Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados, a quienes se los retengáis, les serán retenidos* [164]. ¿Y por qué el divino Bautista, mientras señalaba muy claramente a quien acababa de ser bautizado, dio el siguiente testimonio: Él es el Hijo de Dios, significándolo individualmente y usando el artículo? Si hubiera creído que ese hombre era distinto del Verbo, habría sido necesario que quien se proponía iniciar en el misterio a este mundo se pronunciara con verdad, diciendo claramente: éste es quien ha llegado a ser hijo por un don gratuito debido a su unión con el verdadero Hijo por naturaleza. Pero no dijo nada semejante. Antes, al contrario: reconoció que uno solo y el mismo era el Verbo engendrado por Dios Padre y el descendiente de David según la carne, santificado en cuanto hombre y santificador en cuanto Dios. En uno solo se daban lo uno y lo otro. Si no se hizo hombre y no nació de una mujer

164. Jn 20, 22-23.

según la carne, habremos de negarle la condición humana. Si, por el contrario, se ha sometido verdaderamente a ese anonadamiento y se ha hecho semejante a nosotros, ¿a qué viene regatearle todo aquello en razón de lo cual podría ser considerado anonadado? Eso equivale a negar con grandísima necedad el ingenioso artificio de su economía salvadora de la carne.

B – Mas ten presente, por otra parte, que se dice de Él que ha recibido gloria y ha sido convertido en Señor, que ha sido elevado por el Padre y proclamado rey. ¿Atribuyes tú todas estas cosas a Dios Verbo, con el consiguiente e inevitable agravio de Su Majestad?

A – ¿Quién podrá poner en duda que la naturaleza de Dios Verbo está colmada de gloria, de realeza y de auténtico señorío? Debe confesarse que está firmemente establecida en las alturas que a Dios convienen. Mas una vez manifestado como hombre, al cual todo debe ser dado y concedido, aunque con tal plenitud que de ella puede llenar a toda criatura, propio es que reciba a la manera de los hombres, pues hizo suya nuestra indigencia. Se verificó en Cristo esta insólita y extraña paradoja: el señorío en forma de siervo, la gloria divina en la humana pequeñez, la dignidad real coronando a quien, por lo que hace a los límites de la condición humana, estaba sometido al yugo, la humildad exaltada a lo más alto. Porque el Unigénito se hizo hombre no para permanecer siempre en ese estado de anonadamiento, sino para, aun aceptando todas las consecuencias de esto, hacerse reconocer también en tal condición

como Dios por naturaleza y para honrar en sí la naturaleza humana, al declararla partícipe de dignidades sagradas y divinas. Encontramos, por otra parte, que los mismos santos llaman al Hijo gloria de Dios Padre y rey y señor, incluso después de que se hiciera hombre. Isaías, por ejemplo, dice esto, poco más o menos: *Como cuando un hombre recoge las olivas, así serán recogidos y cuando la recolección termine alzarán éstos sus voces. Los dejados sobre la tierra se alegrarán con la gloria del Señor* [165]. Y otro santo [166] añade: *Resplandece, Jerusalén, porque viene tu luz y sobre ti se alza la gloria del Señor. La oscuridad y las tinieblas cubren la tierra, pero sobre ti resplandece el Señor y su gloria brillará sobre ti* [167]. Y Santiago, su discípulo, dice: *Hermanos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado* [168]. Y también el divino Pedro: *Felices vosotros si por Cristo sufrís ultrajes, pues el Espíritu de la gloria y de Dios reposa en vosotros* [169].

B – Me basta, querido mío, con lo ya dicho a propósito de este asunto. Explícame ahora como se ha de interpretar lo escrito acerca de Cristo que dice así: *El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y*

165. Is 24, 13-14.

166. Este texto pertenece también a Isaías. La atribución de la cita a «otro santo» debe entenderse como una distracción de Cirilo, o como un añadido debido al copista.

167. Is 60, 1-2.

168. St 2, 1.

169. 1 P 4, 14.

lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen [170]. Y aún añadiré a esto aquella expresión suya de: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [171]. Dicen ellos que nada de esto conviene al Dios Verbo, y que queda muy por debajo de la dignidad y excelencia que le cumplen.

A – También yo comprendo que eso no puede aplicarse al Verbo engendrado por Dios Padre si se olvida la economía salvadora en que está enmarcado y si desechamos que se haya hecho carne, según afirman las Escrituras. Pero si creemos firmemente en esta realidad y condenamos como impía cualquier duda al respecto, en la medida de lo posible podremos ahondar mucho en el sentido de la economía salvadora. El Verbo engendrado por Dios Padre se manifestó en una forma semejante a la nuestra, ilustrando a la humanidad e indicando a las claras el camino que conduce a toda suerte de acciones admirables. Era necesario enseñar a quienes se exponen a peligros por amor a Dios, de qué modo deben comportarse cuando les asalta la tentación quienes han elegido un estilo de vida laudable, ejemplar y recto. Si deben ser tibios y superficiales y darse a la buena vida y a una loca alegría o, por el

170. Hb 5, 7-9.
171. Mt 27, 46.

contrario, aplicarse intensamente a la oración y ponerse llorosos en la presencia de quien nos salva implorando su ayuda y el necesario valor, aunque pueda Él decidir que también nosotros hemos de ir a enfrentarnos con el sufrimiento. Convenía, además, a nuestra salvación que conociéramos hasta donde puede conducir la obediencia, cuáles son las gloriosas jornadas que atraviesa y cuánta y cuál es la recompensa de la paciencia. En todo ello Cristo se ha hecho nuestro modelo, según lo confirman las palabras del divino Pedro cuando dice: *¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis faltado? Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas*[172]. Por consiguiente, el Verbo se ha hecho nuestro modelo no fuera de los límites de su anonadamiento, sino en los días de su vida mortal, pues podía entonces legítimamente ponerse al mismo nivel de la humanidad y rogar con insistencia, derramar lágrimas, aparentar, incluso que tenía necesidad de un salvador y aprender la obediencia aun siendo Hijo. El autor inspirado quedó, en cierto modo, estupefacto ante tamaño misterio: que el verdadero Hijo por naturaleza, revestido de los esplendores divinos, quedara sometido a un anonadamiento tal que llegó a abajarse hasta la humillación de la miseria humana. Como he dicho ya, ese mara-

172. 1 P 2, 20-21.

villoso ejemplo es para nosotros de suma utilidad. Cualquiera puede muy fácilmente deducir de aquí esta enseñanza: que cuando las circunstancias exigen de nosotros un comportamiento recio, no podemos rehuírlas tomando el camino opuesto. Por eso dijo Cristo en cierta ocasión: *No temáis a quienes matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien a quien puede hacer perecer juntos alma y cuerpo en la gehenna*[173]. Y en otro lugar: *Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga* [174]. Ese «tomar la cruz», ¿qué puede significar, sino que es necesario conducirse virilmente en las tentaciones, solicitando, ciertamente, la ayuda divina, pero no con negligencia y tibieza, sino con súplicas intensas y con un fervor tal que se nos salten las lágrimas de los ojos?

B – Dices bien.

A – Y respecto a lo que [Cristo] decía: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [175], ¿qué pretenden insinuar?

B – Según mi entender, ellos opinan que esas palabras pertenecen al hombre asumido.

A – ¿Porque se vino abajo ante el acoso de tentaciones insoportables, insostenibles o cosa semejante?

B – Porque, dicen ellos, estaba turbado por culpa de la debilidad humana. Él mismo había

173. Mt 10, 28.
174. Mt 16, 24.
175. Mt 27, 46.

dicho a sus santos discípulos: *Mi alma está triste ante la muerte* [176] y se postró ante el Padre diciendo: *¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz! Pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya* [177].

Triste hasta la muerte

A – Eso me recuerda el pasaje que he citado hace poco: *El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte* [178]. Si alguien piensa que Cristo, vencido por el temor y abatido por la debilidad, llegó a temer hasta el punto de afligirse y atormentarse porque no se sentía capaz de soportar los sufrimientos, estará acusándolo abiertamente de no ser Dios, y por lo mismo, dejará vacío de significado su reproche a Pedro.

B – ¿Qué quieres decir?

A – Cristo dijo: *He aquí que subimos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores, que le ultrajarán y lo crucificarán, pero al tercer día resucitará* [179]. Entonces Pedro, que le estaba muy unido, le dijo: *¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!* [180]. Y, ¿qué le respon-

176. Mt 26, 38.
177. Mt 26, 39.
178. Hb 5, 7.
179. Mt 20, 18-19; Mc 10, 33-34.
180. Mt 16, 22.

de Cristo?: *Quítate de mi vista, ¡Satanás! ¡Tropiezo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios sino los de los hombres!* [181]. ¿Qué culpa habría tenido el discípulo, deseoso de apartar la tentación de su maestro, si ésta hubiera sido insoportable, irresistible para Él, si iba a debilitarlo y llegaría a quebrantar a quien recomendaba a sus discípulos superar el temor a la muerte y no dar importancia a los sufrimientos sobrevenidos por cumplir la voluntad de Dios? Me desconcierta además, por otra parte, que digan de ese hombre que está unido al Unigénito y que lo representen como partícipe de los honores divinos y que luego digan de él que quedó a merced del terror de la muerte, apareciendo semejante a nosotros: impotente y por completo privado de las ventajas que deberían ir aparejadas con la posesión de honores divinos.

B – ¿Qué interpretación debe darse a todo esto a la luz de la economía salvadora?

A – Una [interpretación] mística, profunda y que es causa de admiración, al menos para quienes piensan rectamente el misterio de Cristo. Atiende a las palabras correspondientes al anonadamiento y que convienen a la medida del hombre: son usadas en el modo y el tiempo oportunos para mostrar que se ha hecho enteramente semejante a nosotros aquel que está por encima de toda la creación. De donde se sigue otra consecuencia.

B – ¿A cuál te refieres?

181. Mt 16, 23.

A – Cuando incurrimos en la maldición por el pecado de Adán, caímos en las redes de la muerte al ser abandonados por Dios. Pero en Cristo todo ha sido renovado [182] y hemos regresado a nuestra situación primera. Por eso era necesario que el segundo Adán, venido del cielo, inocente de todo pecado, segunda primicia purísima e inmaculada de nuestra estirpe, Cristo, librase a la naturaleza humana de la pena, atrajera sobre ella la celestial benevolencia del Padre e hiciera cesar el abandono mediante su obediencia y su completa sumisión. Él *no cometió pecado* [183] y la naturaleza humana logró en Él una inocencia irreprochable, de suerte que podía fundamentalmente gritar: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [184]. Ten presente que el Unigénito profiere estas palabras una vez hecho hombre, en cuanto se ha hecho uno de nosotros y en nombre de toda la humanidad, como si dijera: el primer hombre ha pecado, ha caído en la desobediencia, no tuvo en cuenta el mandato que le fue dado y fue arrastrado a la desobediencia por el engaño de la serpiente. Por tal razón, con toda justicia quedó sometido a la corrupción y se le impuso la pena. Pero yo he sido constituido por ti como un segundo inicio de los seres de la tierra y he sido llamado segundo Adán. Tú ves en mí la naturaleza humana purificada, reconstruida santa e íntegramente pura. Procúranos ya los bienes de tu benevolencia, haz

182. Cf. 2 Co 5, 17.
183. 1 P 2, 22.
184. Mt 27, 46.

que cese tu abandono, detén la corrupción y pon fin a tu cólera. Yo he vencido a Satanás, aquel de quien era antes el imperio; nada encontró en mí que pudiera decir suyo.

A mi entender, ése es el significado de las palabras del Salvador. Imploraba la benevolencia del Padre no sobre Él, sino sobre nosotros mismos. Igual que los males que provienen de la cólera desde su primera raíz, es decir Adán, se han derramado sobre toda la naturaleza humana –*reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán*[185]–, así también los bienes que provienen de nuestra segunda primicia, Cristo, se derramarán de nuevo sobre todo el género humano. De ello da fe el sapientísimo Pablo con estas palabras: *Si por el delito de uno solo murieron todos, cuánto más* [186] por la obra de justicia de uno solo vivirán muchos. Y también: *Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo* [187].

B – Es insensato, entonces, y se halla en pleno desacuerdo con las Sagradas Escrituras, pensar y decir que el hombre asumido ha usado expresiones humanas porque había sido abandonado por el Verbo al que estaba unido.

A – Sería, amigo mío, una impiedad y prueba de una absoluta locura, sólo proporcionada a quien no sea capaz de pensar cuerdamente. Distinguen y di-

185. Rm 5, 14.
186. Rm 5, 15.
187. 1 Co 15, 22.

viden palabras y acciones y atribuyen algunas única y exclusivamente al Verbo y otras a alguien distinto del Hijo y nacido de una mujer. Abandonan así el camino justo y sin error y la posibilidad de conocer claramente el misterio de Cristo.

B – Entonces, ¿ni palabras ni acciones pueden separarse cuando están en juego las enseñanzas evangélicas y apostólicas?

Las palabras no pueden separarse de las acciones

A – Ciertamente no, al menos si por división se entiende la que concibe dos personas o dos hipóstasis distintas entre sí, cada una de las cuales obra por su lado y separada de la otra. Hay un solo Hijo, el Verbo, hecho hombre por nosotros y todo es suyo, palabras y acciones, tanto las divinas como las humanas [188].

B – Entonces, cuando se dice que está cansado del camino [189], que tiene hambre o sueño, será necesario atribuir también esas cosas tan mezquinas y viles a Dios Verbo.

A – Tales cosas no convienen en modo alguno al Verbo solo que aún no se ha encarnado, antes de someterse al anonadamiento: en eso tienes razón.

188. Ésta es la doctrina de la «comunicación de idiomas», en razón de la cual, y a causa de la unión hipostática, todas las propiedades de la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo pueden y deben predicarse de la única persona de Cristo.

189. Cf. Jn 4, 6.

Pero, una vez hecho hombre y sometido al anonadamiento, ¿qué agravio puede inferirle que se le atribuyan? Como decimos que la carne ha venido a ser suya, así también pensamos que sean suyas las debilidades de la carne en virtud de una apropiación conveniente a la economía salvadora y en razón del modo de la unión. Pues Él se hizo en todo semejante a sus hermanos [190], excepción hecha del pecado [191]. No te maravilles si decimos que, además de la carne, se ha apropiado de las debilidades de la carne y, por consiguiente, también de los ultrajes que le venían de fuera. Y cargó sobre sí también los que le fueron causados por los pérfidos judíos, diciendo por medio de la voz del salmista: *Se han dividido mis vestidos y han echado a suertes mi túnica* [192]. Y también: *Todos los que me ven, de mí se mofan, tuercen los labios, menean la cabeza* [193].

B – En resumen: si en un lugar se dice: *Quien me ha visto a mí, ha visto a mi Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa* [194] y a continuación, dirigiéndose a los judíos: *¿Por qué queréis matarme a mí, que soy un hombre que os ha dicho la verdad que he oído de Dios?* [195], ¿admitiremos que tanto unas palabras como otras han sido pronunciadas por una sola y misma persona?

190. Cf. Hb 2, 17.
191. Cf. Hb 4, 15.
192. Sal 21, 19.
193. Sal 21, 8.
194. Jn 14, 9; 10, 30.
195. Jn 8, 40.

A – Ciertamente. Cristo no puede ser dividido en modo alguno [196] y cuantos le adoran creen que Él es uno solo, el único y verdadero Hijo. *La imagen del Dios invisible* [197], *el resplandor de su gloria, la impronta de su sustancia* [198], ha tomado forma de esclavo [199], mas no porque uniera a sí a un hombre, como dicen ellos, sino porque Él mismo nació bajo esa forma, aunque conservando, también bajo ese aspecto, su semejanza con Dios Padre. Por eso el sapientísimo Pablo ha escrito: *Pues el mismo Dios que dijo: «Del seno de las tinieblas brille la luz», ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo* [200]. Observa cómo la luz de la divina e inefable gloria de Dios Padre brilla sobre el rostro de Cristo. El Unigénito, aunque hecho hombre, muestra en sí la gloria del Padre. Sólo así y no por ninguna otra razón es tenido como Cristo y llamado tal. Por otra parte, que nos expliquen nuestros adversarios cómo un hombre común podría hacernos conocer el esplendor de la gloria divina o darnos noticia de Él. En una forma de hombre no vemos a Dios. Sólo en el Verbo hecho hombre a nuestra semejanza, aun permaneciendo también en ese estado como verdadero Hijo por naturaleza, podía por un prodigio verse eso, atendiendo a su

196. Cf. 1 Co 1, 13.
197. Col 1, 15.
198. Hb 1, 3.
199. Cf. Flp 2, 7.
200. 2 Co 4, 6.

divinidad. Por eso, el dispensador de sus misterios, que le llama Jesucristo por haberse encarnado y hecho semejante a nosotros, sabiendo que Él era al mismo tiempo verdadero Dios por naturaleza, escribe lo que sigue: *Sin embargo, en algunos pasajes os he escrito con cierto atrevimiento, como para reavivar vuestros recuerdos, en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios* [201]. También Zacarías profetizó hablando a su propio hijo, el Bautista: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos* [202]; y luego, el divino Bautista señaló al Altísimo y Señor cuando dijo: *He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Éste es de quien yo dije: tras de mí viene uno que me supera porque era antes que yo* [203]. ¿Podrá, así pues, dudarse de que haya un solo y único Hijo verdadero, el Verbo engendrado por Dios Padre con la carne que ha asumido, una carne no desprovista de alma, como algunos sostienen [204], sino, como he repetido, dotada de alma intelectual y con la que Él constituye una sola persona?

B – No me atrevería yo a ponerlo en duda. *Pues hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo* [205].

201. Rm 15, 15-16.

202. Lc 1, 76.

203. Jn 1, 29-30.

204. Apolinar y los apolinaristas, para resaltar la divinidad de Cristo, enseñaban que en Él, el lugar de la parte espiritual del alma de Jesús era ocupado por el Verbo.

205. Ef 4, 5.

Pero cuando se dice de Jesús que creció en edad, en sabiduría y en gracia [206], ¿de quién se dice que crece? El Verbo engendrado por Dios Padre es completo y perfecto: ¿cómo podría crecer y en qué podría tener crecimiento y progreso? Siendo la sabiduría misma, no cabe decir que la adquiera. Es necesario por tanto, dicen ellos, preguntarse a quien se refieren estas cosas.

La carne de Cristo sigue las leyes de su naturaleza

A – Según parece, porque haya quien no acierte a penetrar la profundidad de las Sagradas Escrituras es necesario introducir otro Cristo, Hijo y Señor. Pero cuando el sabio evangelista presenta al Verbo hecho carne, quiere también revelar que el Verbo, en razón de la economía salvadora, ha permitido que esa carne suya estuviera sometida a las leyes de la naturaleza. Y propio es del hombre progresar en edad y sabiduría, y aun diría yo que también en gracia, pues, en cierto modo, el conocimiento se desarrolla en cada uno según la proporción de las dimensiones corporales. Distinta es la gracia en los niños, en los adolescentes y en quienes han superado ya esas edades. No era, por tanto, cosa imposible e inconveniente que el Dios Verbo nacido del Padre hiciera crecer desde la infancia primera el cuerpo que había asumido, hasta llevarlo a la edad

206. Cf. Lc 2, 52.

de la madurez. A lo que pienso, hubiera sido cosa fácil y hacedera para Él mostrar a un niño de tierna edad y dotado de sabiduría extraordinaria. Pero habría sido cosa monstruosa y en nada acorde con el proyecto de la economía salvadora. Vino el misterio a cumplirse en plena armonía. En razón de tal misterio quiso Él someterse en todo a las leyes de la naturaleza. Y eso ha de contarse también en el número de las cosas en que Él quiso asemejarse a nosotros, que poco a poco vamos creciendo y haciéndonos mayores, en la misma medida en que el tiempo aumenta nuestra edad y proporcionalmente, nuestros conocimientos. Por consiguiente: el Verbo engendrado por el Padre, siendo perfecto, no tiene en modo alguno necesidad de nada. Mas habiéndose hecho semejante a nosotros, hace suyo lo que es nuestro, aunque, como sabemos bien, también en ese estado es superior a nosotros, por cuanto es Dios. Por eso Pablo, aun sabiendo que se ha hecho hombre, contemplando la trascendencia divina, llega a decir en cierto lugar que Él no es hombre. Pues escribe a los gálatas: *Pablo, apóstol, no de parte de los hombres ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo* [207]. Y a continuación: *Os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí no es cosa de hombres, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo* [208].

207. Ga 1, 1.
208. Ga 1, 11-12.

B – Entonces, ¿es necesario atribuirle también lo que se dice de progresar en sabiduría, edad y gracia, al igual que el hambre, el cansancio y todo lo demás? Y, probablemente, si llegara a decirse que ha padecido y que recibió del Padre la vida, habría que atribuirle eso también.

A – Así es. Decimos que, en virtud de la economía salvadora, Él hizo suyo todo lo que es humano y con la carne, todo lo que a la carne pertenece. Y ello porque no admitimos otro Hijo distinto de Él. Él es el Señor que nos ha salvado dándonos su propia sangre como precio de redención a todos nosotros [209]. *Hemos sido rescatados no con oro o plata corruptibles, sino al precio inestimable de la sangre del Cordero sin tacha, inmaculado, que es Cristo, que se ofreció por nosotros a Dios Padre, como ofrenda de suave olor* [210]. De lo cual da fe san Pablo, perito en la Ley, cuando escribe: *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor* [211]. Dado que Cristo se ha hecho por nosotros *suave olor*, mostrando en sí la naturaleza humana en posesión de una perfecta inocencia, hemos obtenido por Él y en Él libre acceso a Dios Padre que está en el cielo. Pues está escrito: *Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino vivo y nuevo inaugurado por*

209. Cf. Is 63, 9.
210. 1 P 1, 18-19; cf. 1 Co 6, 20; Ef 5, 2.
211. Ef 5, 1-2.

Él para nosotros, a través del velo, esto es, de su propia carne [212]. Date cuenta de que se habla de «su» sangre y de «su» carne, llamada también «velo» y con mucha razón, porque lo que hacía en el Templo el velo sagrado, esconder el Santo de los Santos, puede decirse que lo hacía también la carne del Señor. En cierta medida, impedía que se viera al desnudo y descubierta la eximia y excelente trascendencia y la gloria de Dios Verbo unido a esa carne. Por eso, algunos pensaban que Cristo era Elías, Jeremías o alguno de los profetas [213]. Y los judíos, que no comprendían nada de su misterio, lo cubrían de insultos y decían: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿Cómo puede decir «he bajado del cielo?* [214]. La divinidad, en efecto, es por naturaleza invisible. Sin embargo, quien es por naturaleza invisible, fue visto por quienes vivían sobre la tierra con un aspecto semejante al nuestro y Él, el Señor Dios, se manifestó en medio de nosotros. Esto es lo que, a mi juicio, nos enseña el divino David cuando dice: *Dios, venga ya nuestro Dios y no se calle* [215].

B – Argumentas bien, pero se obstinan ellos en pensar que no son así las cosas, de suerte que aún nos falta mucho. Dicen que no cabe atribuir, en modo alguno, al Verbo nacido de Dios el sufrimiento sobre la cruz. Por el contrario, sostienen ellos que al hombre que unió a sí con igualdad de honores, Él

212. Hb 10, 19-20.
213. Cf. Mt 16, 14.
214. Mt 13, 55; Jn 6, 42.
215. Sal 49, 2-3.

lo preparó para soportar los insultos judíos, los sufrimientos en la cruz, la muerte misma, para convertirlo así en el primer artífice de nuestra salvación, volviéndolo a la vida de modo que destruyera el imperio de la muerte gracias al poder del Verbo que estaba unido a él.

Los sufrimientos en la cruz y nuestra salvación

A – Bien, pero, ¿pueden ellos hallar fundamento a sus opiniones en las Sagradas Escrituras? ¿O no sucederá, más bien, que quieren innovar la fe *anunciando visiones de su corazón, no lo que procede de la boca del Señor*, según está escrito [216], y que no son capaces de decir: *Dios me libre de gloriarme, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo* [217]?

B – Dicen ellos tener fundamento. Se basan en el sapientísimo Pablo, que ha escrito: *Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación* [218]. Aquel por quien es todo y para quien es todo es, dicen ellos, el Verbo nacido de Dios. Él es quien ha perfeccionado mediante los sufrimientos al autor de nuestra salvación, el descendiente de David.

216. Jr 23, 16.
217. Ga 6, 14.
218. Hb 2, 10.

A – ¡No hemos sido entonces redimidos por Dios, sino por la sangre de un cualquiera! ¿Cómo puede ser eso? ¡Quien ha muerto por nosotros es un hombre común, alguien cualquiera, un falso Hijo! El venerable y augusto misterio de la Encarnación queda reducido así a una patraña, a una impostura. El Unigénito no se ha hecho hombre. ¡Ya no le llamaremos Salvador y Redentor a Él, sino a otro, que es quien ha dado su sangre por nosotros! Y sin embargo, el santísimo Pablo escribía a unos: *Es necesario, por una parte, que las figuras de las realidades celestiales sean purificadas de esa manera; por otra parte, que también lo sean las realidades celestiales, pero con víctimas más excelentes que aquéllas. Pues no penetró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, en una reproducción del verdadero, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro, y no para ofrecerse a sí mismo repetidas veces al modo como el Sumo Sacerdote entra cada año en el santuario con sangre ajena. Para ello habría tenido que sufrir muchas veces desde la creación del mundo. Sino que se ha manifestado ahora una sola vez, en la plenitud de los tiempos, para la destrucción del pecado mediante el sacrificio de sí mismo*[219]. Por tanto, tratándose de figuras, basta la sangre de cualquiera para abrir el camino y purificar a las personas, pero tratándose de la realidad, la verdad requiere algo absolutamente superior: el Hijo

219. Hb 9, 23-26.

actúa con su propia sangre, entrando no en un santuario provisional y hecho por mano del hombre, que no sería sino sombra y figura, sino en el que está en lo alto y verdadero, o sea, en el cielo. *Es necesario, por una parte, que las figuras de las realidades celestiales sean purificadas de esa manera* –siendo, como son, figuras exteriores–; *por otra parte, que también lo sean las realidades celestiales* [220]. Es, por tanto, necesario que en Cristo se dé algo que sea mejor que lo requerido para las figuras, algo que sea verdadero y que no es otra cosa sino que Él obra «con su propia sangre» [221].

B – Dices bien.

A – Y puesto que ellos argumentan contra nosotros con las palabras del Apóstol, pretendiendo que se refieren a un hombre común, tomemos el pasaje desde su comienzo hasta el punto que afecta a nuestro asunto: *Y a Aquel que fue hecho inferior a los ángeles por un poco, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte. Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación. Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos cuando dice: Anunciaré tu nombre a mis*

220. Hb 9, 23.

221. El sacrificio de Cristo, a diferencia de los hechos con sangre de animales, canceló toda la deuda del hombre con Dios, por ser el mismo Cristo quien se inmoló.

hermanos; en medio de la asamblea te cantaré himnos. Y también: Pondré en Él mi confianza. Y nuevamente: Henos aquí a mí y a los hijos que Dios me dio.

Por tanto, así como los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a la esclavitud. Porque, ciertamente, no se ocupa de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse a todos sus hermanos[222]. Helo ahí diciendo bien claramente que «fue hecho inferior a los ángeles por causa de la muerte que padeció», pero que por eso «fue coronado de honor y de gloria». De ese modo [Pablo] da a entender a quién se refieren sus palabras: se trata, evidentemente, del Unigénito. Dice que Él «ha participado de la carne y de la sangre de un modo semejante a nosotros» y que «vino en ayuda no de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham». Convenía que Dios Padre –«por quien y para quien fueron hechas todas las cosas», una vez que su Hijo se había anonadado y encarnado, tomando la forma de esclavo– hiciera perfecto mediante el sufrimiento a ese Hijo que consagraba y ofrecía su propia carne como precio de redención para la vida de todos. Como Cristo, ofrenda inmaculada, se ha sacrificado por nosotros, *con una sola ofrenda ha hecho perfectos para siempre a aque-*

222. Hb 2, 9.10-17.

llos que son santificados[223], restaurando la naturaleza humana en su estado original. *En Él todas las cosas son nuevas*[224]. Y del mismo modo, el sapientísimo Pablo da fe también de que Dios Padre ha entregado por nosotros a su propio Hijo, y lo atestigua de este modo: *El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien, le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él graciosamente todas las cosas?*[225]. Por *su propio Hijo* entendemos nosotros al Verbo engendrado de su esencia. Cuando decimos *le entregó por todos nosotros* no pensamos que haya de aplicarse eso al Verbo en sí, sin carne, sino al Verbo cuando tomó carne. Y no va en detrimento de su honor, el que se hable de sufrimientos, pues sufrió, no en la naturaleza divina, sino en la carne que era suya propia. Pues Dios Padre, según dije no hace mucho, *a quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que llegáramos a ser justicia de Dios*[226].

B – ¿Pensamos, entonces, que Él se ha hecho pecado o, más bien, que se ha hecho semejante a los esclavos del pecado y que por eso es llamado pecado?

La naturaleza del hombre justificada en Cristo

A – Dices bien. Igual que *a quien no conoce el pecado lo hizo por nosotros pecado, para que llegá-*

223. Hb 10, 14.
224. 2 Co 5, 17.
225. Rm 8, 32.
226. 2 Co 5, 21.

ramos a ser justicia de Dios[227], porque la naturaleza del hombre ha sido en Él justificada, del mismo modo, a quien no conocía la muerte –el Verbo es, de hecho, la vida misma y el dador de la vida– lo destinó a sufrir la muerte en su carne, aunque en cuanto es Dios permaneciera más allá de todo sufrimiento, para que nosotros viviéramos en Él y por Él. Por eso la pasión de Cristo es llamada *muerte ejemplar*[228]. Está escrito: *Porque si nos hemos hecho una misma cosa con Él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante* [229]. En realidad, el Verbo vivía también cuando su carne santa gustaba la muerte, a fin de que, una vez vencida la muerte y quebrantada la corrupción, la potencia de la resurrección alcanzase a todos los hombres. Pues bien cierto es que *así como todos murieron en Adán, todos en Cristo serán llamados a la vida* [230]. Ahora bien: ¿cómo podremos decir que el misterio de la economía salvadora en la carne del Unigénito ha innovado la naturaleza humana, si el Verbo, aunque permaneciendo Dios, no se ha hecho carne? ¿Si no se ha sometido al anonadamiento el que está por encima de toda la creación, ni se ha abajado hasta nuestra condición? ¿Si lo que estaba sujeto a la corrupción no se ha hecho el cuerpo de la Vida, para poner así en fuga a la muerte y a la corrupción?

227. Ibid.
228. Rm 6, 5.
229. Ibid.
230. 1 Co 15, 22.

B – Diremos, por consiguiente, que el Verbo engendrado por Dios Padre ha sufrido por nosotros en su carne.

A – Sí, es verdadero lo que Pablo dice de Él: *Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo* [231]. Ahí lo tienes claramente: la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura, visible e invisible, por el cual y en el cual todo existe, ha sido dado, dice, como cabeza a la Iglesia: Él es además el primogénito de entre los muertos[232]. Según dije ya, Él realmente ha hecho suyo todo cuanto pertenece a su carne y *soportó la cruz sin miedo a la ignominia* [233]. Decíamos, así pues, que ha sido sacrificado por nosotros, no un simple hombre, colmado de honores, por su unión, no sé de qué manera, con el Verbo, sino que es el mismo Señor de la gloria quien ha sido crucificado. *Porque si hubieran conocido* [la sabiduría] –dice– *no*

231. Col 1, 15-18.

232. O sea, que Cristo es el primero en la serie de los que resucitan de la muerte.

233. Hb 12, 2.

habrían crucificado al Señor de la gloria[234]. Mas padeció en su carne[235] por causa nuestra y para nuestro bien, según las Escrituras. *Los patriarcas, de los cuales también procede Cristo según la carne, el cual está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén*[236]. Así escribe el heraldo y Apóstol, el que llevaba en sí a Cristo, el muy venerable Pablo. Explícame, además, qué sentido podrían tener, si no, las palabras de Cristo a la Samaritana: *Vosotros adoráis a quien no conocéis. Nosotros adoramos a Aquel que conocemos, porque la salvación viene de los judíos*[237]. Mas *no es un enviado, ni un ángel, sino el Señor mismo*[238] quien nos ha salvado, no mediante la muerte de otro ni con la mediación de un hombre común, sino con su propia sangre. Por eso y muy justamente ha dicho el sapientísimo Pablo: *Si alguno viola la ley de Moisés es condenado a muerte sin compasión, por la declaración de dos o tres testigos. ¿Cuánto más grave castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios y tuvo como profana la sangre de la Alianza que le santificó, y ultrajó al Espíritu de la gracia?*[239]. Pero si la sangre preciosa no es la del verdadero Hijo hecho hombre, sino la de un bastardo cualquiera,

234. 1 Co 2, 8.

235. Cf. 1 P 4, 1.

236. Rm 9, 5. La última parte de este pasaje contiene la afirmación de la divinidad de Cristo, en una fórmula doxológica generalmente reservada al Padre.

237. Jn 4, 22.

238. Is 63, 9.

239. Hb 10, 28-29.

distinto de Él, y que ha alcanzado la filiación gracias a un don gratuito, ¿cómo pueden afirmar que no se trata de sangre común? Aunque se diga que ha padecido en su carne, se salvaguarda su impasibilidad en cuanto Dios. Por eso, también el divino Pedro dice: *Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu* [240]. ¿Por qué, podría uno preguntarse, el autor inspirado no ha dicho simplemente y sin distinción que Cristo padeció, y sin embargo añadió «en la carne»? Porque sabía, sabía bien, que hablaba de Dios. Por eso le atribuye la impasibilidad, considerándolo como Dios, y añade muy prudentemente «en la carne», porque era en la carne donde debía padecer.

B – Pero, dicen, parece una leyenda que roza lo inverosímil, eso de tener que decir que ha sufrido y no ha sufrido. Pues, o bien no ha sufrido absolutamente nada, en cuanto que es Dios, o bien, si se dice que ha sufrido, ¿cómo puede ser Dios? Se impone, por tanto, la necesidad de pensar que quien ha padecido es el descendiente de David.

Digno rescate por la vida de todos

A – Hablar de ese modo, incluso sólo pensar ideas tales es prueba evidente de idiotez. Dios

240. 1 P 3, 18.

Padre no entregó por nosotros a un hombre común, elegido para cumplir la función de mediador y dotado del falso honor de la filiación debido a su unión accidental, sino que nos dio a quien está por encima de toda la creación, el Verbo engendrado de su propia esencia, hecho semejante a nosotros, porque ése era el único rescate digno por la vida de todos. Y entiendo que es un desatino –dado que el Unigénito se ha hecho carne, como ya he dicho, según las Escrituras, y no ha tenido por ignominia la economía salvadora– reprocharle que haya atentado contra su propia gloria y que, contra toda conveniencia, haya querido padecer en la carne. Pero, mi querido amigo, ¡se trataba de salvar a todo el mundo! Como quiso sufrir por esta salvación, y siendo Dios no podía sufrir por naturaleza, tomó sobre sí carne capaz de padecer y la declaró suya propia, para que también de Él pudiera decirse que sufría: no era el cuerpo de otro cualquiera, sino el suyo propio el que sufría. Por consiguiente, como la finalidad de la economía salvadora le permitía, sin dar lugar a reproches, querer sufrir en su carne sin sufrir en su divinidad, porque Él mismo era Dios y hombre, en vano hablan nuestros adversarios, alterando del modo más desatinado el poder del misterio, mientras piensan, sin duda, llevar a cabo un empeño laudable. Parecería que con sólo elegir querer sufrir, el Verbo se echaba encima una especie de culpa, cuando en realidad se trata de una gloria. El hecho de ser superior a la muerte y a la corrupción por ser Dios, y en cuanto tal, ser la vida misma y el dador de la vida, lo manifiesta la resu-

rrección, pues Él resucitó su templo [241]. Por eso dice el divino Pablo: *Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree* [242]. Y además: *Pues la predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios. Para los llamados, lo mismo judíos que griegos, es Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios* [243]. Y el Hijo mismo, a punto de emprender ya el camino de su pasión salvadora, dijo: *Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en Él y Dios lo glorificará en Él y lo glorificará en seguida* [244]. Pues regresó a la vida tras haber despojado al infierno y eso no mucho después, sino casi en seguida, y como sobre las huellas del sufrimiento.

B – Sin embargo, el sapientísimo Pablo dice: *Queréis, en verdad, una prueba de que habla en mí Cristo, el cual no es débil para con vosotros, sino poderoso entre vosotros. Pues, ciertamente, fue crucificado en razón de su flaqueza, pero está vivo por la fuerza de Dios* [245]. ¿Cómo puede decirse del Verbo que *fuera débil* o que *está vivo por la fuerza de Dios*?

A – ¿No estamos continuamente repitiendo que el Verbo se hizo carne y hombre?

241. Cf. Jn 2, 19.
242. Rm 1, 16.
243. 1 Co 1, 18.24.
244. Jn 13, 31-32.
245. 2 Co 13, 3-4.

B – Sí, sí, claro.

A – Pues entonces: quien *fue débil* en la carne, en cuanto hombre, *vive por el poder de Dios*, que no es un poder ajeno, sino que le es connatural, porque Él es Dios en la carne.

B – Sin embargo, se dice que es el Padre quien lo resucitó. Está escrito: *Conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre* [246].

A – Enseñamos nosotros que Él es el poder vivificador del Padre y que, por naturaleza, resplandece con las dignidades paternas, aunque se haya hecho carne. Cosa ésta que Él mismo testimonia cuando dice: *Porque como el Padre resucita a los muertos, así también el Hijo da la vida a los que quiere* [247]. Y que eso es algo que Él puede cumplir sin pena, lo declara a la multitud de los judíos diciendo: *Destruid este templo y yo lo reconstruiré en tres días* [248]. Por lo demás, una vez resucitado, se sentó *a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre* [249]. ¿Se estará hablando en esas palabras de otro Hijo distinto del Verbo engendrado por el Padre, honrado por una simple unión y que ha recibido el nombre de

246. Ef 1, 19-21.
247. Jn 5, 21.
248. Jn 2, 19.
249. Ef 1, 20-21.

la divinidad por un don gratuito? ¿No será, más bien, el mismo verdadero Hijo por naturaleza, *hecho semejante a los hombres y aparecido en forma de hombre*[250] en razón de la economía salvadora?

B – Probablemente ellos te responderán que se habla del descendiente de David, hombre unido al Verbo en igualdad de honores y al que conviene también el haber sufrido la muerte.

A – Como ya dije en su lugar, si se habla de que a alguien le ha sido conferida una igualdad de prerrogativas, será necesario admitir que numéricamente nos hallamos ante uno más uno y no ante uno solo. Yo, al menos, cuento dos y de naturaleza desigual porque quien recibe el honor es inferior a quien lo da. Pues bien: dado que es uno solo el que se sienta en el trono, que nos digan nuestros adversarios quién es el que es honrado sobre ese trono supremo, quién se sienta junto al Padre. A todas luces resulta absurdo pretender que se rindan los mismos honores al esclavo que al dueño, a la criatura que al Creador, al siervo que al rey de todo cuanto existe, a quien en todo está sometido a los demás que a quien está por encima de todos.

B – Desarrolla, por favor, ese argumento.

El Unigénito sacrificado por nosotros

A – Aunque estoy seguro de que he tratado ya claramente este asunto, sin embargo, no tengo repa-

250. Flp 2, 7.

ro alguno en añadir todavía otras consideraciones. Revestido, por así decirlo, de una armadura, emprenderé la noble tarea de defender los dogmas sagrados y mantendré la verdad contra quienes alientan opiniones perversas. El mismo Verbo Unigénito de Dios, sin intervención en la economía salvadora de ningún otro ser distinto de Él, y que le esté unido accidentalmente, destruyó el imperio de la muerte, como Él mismo enseña: *Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna*[251]. Si tanto exalta Él el amor al mundo de Dios Padre, si lo declara inmenso e inagotable, ¿por qué nuestros adversarios quieren mermarlo diciendo que no fue el verdadero Hijo quien se sacrificó por nosotros, sino que uno de los nuestros obtuvo la gracia de la filiación de modo sólo ocasional y extraordinario, y sustituyen por él al Hijo por naturaleza, cuando fue el Unigénito quien se sacrificó por nosotros? Juan escribió claramente: *Dios Unigénito que está en el seno del Padre*[252]. ¿Cómo no asombrarse de la ignorancia de quienes quieren expulsar de la economía salvadora al Dios Verbo Hijo Unigénito, para sustituirlo, como he dicho, por alguien cualquiera que resplandece con una gloria que le es ajena y que posee el título de divinidad sólo de forma prestada? ¿Qué habrá de grande y admirable en el amor del Padre, si dio por la salvación del

251. Jn 3, 16.
252. Jn 1, 18.

mundo sólo una parte del mundo y bien pequeña, por cierto? Podría, incluso, llegar a decirse que el mundo se redimió sin necesidad de Dios, bastándole con una de sus partes humanas.

B – Contestarán ellos que el Unigénito fue dado por el Padre para administrar nuestras cosas y no para sufrir Él, en su propia naturaleza, las debilidades humanas.

A – ¡Claro que no puede sufrir en su propia naturaleza! Estando, en cuanto Dios, desprovisto de cuerpo, queda por completo al margen de cualquier sufrimiento. Pero como, según sus propias palabras expresadas por la lira del salmista, el Padre le preparó un cuerpo [253], adquirió ese cuerpo para poder cumplir su voluntad [254]. Ésa era la redención mediante la cruz preciosa y el perfecto cumplimiento de la recapitulación del universo por Él y en Él. Todo lo dicho halla su fundamento en aquel excelente Pablo, que dice: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los*

253. Cf. Hb 10, 5.
254. Cf. Hb 10, 7 y Sal 39, 8.9.

cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre[255]. ¿Quién puede ser, según tu opinión, el que siendo de condición divina igual al Padre, no retuvo ávidamente una dignidad tan trascendente y divina, una supremacía tal en relación con todos los seres? ¿No será el Verbo de Dios engendrado por el Padre? ¿Cómo no es esto evidente para todos? Él es, Él, que era de la misma naturaleza que el Padre, que le es igual, quien tomó forma de esclavo y no por una unión accidental, *sino hecho semejante a los hombres y aparecido en forma de hombre* –siendo Dios al mismo tiempo– *se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz*[256].

B – Pero, dicen ellos, se afirma de Él que *Dios le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble*[257]. ¿Cómo puede entenderse que el Verbo, o sea Dios, reciba algo? Hay que concluir que el nombre sobre todo nombre ha sido dado al hombre asumido, para evitar caer en el error que supondría atribuir alguna inconveniencia al Unigénito.

A – ¿Y no será mejor decir que el Padre ha dado ese nombre al Hijo por naturaleza, hecho hombre por nosotros, para que así se le tenga como Dios también en su humanidad, y se le reconozca poseedor de las excelencias de la gloria, aunque se haya

255. Flp 2, 5-11.
256. Flp 2, 7-8.
257. Flp 2, 9-10.

sometido a la humillación de hacerse semejante a nosotros, para evitar que los ángeles y los hombres piensen que se trata de un Dios recientemente aparecido y que no posee la gloria como consustancial, sino como cosa accidental y que le ha sido otorgada por un acto de la voluntad de Dios Padre?

B – ¿Habremos de decir, entonces, que el nombre sobre todo nombre le ha sido dado al Verbo engendrado por Dios Padre?

A – Así es. Con ello no nos apartaremos de la verdad, pues sabemos a ciencia cierta que Él no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que, por decirlo así, se abajó a un estado sin gloria en su manifestación humana. Por eso dijo: *El Padre es mayor que yo* [258], aunque de hecho, siendo como es igual al Padre según su naturaleza, le asiste el derecho de ponerse por encima de cualquiera y de preciarse de la gloria divina. Era necesario que quien se había abajado por nosotros hasta la condición humana, no aparentara quedar privado de la gloria y excelencia que a su naturaleza correspondían, sino que por el contrario, conservara en su anonadamiento, semejante al nuestro, la plenitud divina, y en su humillación, la sublimidad. Era también necesario, que correspondiéndole por naturaleza ser adorado, lo fuera también en su humanidad como un don recibido. De hecho, ante Él toda rodilla se dobla en el cielo y en la tierra, y todos los órdenes lo glorifican. Porque por la fe Jesucristo es Señor en la gloria de Dios

258. Jn 14, 28.

Padre. Y por eso dijo a Dios Padre que está en el cielo: *Padre, glorifícame con la gloria que tenía junto a ti antes que el mundo fuese* [259]. Dime: ¿era anterior al mundo el nombre del que ellos dicen que fue asumido por el Unigénito por una relación accidental?

B – De ningún modo.

Gloria por toda la eternidad

A – ¿Quién es, entonces, el que pide una gloria que, según sus propias palabras, poseía antes de la formación del mundo, siendo desde siempre y por toda la eternidad junto a Dios? ¿No será el Verbo de Dios, coeterno al Padre, que coexiste con Él en el mismo trono y del cual dice el sapientísimo evangelista Juan: *El Verbo era junto a Dios, y el Verbo era Dios* [260]?

B – ¿Quién podrá dudarlo?

A – Como siendo Señor de la gloria, que ha descendido en el tiempo hasta la humillación de la forma de esclavo, pide poseer la gloria que desde siempre le pertenecía, para hacerla proporcionada a la naturaleza humana, así también, siendo Dios desde siempre, asciende desde nuestra limitada condición hasta la gloria excelente de la divinidad para que, como consecuencia, ante el único y verdadero Hijo por naturaleza, aunque encarnado y hecho se-

259. Jn 17, 5.
260. Jn 1, 1.

mejante a nosotros, toda rodilla se doble, como ya he repetido. Así, en mi opinión, si esto creemos y pensamos, libraremos al cielo y a la tierra de adorar a un hombre. Pues está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo darás culto* [261].

B – Una afirmación de tal envergadura requiere una explicación más amplia. Te ruego, por eso, que expliques el misterio con otras pruebas.

A – No tengo reparo en continuar, y lo hago gustoso. Digo que ésos se han alejado de la verdad al haber agregado al Hijo por naturaleza, es decir al Unigénito, otro Hijo, el descendiente de David. Y, sin embargo, la Sagrada Escritura clama abiertamente: *El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo* [262]. Es más, el Hijo en persona dice: *He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. La voluntad del que me envió es que no pierda a ninguno de los que me dio, sino que los reúna en el último día* [263]. Según ellos, ¿quién es el bajado del cielo? Pues, por lo que hace al cuerpo, nació de una mujer.

B – Evidentemente, se trata del Verbo del Padre que viene de Dios. Me parece a mí que no es otra la opinión que quieren mantener ellos.

A – Exacto, querido amigo. Pero el sapientísimo Juan escribió en algún lugar: *Quien procede de lo alto está por encima de todos* [264]. Entonces, si el

261. Mt 4, 10; cf. Dt 6, 13.
262. 1 Co 15, 47.
263. Jn 6, 38-39.
264. Jn 3, 31.

Padre quiere resucitar todo lo que le ha dado y es esto algo bueno, pues salvar es cosa que conviene a Dios, ¿por qué dijo Cristo que había venido no para hacer su voluntad sino la del Padre? ¿Podrá alguno de nosotros pensar que frente a la clemencia de Dios Padre, se queda atrás el Hijo nacido de Él y no se comporta como bueno ni pretende resucitar y librar de la corrupción a los que le han sido dados?

B – Existe el peligro de pensar así.

A – Nosotros, en cambio, razonamos del modo que sigue: si es Él el retoño de un buen Padre, bien puede decirse que Él también sea bueno, es más, la bondad misma. *Por el fruto se reconoce el árbol* [265], dice el propio Cristo. Dijo verdad cuando dijo: *Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa* [266].

B – Tienes razón, pero aclárame tu argumentación, que me parece un poco oscura.

A – Sostenemos nosotros que el Hijo no venció a la muerte o libró el cuerpo del hombre de la corrupción del pecado a su pesar. Porque, como está escrito: *Él no se alegra de la muerte de los que viven y las criaturas del mundo son saludables* [267]. *La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo* [268]. Y no había otro modo de vencer al poder funesto de la muerte, sino la Encarnación del Unigénito. Por eso apareció semejante a nosotros e

265. Mt 12, 33.
266. Jn 14, 9; 10, 30.
267. Sb 1, 13-14.
268. Sb 2, 24.

hizo suyo un cuerpo sometido a la corrupción según las leyes naturales, para que, siendo Él la vida misma, por haber sido engendrado de la vida del Padre, introdujera con aquel cuerpo el bien que le pertenece, o sea la vida. Luego, habiendo sobresalido por su benevolencia y amor hacia los hombres, hasta el punto de hacerse semejante a nosotros, debió soportar también el sufrimiento y los insultos que le acarreó la impiedad de los judíos. El deshonor que comportaba el sufrimiento le resultó extremadamente duro. Y por eso, llegado el tiempo en que debía soportar la cruz para la vida de todos, para que se viera que su voluntad era contraria al sufrimiento, se acercó a ella como lo haría cualquier otro hombre y a modo de súplica dijo: *Padre, si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya* [269]. Quien había venido del cielo se declara dispuesto a cumplir algo que le producía dolor, para así lograr para quienes están en la tierra la resurrección que Él, Él sólo, instauró en favor de la naturaleza humana. Pues se hizo *el primogénito de entre los muertos* [270] según la carne, y *primicia de los adormecidos en el sueño de la muerte* [271].

B – Por tanto a Él y no a ningún otro debe atribuirse la pasión en cuanto se manifestó como hombre, aunque como Dios permaneció siendo impasible.

269. Mt 26, 39.

270. Col 1, 18: Cristo fue el primero en resucitar.

271. 1 Co 15, 20: Cristo resucitó de entre los muertos, no como un individuo aislado, sino como primicia a la que debe seguir la resurrección de todos los fieles difuntos.

A – Exactamente. Recuerda, además, lo que dice la Escritura inspirada: *Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida* [272].

B – ¿Habremos de decir que es el Verbo de Dios quien es denominado «segundo Adán»?

A – Sí, pero como ya dije, no por sí mismo, sino en cuanto se hizo semejante a nosotros. Decimos que es Él mismo, porque vivificar no puede atribuirse al hombre, sino sólo a Dios. Pero, además, se le llama también segundo Adán porque, habiendo nacido de Adán según la carne, es el segundo comienzo de los habitantes de la tierra, porque en Él la naturaleza del hombre fue fundada en una vida nueva en la santificación y en la incorruptibilidad mediante la resurrección de los muertos. Fue abolida la muerte, porque la Vida por naturaleza no toleró que el cuerpo que le era propio quedara sometido a la corrupción. No cabía que Cristo padeciera el imperio de la muerte [273], en palabras del divino Pedro. Y así, el beneficio logrado para Él pasó también a nosotros.

B – Es indudable que tienes razón.

A – Préstame ahora atención, que voy a exponer un punto nuevo.

B – ¿De qué se trata?

A – En cierto lugar, dice Cristo a los santos apóstoles: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del*

272. 1 Co 15, 45.
273. Cf. Hch 2, 24.

Espíritu Santo [274]. Nosotros hemos sido bautizados en el nombre de la Trinidad santa y consustancial, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¿no es verdad?

B – Ciertamente.

A – ¿Y no es verdad que consideramos Padre al que ha engendrado e Hijo al Dios Verbo Unigénito engendrado por el Padre según la naturaleza?

B – Sí, así es.

Bautizados en la muerte de Cristo

A – Entonces, ¿cómo dice san Pablo que hemos sido bautizados en su muerte? *Todos nosotros* –dice– *bautizados en Cristo, fuimos bautizados en su muerte* [275]. Pero habiendo *un solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo* [276], no cabe que se diga que hemos sido bautizados en otro hijo distinto, que procede del linaje de David. Siendo Dios incompatible por naturaleza con el sufrimiento, cuando quiso, para salvar a los sometidos a la corrupción, se hizo en todo semejante a los habitantes de la tierra y se sometió a ser engendrado según la carne por una mujer. Y, como he dicho, hizo suyo un cuerpo capaz de gustar la muerte, pero también capaz de resucitar, para que, aun perma-

274. Mt 28, 19.
275. Rm 6, 3.
276. Ef 4, 5.

neciendo impasible, pudiera decirse en razón de su carne que se sometió al sufrimiento. De este modo salvó lo que estaba perdido [277]. Por eso dijo: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas* [278]. Y también: *Nadie me arrebata la vida. Yo la entrego. Tengo poder para entregarla y para volverla a tomar* [279]. Y eso de tener poder para dar la propia vida y para volverla a tomar, no es de un hombre común, de uno como nosotros. Sin embargo, el Unigénito la dio y la volvió a tomar, liberándonos así de los lazos de la muerte. Y fácilmente puede verse que eso estaba anunciado, aunque entre velos, en el pasado, en los libros de Moisés[280]. La sangre del cordero libró de la muerte y de la corrupción a los israelitas, distinguiéndolos a los ojos del exterminador. Ese episodio es figura de Cristo. *Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado* [281] para derribar el tristísimo imperio de la muerte y ganar para Cristo, mediante su propia sangre, todo cuanto existe bajo el cielo. *Hemos sido rescatados a gran precio* [282] y *ya no nos pertenecemos a nosotros* [283]. *Uno murió por todos* [284], el mejor de todos, *para que quienes viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió y resucitó por*

277. Cf. Mt 18, 11.
278. Jn 10, 11.
279. Jn 10, 18.
280. Cf. Ex 12, 23.
281. 1 Co 5, 7.
282. 1 Co 6, 20.
283. 1 Co 6, 19.
284. 2 Co 5, 14.

ellos [285]. También Pablo está conforme con esto cuando dice: *Yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí* [286]. Todos somos de Cristo y por Él hemos sido reconciliados con el Padre, porque padeció por nosotros en su carne para presentarnos después de habernos purificado. Porque está escrito: *Por eso, también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta* [287]. Y también: *Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos, por vuestros pensamientos y malas obras, os ha reconciliado ahora, por medio de la muerte en su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprensibles* [288]. Observa cómo se habla de su propia carne y de su propia sangre entregada por nosotros, para que nadie diga que es de otro hijo distinto de Él, considerado diverso y honrado por una simple unión con una gloria que le es ajena, y una excelencia que no le es esencial, para que nadie diga que lleva el nombre de Hijo y de Dios trascendente como una especie de

285. 2 Co 5, 15.

286. Ga 2, 19-20.

287. Hb 13, 12. Este último extremo, el de que Jesús consumara su sacrificio fuera de la ciudad santa, fuera de Jerusalén, apunta a otra relación con el pasado; igual que en el rito hebreo de la expiación, la carne de las víctimas inmoladas era quemada fuera del campamento, Jesús cumplió el rito de su sacrificio fuera de Jerusalén.

288. Col 1, 21-22.

vestido, como una máscara que se pone. Si es de naturaleza tal y como la interpretan nuestros adversarios, mal podría aplicarse la frase de *yo soy la verdad* [289]. ¿Cómo puede llamarse veraz a quien no es lo que dice ser, sino sólo un bastardo que se arroga un nombre falso? Pero Cristo es la verdad y, como Dios, se halla por encima de todos. Siguió el Verbo siendo quien era, aunque se hizo hombre. De suerte que quien está por encima de todos y se colocó en virtud de su humanidad a la altura de todos, pudo conservar a salvo su trascendencia que supera los límites de lo creado.

B – Pero advierte que si se dice que ha padecido, se hace caer al Dios Verbo en una profunda ignominia y, además, se desacredita nuestro venerabilísimo misterio.

A – Según las Escrituras [290]: despreciando la ignominia quiso sufrir por nosotros en su carne. Además, tengo para mí que sólo la mente enferma de un judío o la inmensa y vergonzosa ignorancia de un griego pueden pensar que sea motivo de ignominia la muerte en cruz. Así escribe el divino Pablo: *Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles. Mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la*

289. Jn 14, 6.
290. Cf. Hb 12, 2; 1 P 4, 1.

sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres [291].

B – No logro entender cómo es eso.

Más allá de nuestras posibilidades

A – ¿No dices que el sufrimiento en la cruz fue motivo de escándalo para los judíos y locura para los griegos? Los primeros, al ver a Cristo colgado de la cruz, movían hacia Él sus cabezas homicidas y decían: *Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz y creeremos en ti* [292]. Pensaban que habiendo sido apresado y sometido a tortura, debía desconfiarse de su fuerza. Se equivocaban al no reconocerlo como verdadero Hijo de Dios y al atender sólo a su carne. Los segundos, los griegos, incapaces por completo de penetrar en la profundidad del misterio, consideran locura que hablemos de que Cristo ha muerto para dar vida al mundo. Y, precisamente, lo que parece locura es sabiduría superior a toda la de los hombres. Porque todo el asunto que atañe a Cristo Salvador de todos nosotros, es profundísimo y está lleno de una sabiduría sin par. Y lo que consideró debilidad el pueblo judío es más fuerte que los hombres. El Verbo Unigénito de Dios nos ha salvado revistiendo nuestra semejanza para que, sufriendo en su carne y resucitando de entre los muertos,

291. 1 Co 1, 22-25.
292. Mt 27, 40.42.

mostrase nuestra naturaleza victoriosa de la muerte y de la corrupción. Ciertamente lo que llevó a cabo está por encima de nuestra capacidad. Por eso, lo que parecía haberse cumplido por una debilidad igual a la nuestra y en el sufrimiento, es más fuerte que los hombres y demostración del poder de Dios.

B – Pero, dicen, ¿cómo es posible que una misma persona haya sufrido y no haya sufrido?

A – Porque sufrió en su carne, no en su naturaleza divina. Se trata de algo absolutamente inefable y ninguna mente es capaz de desentrañar cosas tan sutiles y elevadas. Siguiendo los caminos que conducen a la ortodoxia, y ateniéndonos con sumo cuidado a la lógica de la conveniencia, no tendremos por qué negar la posibilidad de que se diga que el Verbo ha padecido. No diremos que su nacimiento según la carne, anterior a la pasión, no le pertenece a Él, sino a otro. Pero tampoco atribuiremos a su naturaleza divina y trascendente las acciones cumplidas por la carne. Pensaremos, como ya he dicho, que sufrió en su carne, aunque no en su divinidad, de un modo muy similar a lo que a continuación voy a exponer. Es verdad que cualquier ejemplo es inadecuado y queda muy lejos de la verdad. Pero me viene a la cabeza una comparación que, aun siendo débil reflejo de la realidad, tal vez pueda ayudarnos a que, partiendo, por así decirlo, de lo que tenemos a mano, nos ayude a alzarnos hasta las alturas de lo que supera nuestro entendimiento. Igual que el hierro o cualquier otra materia semejante, sometido a la acción del fuego, recibe en sí el fuego y soporta con dolor la llama y si es golpeado

por alguien, el metal padece el daño, pero no el fuego que en él subsiste, así sucede también en cierto modo con el Hijo, cuando se dice de Él que sufre en la carne pero no en la divinidad. Ciertamente, la fuerza de la comparación, como ya he advertido, no es demasiada [293], pero sirve para acercar en algún modo a la verdad a quienes no rechazan las Sagradas Escrituras.

B – Dices bien.

A – Si la carne que está unida al Verbo de modo inefable, más allá de todo entendimiento e inteligencia, no llega a ser suya sin intermediario alguno, ¿cómo podrá decirse de ella que es vivificadora? *Yo soy* –dice Él– *el pan vivo bajado del cielo que da la vida al mundo. Quien coma de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo* [294]. Pero si la carne es la de otro hijo y le está unida accidentalmente por conexión, y la igualdad de honores la tiene por un don gratuito, ¿cómo puede ser que el Verbo llame a esa carne la suya propia, Él que no sabía mentir? Y, por otra parte, ¿cómo puede la carne de otro cualquiera dar la vida al mundo, si no es la carne de la vida, del Verbo nacido del Padre, del cual dice el divino Juan: *Sabemos que el Hijo de Dios ha veni-*

293. El ejemplo sirve para mostrar que en Cristo, aunque las dos naturalezas estén unidas en una sola persona, permanecen con sus propiedades cada una. Igual que el hierro unido al fuego conserva su naturaleza, así también la divinidad. Y como el fuego no padece ningún daño, a pesar de haberse hecho una sola cosa con el hierro, así también la naturaleza divina.

294. Jn 6, 51.33.

do y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la Vida eterna[295].

B – Pero me imagino que a eso responderían tal vez que Cristo mismo dijo muy claramente: *En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*[296]. Por tanto, dicen, puede concluirse de ahí que ese cuerpo y esa sangre preciosa no pertenecen tanto al Dios Verbo cuanto al hombre que le está unido.

A – Entonces, ¿en qué consiste *el gran misterio de piedad*[297]? Pues, a lo que parece, hay que suprimir el anonadamiento del Dios Verbo, que es de la misma condición que el Padre e igual a Él, pero que por nosotros decidió tomar forma de esclavo y hacerse semejante a nosotros, tomar parte en la carne y en la sangre y procurar así a todos, los frutos de la economía salvadora de la Encarnación. Gracias a ella, todo ha sido salvado, porque el Padre recapituló en Él todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, según está escrito[298]. Si dicen que no es el Unigénito quien, hablando como Dios y como hombre al mismo tiempo, dice: *El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo*[299], sino otro cualquie-

295. 1 Jn 5, 20.
296. Jn 6, 53.
297. 1 Tm 3, 16.
298. Cf. Ef 1, 10.
299. Jn 6, 51.

ra distinto de Él, un hijo del hombre completamente al margen, que sería quien nos habría salvado, ese tal, según la Escritura, no sería el Señor, sino uno de nosotros. Las criaturas sometidas a la corrupción no tendrían la vida de Dios, que es el único capaz de darla, sino la de uno cualquiera, sometido también a la corrupción y que, como nosotros, habría recibido la vida por la gracia. Si, por el contrario, es verdad lo que dicen las Escrituras de que el Verbo se hizo carne y *apareció sobre la tierra y vivió entre los hombres* [300], Él, teniendo como propia la forma de esclavo, será llamado también Hijo del hombre, por mucho que algunos lo soporten mal, exponiéndose por ello a la acusación de ignorancia. Pues no hubo otro modo de conseguir que la carne fuera vivificadora, siendo como es de suyo carne necesariamente sometida a la corrupción, sino haciendo que perteneciera al Verbo, que vivifica todas las cosas. La carne cumplió las acciones del Verbo, siendo portadora del poder vivificador del Verbo. No es de extrañar que el fuego, al entrar en contacto con cosas que de suyo no son calientes, las haga tales, pues introduce en ellas, y con abundancia, la potencia de la energía que le es propia. Siendo esto así, ¿por qué el Verbo, que es Dios, no habría de ser capaz de introducir todavía mejor su poder y acción vivificadora en la carne que le es propia, puesto que se unió a ella sin confusión ni cambio, en un modo que sólo el mismo Verbo conoce?

300. Ba 3, 38.

B – Ha de admitirse, por tanto, que, sin ningún intermediario, el cuerpo vino a ser perfectamente propio del Verbo que proviene del Padre, a pesar de que se trata de un cuerpo concebido como vivificado por un alma intelectual.

El cuerpo es propio del Verbo

A – Así es, si queremos atenernos al discurso infalible de la fe, si somos admiradores de los principios de verdad, si no nos apartamos de la doctrina determinada por los santos Padres ni, atraídos a ideas falsas por los desvaríos de algunos, abandonamos el camino real, sino que, por el contrario, procuramos edificar sobre la misma piedra fundamental, Cristo. *Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo* [301], según escribió con precisión el *experto arquitecto* [302] iniciador de los misterios de Cristo. Creemos nosotros, por tanto, que el Hijo de Dios Padre es solamente uno y que hay que concebir como una única persona a nuestro Señor Jesucristo, engendrado divinamente por Dios Padre como Verbo antes de todos los siglos y del tiempo, y nacido, Él mismo, en los últimos tiempos del mundo, de la carne de una mujer. Al mismo atribuimos lo humano y lo divino, y confesamos ser suyos el nacimiento en la carne y el sufrimiento en la cruz, pues hizo suyo todo lo perteneciente a la carne,

301. 1 Co 3, 11.
302. 1 Co 3, 10.

aunque por cuanto hace a su naturaleza divina, permaneció impasible. Así pues, *al nombre de Jesús toda rodilla se doble, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre* [303]. Amén.

303. Flp 2, 10-11.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
19, 26: 33.

Éxodo
3, 1: 70.
4, 3: 34.
12, 23: 141.
16, 8: 60.

Números
16, 11: 60.

Deuteronomio
5, 15: 32.
6, 13: 136.
8, 3: 27.
10, 22: 69.
18, 15-19: 96.
21, 23: 37.

Josué
1, 5: 32.

1 Samuel
8, 5: 60.
8, 7: 61.

1 Reyes
19, 10: 30.

Salmos
20, 12: 70.
21, 8: 111.
21, 19: 111.
39, 8.9: 132.
44, 7-8: 53.
49, 2-3: 117.
62, 9: 62.
80, 10: 61, 81.
89, 1: 34.
93, 22: 34.
103, 15: 27.
104, 15: 51.
135, 12: 32.

Proverbios
9, 18: 29.

Sabiduría
1, 13-14: 137.
2, 24: 137.

Isaías
7, 14: 32.
8, 14-15: 99.
24, 13-14: 102.
42, 8: 66.
44, 20: 28.
60, 1-2: 102.
63, 9: 116, 125.

Jeremías
8, 23: 66.
23, 16: 118.

Baruc
3, 38: 30, 148.

Joel
1, 5: 95.
3, 1: 69.

Amós
7, 14-15: 64.

Habacuc
1, 5: 45.
2, 6: 29.
3, 13: 51.

Sofonías
2, 1-2: 63.

Mateo
1, 21: 82.
1, 23: 32.
4, 4: 27.
4, 10: 136.
10, 28: 105.
12, 33: 137.
13, 41: 93.
13, 55: 117.
14, 33: 92.
16, 14: 117.
16, 16: 92.
16, 17: 92.
16, 22: 106.
16, 23: 107.
16, 24: 105.
16, 27: 93.
17, 26: 65.
18, 11: 141.
19, 4: 46.
20, 18-19: 106.
21, 38: 74.
22, 29: 70.
22, 42: 75.
22, 43-45: 75.
22, 45: 76.
23, 9: 47.
25, 40: 61.
26, 38: 106.
26, 39: 106, 138.
27, 40.42: 144.
27, 46: 103, 105, 108.
28, 19: 140.

Marcos
7, 15: 59.
10, 33-34: 106.

Lucas
1, 15: 98.
1, 30-31: 82.
1, 35: 46.
1, 76: 113.
2, 52: 114.
8, 10: 52.

Juan
1, 1: 135.
1, 2: 41.
1, 11-12: 73.
1, 12: 47.
1, 13: 47.
1, 14: 33, 37, 53, 57, 67, 82.
1, 16: 53, 87.
1, 18: 131.
1, 29-30: 113.
1, 29-31: 91.
1, 32-34: 99.
2, 19: 128, 129.
3, 12: 90.
3, 13: 90.
3, 16: 131.
3, 31: 45, 98, 136.

4, 6: 110.
4, 22: 125.
5, 21: 129.
5, 46: 58.
6, 38-39: 136.
6, 42: 117.
6, 51: 148.
6, 51.33: 146.
6, 53: 147.
8, 40: 111.
8, 58: 90.
10, 11: 141.
10, 18: 141.
10, 30: 137.
10, 32: 111.
10, 33: 88.
10, 37-38: 93.
10, 38: 93.
13, 31-32: 128.
14, 6: 87, 143.
14, 9: 111, 137.
14, 23: 96.
14, 28: 134.
17, 5: 80, 135.
20, 17: 47.
20, 22-23: 100.

Hechos de los Apóstoles
2, 24: 139.
3, 22: 96.
10, 38: 94.
13, 41: 45.
20, 30: 28.

Romanos
1, 16: 128.
1, 21-23: 28.
1, 22: 86.
1, 28: 66.
5, 14: 109.
5, 15: 109.
6, 3: 140.
6, 5: 42, 123.
7, 23: 42.
8, 2-3: 42.
8, 3: 44, 85.
8, 3-4: 84.
8, 15: 72.
8, 32: 56, 122.
9, 5: 78, 125.
10, 6-9: 58.
10, 8: 40.
15, 15-16: 113.

1 Corintios
1, 13: 90, 112.
1, 18-24: 128.
1, 22-25: 144.
2, 8: 125.
3, 10: 149.
3, 11: 149.
3, 16: 95.
4, 7: 86, 88.
5, 7: 141.
5, 15: 141.
6, 17: 62.
6, 19: 141.
6, 20: 116, 141.
8, 5-6: 81.
8, 6: 94.
15, 10: 87.
15, 20: 138.
15, 22: 109, 123.
15, 45: 39, 139.
15, 47: 136.
15, 48: 49.
15, 49: 44, 48.
22, 25: 144.

2 Corintios
1, 19: 86.
4, 6: 112.

4, 16: **69.**
5, 14: **141.**
5, 15: **142.**
5, 17: 84, 108, 122.
5, 21: 37, 56, 122, 123.
8, 9: **42.**
10, 4-5: 99.
13, 3-4: 128.

Gálatas
1, 1: 115.
1, 11-12: 115.
2, 19-20: 142.
3, 13: 37.
4, 4: 44.
4, 4-5: 54.
6, 14: 118.

Efesios
1, 10: 147.
1, 19-21: 129.
1, 20-21: 129.
1, 21: 54, 59, 75.
3, 14-17: 72.
4, 5: 113, 140.
5, 1-2: 116.
5, 2: 116.

Filipenses
2, 5-8: 35, 82.
2, 5-9: 79.
2, 5, 11 133.
2, 7: 64, 79, 80, 112, 130.
2, 7-8 133.
2, 8: 57.
2, 8-9: 78.
2, 9-10: 133.
2, 10-11: 150.

Colosenses
1, 15: 112.
1, 15-18: 124.
1, 18: 48, 138.
1, 21-22: 142.

1 Timoteo
3, 16: 58, 147.

Tito
2, 11-13: 85.

Hebreos
1, 3: 35, 80, 112.
1, 5.13: 75.
2, 9.10-17: 121.
2, 10: 118.
2, 11: 99.
2, 11-12: 53.
2, 14: 84.
2, 14-17: 41.
2, 17: 97, 111.
3, 1: 96.
4, 15: 111.
5, 7: 106.
5, 7-9: 103.
9, 23: 120.
9, 23-26: 119.
10, 5: 132.
10, 7: 132.
10, 14: 122.
10, 19-20: 117.
10, 28-29: 125.
12, 2: 35, 57, 124, 143.
13, 4: 46.
13, 8: 89.
13, 12: 142.

Santiago
2, 1: 102.

1 Pedro

1, 18-19: 116.
2, 20-21: 104.
2, 22: 87, 108.
3, 18: 126.
4, 1: 125, 143.
4, 14: 102.

2 Pedro

2, 1: 66.
22, 21-22: 29.

1 Juan

1, 7: 44.
2, 19: 29.
4, 2-3: 83.
4, 14-15: 83.
5, 20: 147.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: 60.
Abraham: 40, 54, 56, 57, 90, 121.
Adán: 39, 43, 47, 49, 108, 109, 123, 139.
adopcionistas: 9, 11.
Alejandría: 5, 6, 7, 10.
alejandrina (escuela) y el pensamiento platónico: 10; y la interpretación alegórica de la Sagrada Escritura: 10.
alma humana de Cristo: 11, 35, 50, 54, 68, 83, 113, 149, n. 27, n. 204.
Anastasio II: 20.
anatemas (contra Nestorio): 13.
ángel: 51, 98, 125.
ángeles: 40, 58, 75, 93, 120, 121, 134.
anonadamiento: 30, 35, 38, 41, 47, 52, 54, 57, 65, 67, 80, 87, 97, 101, 102, 104, 107, 110, 111, 123, 134, 147.
Anthropotokos: 18.
antioquena (escuela) y la filosofía aristotélica: 10; y la interpretación literal de la Sagrada Escritura: 10; forman parte Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia: 17.
Antioquía: 6, 7.
Apolinar y apolinarismo: 11, n. 27, n. 204.
apóstatas: 28.
apóstol: 51, n. 55.
arrianos: 16.
Arrio: 10.
Atanasio: 13.
Aubert J.: 22.

Bardenhewer O.: 23.
bautismo, bautizar: 140; bautizados en la muerte de Cristo: 140.
Belén: 95

Calcedonia: 5.
carne: victoriosa sobre la muerte y sobre el pecado: 35; el Verbo no permitió que la carne permaneciese mortal y corruptible: 39; precio de redención: 121; velo de la divinidad: 117.
Celestino papa: 13.
Celso: 9.
Christotokos: 18.
ciencias sagradas: no se está nunca satisfecho: 27.
Cirilo: lugar de nacimiento: 5; antes del patriarcado de Alejandría: 5; a partir del año 429: 6; depuesto por

Juan de Antioquía: 6; depuesto por Teodosio: 6; vuelve a Alejandría (30-10-431): 7; suscribe una profesión de fe: 7; muerte: 7; Cirilo y Crisóstomo: 5, 6; Cirilo y Juan de Antioquía: 6; Cirilo y Juliano: 8; Cirilo e Hypatia: 6; Cirilo e Isidoro de Pelusio: 5; Cirilo y Nestorio: 6, 7, 8, 11; Cirilo y los novacianos: 6; Cirilo y sus escritos: 7, 8, 9; ligado a la tradición alejandrina en la interpretación alegórica del A. T.: 7, 8; prefiere el sentido literal en la interpretación del N. T.: 8; Cirilo y sus cartas: 8, 9; Cirilo y las tres apologías: 8, 13; Cirilo y la doctrina cristológica: 15; el estilo: 23; Cirilo y la cultura: 27, 28;
Codex Vaticanus 1431: 21.
comparación del fuego: 148.
comparación del hombre compuesto de alma y cuerpo: 69.
composición del diálogo: 17.
comunicación de los idiomas: 7, n. 188.
Concilio de Calcedonia: 9, 12, 14, 18, 21.
Concilio de Éfeso: 12.
Concilio de Nicea: 10.
Constantinopla: 5, 12.
consustancialidad del Verbo con el Padre: 10.
Conybeare F. C.: 20.
Crisóstomo: depuesto de la sede de Constantinopla: 5; admitido en los dípticos de la Iglesia de Alejandría: 6.
Cristo: cordero de Dios que quita el pecado del mundo: 91, 113; su alma: 11, 35, 50, 68, 113, n. 27; anterior al tiempo: 89; atributos divinos: 15, 55; atributos humanos: 15, 55; camina sobre las olas del mar: 92; crece en edad, sabiduría y gracia: 114; Dios y hombre: 35, 55, 64, 67, 69-70, 101-102, 111; se hizo maldición: 37, n. 30, n. 31; se hizo pecado: 37, 56, 122, n. 30, n. 31; divinidad: 9; dos naturalezas: 9, 11, 15, 18, 67; generado por una mujer según la carne: 36, 38, 40-43, 55, 83; tomó sobre sí lo que nos pertenece: 42; el mismo ayer y hoy y por los siglos: 89; indiviso: 112; integridad de la naturaleza humana: 11, 49-50; la naturaleza humana es asumida y subsiste en la persona del Verbo: 15; no fue «sí y no»: 86; persona: 10, 11, 12, 14, 15, 149; haciéndose pobre hizo ricos a los hombres: 42-43; el Primogénito entre los muertos: 124, n. 232, n. 271; profeta: 96; resucitado: 129; santificado: 53, 55; según Adán: 108; se hizo hombre: (ver Encarnación); su sufrimiento: 38, 106,

122, 124, 126, 138; todo ha sido llevado a la existencia por medio de Jesucristo: 81-82; unidad personal: 12; hombre celeste: 44; Cristo=ungido: 50-56, 82, 89, 93-94, n. 57.
cruz: (muerte en): motivo de ignominia: 143; motivo de escándalo: 143; necedad: 144.

David (despensero imperial): 20.
David: 50, 52-54, 56, 57-59, 61, 66, 71, 74-77, 79, 80, 86, 88, 89, 91, 100, 118, 126, 130, 136, 140.
debilidad de la carne: 111.
De Durand G. M.: 17, n. 5 (introd.).
diálogo: composición: 17; contenido: 17; contra la doctrina nestoriana: 16; interlocutores: n. 4; texto: 19, 21; ediciones y traducciones: 22-23;
Diodoro de Tarso: 8, 11, 16, 17.
distinción de las dos naturalezas en Cristo: 67-71.
doble hipóstasis: 16.
docetas: 9.
dragón (Nestorio): 31; sostiene que la santa Virgen no es Madre de Dios: 31.
dualismo cristológico: 11.
dualismo hipostático: 12.

economía: 29, 38, 41, 42, 45, 52, 56, 57, 58, 66, 67, 83, 85, 101, 103, 107, 111, 114, 115, 116, 123, 127, 130, 131, 147.
Éfeso: 6.
Ehinger M.: 19, 22.
Elías: 117.
Emmanuel: 31, 32, 67, 69, 92, 98.
Encarnación: comporta también los sufrimientos: 38; y el cansancio: 38; mediante la Encarnación ha sido salvado el género humano: 83; fue prefigurada en la zarza ardiente: 70-71; el misterio de la Encarnación excede la capacidad de nuestra inteligencia: 68; el Hijo se hizo hombre para regenerar nuestro ser a una vida santa: 46; el Verbo decide encarnarse para hacerse semejante a los hombres: 35, 49.
esclavo: Cristo ha honrado al esclavo haciendo propios los rasgos del esclavo: 65
Escrituras: denuncia la ignorancia de los herejes y la ligereza y la locura de sus razonamientos: 30.
Espíritu Santo: dejó encinta a la Virgen: 46; el Hijo fue engendrado por el Espíritu Santo para que los hombres alcanzasen una regeneración del espíritu de Dios mediante el Espíritu: 47; los hombres engendrados por el Espíritu: 48; mediante el Espíritu habita en

nosotros la Trinidad: 95; bautizados en nombre del Espíritu Santo: 139.
Esteban (obispo de Siunik): 20.
Eutiquio: 12.

figuras: de las realidades celestiales: 119; de Cristo en la sangre del cordero: 141.
filiación: 48, 54, 66, 71, 72, 73, 88, 126, 127, 131.
forma de Dios: 35, 79.
forma de esclavo: 35, 36, 45, 56, 57, 61, 64, 65, 66, 79, 97, 112, 121, 133, 135, 147, 148.
fuego (imagen del) que transmite su energía: 148.

Gabriel: 82.
gálatas: 115.
gloria (de la divinidad): 135.

herejía arriana: 10, 152.
herejía nestoriana: 11, 12, 13, 156.
herejías (inventores de las): 28; como lobos feroces: 29; roban las cosas de Cristo: 29.
herejías cristológicas: 9-16.
hijos de Dios: 47, 65, 73.
hombre: celeste (el Verbo bajado del cielo): 44, 48; exterior: 69; interior: 69; terreno: 44, 48.
humanidad: distinta de la divinidad: 67.

impasible, impasibilidad: 126, 140, 150.
inhabitación del Verbo en el hombre: 11, 16.
Isidoro de Pelusio: 5, n. 1.

Jeremías: 117.
Jerusalén: 102, 106, n. 287.
Josué: 32.
Juan Bautista: 91, 98, 99, 100, 113.
Juan de Antioquía: a la cabeza de los obispos de la provincia eclesiástica antioquena depone, en un sínodo, a Cirilo: 6; acepta la condena de Nestorio: 7.
Juan Evangelista: 53, 67, 73, 98, 131, 135, 136, 147.
judíos de Alejandría: 6.

ley del pecado: 49.
Liberato de Cartago: 17.
Lot: 33.

Mahalla el Kubra: 5.
manuscritos del diálogo: 19-23.
María: Anthropotokos: 18; Christotokos: 18; encinta del Espíritu Santo: 46; Madre de Cristo: 31, 50; Madre del hombre: 31; Madre de Dios: 8, 14, 17, 18, 31, 36, 50; sin relación conyugal: 46; Theotokos: 14, 18;
matrimonio: digno de honor: 46; Dios no desprecia el matrimonio: 46; lo honra con su bendición: 46.
mezcla: no existe mezcla entre las dos naturalezas de Cristo: 70.

misterio de Cristo: 45.
misterio de la Encarnación en forma figurativa: 71.
Moisés: 32, 34, 58, 60, 69, 70, 71, 96, 109, 125, 141.
Monacensis graecus 398: 19, 22, n. 9 (introd.).
monofisismo: 11, 12.
morada (teoría de la): 18.
muerte: vencida con la muerte: 42; ha sido abolida: 139; el Hijo ha vencido la muerte: 137-138; sólo la Encarnación del Unigénito podía vencer la muerte: 137-138.

naturaleza: 14, 15.
naturaleza humana: 14, 15.
Nazaret: 95.
nestorianismo: 11.
Nestorio: 6; depuesto por el concilio: 6, 13; depuesto por Teodosio: 6; se encierra en el monasterio de Antioquía: 7; su herejía: 11, 12; niega la maternidad divina de María: 14.
nombre sobre todo nombre: 79.
novacianos: 6.

Orestes: 6.

Pablo: 28, 35, 37, 40, 44, 46, 48, 53, 56, 58, 62, 69, 72, 75, 78, 79, 81, 84, 85, 86, 89, 90, 94, 95, 96, 99, 109, 112, 115, 116, 118, 119, 122, 124, 125, 128, 132, 142, 143.
Padre: por la Encarnación también los hombres pueden llamar a Dios Padre: 47; el Hijo nos ha dado también a su Padre: 47.
paganos: su cultura: 27; su locura: 28.
Palabra de Dios: 27.
Panoplia Dommatica: 21.
parábolas evangélicas: 74.
Pedro: 92, 102, 104, 106, 126, 128, 139.
Pelusio: 5, n. 2 (introd.).
perfecciones divinas (los nombres): 52.
persona: 14.
poetas y la verdad: 28.
potencias celestiales: 58.
primicias: 44, 48.
profetas: 51.
Pusey E. B.: 23.
Pusey P. E.: 22.

Quod unus sit Christus: 19, 21, 22.

recapitulación: 132, 147.
redención: 132.
resucitar, resurrección: 40, 54, 57, 58, 63, 106, 128, 129, 137, 140, 142, 145; n. 232, 270, 271.
retórica (utilidad de la): n. 5.

Samaritana: 125.
Samuel: 60.
sangre: precio de redención: 116; el Hijo actúa con la propia sangre: 117; el Señor nos ha salvado con su sangre: 116.
Santiago: 102.
Schwartz E.: 22.

Serapión el sabio: n. 2 (introd.).
Severo de Antioquía: 21, n. 1 (introd.).
Silvano: 86.
similitud del hierro incandescente: 145, n. 293.
Simón Bar-Jonás: 92.
sínodo de la encina: 5.
Sócrates (historiador): 6.
subordinacionismo: 10.
sufrimiento de Cristo: 38.
supuesto: 14.

templo (comparación del): 129.
templo (teoría): 18.
templo de Dios: 95.
tentación: 103, 105.
Teodoreto de Ciro: 7.
Teodoro de Mopsuestia: 11, 16.
Teodosio: 6, 8, 13.
Teófilo: 5.
Theodosiou: 5.
Theotokos: 14, 18.
Timoteo: 86.
Timoteo Eluro: 21.
tradición indirecta del diálogo: 21.
Trinidad: bautizados en nombre de la Trinidad: 140; problemas relativos a la Trinidad: 52.

ungido, unción: 50-56, 82.
unido (el hombre) al Verbo: 61, 84, 146; es uno más uno: 88.
Unigénito: coeterno con el Padre: 33; él mismo es el descendiente de David: 76-77; engendrado por el Padre: 33; se hizo hombre no para permanecer siempre en ese estado de anonadamiento: 101; se ha hecho carne: 127; nos libró de los lazos de la muerte: 141.
unión: 61, 62, 68, 69, 74, 77, 88, 109, 124, 146.
unión accidental: 12, 127, 133, 146.
unión hipostática: 18; excede la capacidad de nuestra inteligencia: 68.

Vaticanus graecus 596: 19, n. 9 (introd.).
Vatopedinus 390: 19.
velo del templo (comparación del): 117.
Verbo: la persona del Verbo: 15-16; igual a Dios Padre: 29; coeterno con el Padre: 31; algunos herejes le niegan la perfecta identidad de naturaleza con el Padre: 29; otros explican arbitrariamente el misterio de la Encarnación: 30; se ha encarnado: 30, 39-50, 56-57, 81-86; 91-93; 112-115, 121, 128, 134, 140, 144-145, 147-150; en qué sentido decimos que se hizo carne: 35-36; no se ha hecho carne en el mismo sentido en que se ha hecho maldición y pecado: 38; se hizo semejante a nosotros: 35, 65, 127, 137, 139; encarnándose se sometió también al

sufrimiento: 38, 126, 132, 138, 145; es impío y absurdo negar al Verbo su nacimiento de una mujer según la carne: 43-44, 149; dado que Dios no desprecia el matrimonio, escogió para el Verbo una virgen que quedó encinta del Espíritu: 46; fuera de la Encarnación no puede ser llamado Cristo (= ungido): 52-53; la unción conviene al Verbo encarnado: 52-53; no ha asumido a un hombre: 56, 63-65; al encarnarse no fue privado de ninguno de los bienes que por naturaleza le pertenecen: 53, 83, 91, 134, 142; es llamado Hijo del hombre: 82; uno solo y el mismo es el Verbo engendrado por Dios Padre y el descendiente de David: 100; santificado en cuanto hombre y santificador en cuanto Dios: 100; la Encarnación es para nosotros la libertad y la abolición de cuanto le habría sobrevenido a la naturaleza humana como consecuencia de la maldición y la condena: 43; dispensador de la santificación: 100; habita en nosotros: 72; se ha hecho nuestro modelo: 104; destruyó el imperio de la muerte: 131, 137; nos ha salvado revistiendo nuestra semejanza, sufriendo y resucitando de entre los muertos: 144-145.
versión armena: 20.
versión siríaca: 20.
Vulcatius Buenaventura: 19, 22.

Zacarías: 113.
zarza ardiente figura de la Encarnación: 71.
Zigabeno: 21.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5
1. Cirilo de Alejandría 5
2. Sus escritos 7
3. Las herejías cristológicas 9
4. «¿Por qué Cristo es uno?» 16
5. El texto de «¿Por qué Cristo es uno?» 19
a) *Manuscritos* 19
b) *Versiones* 20
c) *La tradición indirecta* 21
d) *Ediciones y traducciones* 22
e) *El estilo* 23

Cirilo de Alejandría
¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?

La Palabra de Dios, alimento del alma 27
El dragón recientemente aparecido 31
El Verbo se ha hecho carne 33
Hablar de acuerdo con la Sagrada Escritura 36
Adán alma viviente: Cristo espíritu vivificante 39
El Verbo de Dios nació de una mujer según la carne 43
La carne del Verbo, carne de un cuerpo de hombre .. 48
Cristo por la unción 50
El misterio de la economía de la salvación en la carne 56

Adoración de todo lo creado 60
Tomó forma de esclavo 64
La unión indisoluble 68
Un solo Hijo, un solo Cristo 71
Cristo desciende de David según la carne 76
Jesús es el Verbo Unigénito de Dios 81
El sentido del misterio de Cristo 86
El Verbo encarnado, Dios de Dios 91
Dios Verbo habita en un hombre 95
El Verbo encarnado, dispensador de santidad 100
Triste hasta la muerte 106
Las palabras no pueden separarse de las acciones .. 110
La carne de Cristo sigue las leyes de su naturaleza . 114
Los sufrimientos en la cruz y nuestra salvación 118
La naturaleza del hombre justificada en Cristo 122
Digno rescate por la vida de todos 126
El Unigénito sacrificado por nosotros 130
Gloria por toda la eternidad 135
Bautizados en la muerte de Cristo 140
Más allá de nuestras posibilidades 144
El cuerpo es propio del Verbo 149

ÍNDICE BÍBLICO 151
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 157

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes**, COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno**, HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo**, LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno**, LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.

5 - **San Jerónimo**, COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio**, LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
2.ª Ed., 160 págs.

7 - **Máximo el Confesor**, MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
2.ª Ed., 136 págs.

8 - **Epifanio el Monje**, VIDA DE MARÍA,
2.ª Ed., 200 págs.

9 - **Gregorio de Nisa**, LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 176 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
3.ª Ed., 112 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
2.ª Ed., en preparación.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
2.ª Ed., en preparación.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
2.ª Ed., 176 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
356 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
152 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
136 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
124 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
144 págs.

22 - **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
256 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **San Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
192 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
150 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

29 - **Andrés de Creta,** HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.

30 - **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.

31 - **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.

32 - **Basilio de Cesarea,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

33 - **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.

34 - **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.

35 - **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.

36 - **Dídimo el Ciego,** TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.

37 - **Máximo el Confesor, TRATADOS ESPIRITUALES,**
256 págs.

38 - **Tertuliano, EL APOLOGÉTICO,**
256 págs.

39 - **Juan Crisóstomo, SOBRE LA VANAGLORIA**
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO
268 págs.

40 - **Juan Crisóstomo, LA VERDADERA CONVERSIÓN,**
232 págs.

41 - **Ambrosio de Milán, EL ESPÍRITU SANTO,**
280 págs.

Próximos volúmenes:

— **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES I

— **Casiodoro,** INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS

— **S. Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO

— **Pedro Crisólogo,** HOMILÍAS SELECTAS

— **Diadoco de Fotice,** OBRAS ESPIRITUALES

— **León Magno,** CARTAS CRISTOLÓGICAS

— **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL GÉNESIS

— **Gregorio de Nisa,** LA VIRGINIDAD

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.